

LORES IMPROBABLES ~ LIBRO 5

A man and a woman in 18th-century attire are shown in a room. The woman, on the left, is wearing a white dress with a wide gold belt and has her hair in a bun. The man, on the right, is wearing a dark coat over a red waistcoat and a white cravat. They are looking at each other. In the background, there is a green wall with several framed paintings, including a large landscape painting on the left and a smaller portrait on the right. A wooden piano is visible on the left side of the room.

REDENCIÓN DEL GÉLIDO CONDE

DEBRA ELIZABETH

La redención del gélido conde

Lores Improbables, Libro 5

Debra Elizabeth

Copyright

Copyright © *Redemption of the Icy Earl*. Debra Elizabeth, 2024.

Ilustración de la portada. Copyright © Period Images Covers.

Diseño de la portada. Copyright © Terry Roy. 2024.

Edición original de Ravensgate Editing Services.

The Music Room, Stourhead House, [cc-by-sa/2.0](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/2.0/) - © [David Dixon](https://www.geograph.org.uk/p/5439128) - [geograph.org.uk/p/5439128](https://www.geograph.org.uk/p/5439128)

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la escritora o han sido utilizados de manera ficticia, y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos, lugares u organizaciones reales es una coincidencia, totalmente.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de la editora.

Table des matières

[La redención del gélido conde](#)

[Copyright](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Epílogo](#)

[Biografía de la autora](#)

Capítulo uno

1801, Castle Point, Condado de Essex.

El cielo estaba gris con la promesa de lluvia, pero a Everett Simmons, de once años, esto le importaba poco, mientras tragaba su desayuno, y prácticamente volaba por la casa para salir.

Hoy era un día sensacional. El hermano mayor de Everett, Grayson, estaba en casa durante las vacaciones del internado. No volvía al hogar, a menudo, y Everett no quería perderse ni un minuto con él. Se puso el abrigo y salió corriendo hacia la parte trasera de la casa, donde se encontró, cara a cara, con su madre, quien entraba desde el jardín.

“Everett,” dijo Grace, la condesa de Robertson, agarrándolo del cuello, mientras pasaba corriendo junto a ella.

Él se detuvo abruptamente y volteó hacia su severa madre.

“Sí, señora.”

Everett había aprendido, a una edad temprana, que Grace no era de las que mostraban emociones maternas, al menos no hacia él. Ella rara vez le sonreía, pero reservaba esos momentos especiales para su hijo mayor, a quien adoraba. A Everett no le importaba que Grayson recibiera toda la atención. Más bien, todos los que conocían a su hermano, quedaban encantados con él. Era el hermano divertido, el ingenioso y el atlético, mientras que Everett prefería actividades más intelectuales, como la lectura, ampliando sus horizontes, a través de la palabra escrita. Aprendió muy pronto a aceptar que no podía competir con las destrezas físicas de su hermano. Así eran las cosas. Aunque a él no le importaba esto porque Grayson era su héroe, e incluso Everett haría cualquier cosa por él.

“No te pegues a tu hermano hoy,” dijo ella con el ceño fruncido. “Necesita poder relajarse y disfrutar de su tiempo en casa sin que lo molestes constantemente.”

“Por supuesto, señora,” respondió, asintiendo.

Él quería explicarle que había sido idea de Grayson pasar la mañana juntos, pero sabía que eso solo terminaría en un castigo prolongado. Ella siempre había sido rápida en regañarlo por las cosas que hacía Grayson, y él nunca entendió del todo por qué ella era así, aunque lo había aceptado de mala gana hacía mucho tiempo.

Ella le puso mala cara durante unos minutos más, tratando de decidir, si él estaba siendo irrespetuoso de alguna manera.

“Dile a tu hermano que la tormenta se acerca rápidamente, y que no vaya a navegar con mal tiempo.”

“Lo haré, mamá.”

Después de un momento de reflexión, ella dijo:

“No quiero que ninguno de ustedes esté en el océano hoy.”

Everett quedó desconcertado por esa rara muestra de preocupación, pero aún así se apresuró a alejarse, cuando ella finalmente asintió, indicándole que estaba bien que fuera a buscarlo.

Corrió lo más rápido que pudo, pero pronto, la familiar opresión en su pecho lo ralentizó y bajó el ritmo, dejó de correr y caminó. Esto siempre sucedía, cuando él se esforzaba. Al llegar a la playa, encontró a su hermano mayor, tirando de uno de los veleros de la familia hacia el agua.

“Ya era hora que aparecieras,” dijo Grayson, sonriendo a su hermano menor. “Estaba a punto de salir sin ti. Ayúdame con el bote.”

“Mamá dijo que no podemos salir a navegar hoy,” le explicó Everett. “La tormenta está demasiado cerca.”

Grayson sonrió y desestimó las preocupaciones de Everett, mientras miraba al cielo.

“¡Pffft! Faltan horas para esa tormenta. Todavía podemos salir un ratito y divertirnos. Vamos.”

“No, Gray, no podemos. Por favor, deja de...” Everett estaba preocupado y se retorció las manos. No había manera que se atreviera a desobedecer a su madre, y esperaba que Grayson lo escuchara, al menos esta vez. Sin embargo, él debió haberlo sabido mejor. Normalmente, Grayson hacía lo que quería, cuando quería, y nunca pensaba en las consecuencias. Así eran las cosas y sus acciones jamás habían dejado secuelas graves.

Mientras que Everett solo pensaba en las consecuencias.

“Si tienes miedo de una pequeña tormenta o de la ira de mamá, quédate aquí en la playa, y mírame disfrutar del agua.”

Con ese pronunciamiento, Grayson empujó el velero al agua y saltó a bordo. Miró expectante a su hermano menor con la mano extendida, pero Everett no se movió. Grayson sonrió con tristeza, sacudió la cabeza, e izó la vela.

“Sabes, un día de estos, tendrás que aprender a defenderte y... ¡No dejar que nadie te presione!” Gritó Grayson por encima del hombro, y el bote comenzó a adentrarse en aguas más profundas.

Everett bajó la cabeza, al borde de las lágrimas, mientras veía a su hermano alejarse. Un escalofrío recorrió su espalda.

Tenía un mal presentimiento sobre esto.

El velero se hacía cada vez más pequeño, a medida que se alejaba entre las olas, y Everett esperaba que Grayson regresara pronto. ¿Debería correr para buscar a su madre? Pensó que eso causaría más daño que bien, así que se quedó en la playa, mirando a su hermano navegar cada vez más lejos.

Cuando el bote era una simple mota, la tormenta llegó de una manera rápida y dura. El viento agitaba el océano, y las olas gigantes sacudían el pequeño velero de un lado a otro. Everett saltaba, arriba y abajo, agitando los brazos, intentando llamar la atención de Grayson. Mientras observaba impotente a su amado hermano, tratando de controlar el bote, en medio de las olas gigantes, escuchó a su madre correr detrás de él.

“¿Dónde está tu hermano?” Ella le ladró.

Everett señaló el punto, en el agua.

“Mamá, traté de advertirle, pero no me escuchó. Le dije que no se fuera en el bote.”

“¿Le advertiste que dije explícitamente que no sacara el bote?” Gritó ella.

“Sí, señora,” dijo, asintiendo. “Lo hice.”

“Inútil...” murmuró en voz baja. Ella le dirigió una mirada mordaz y continuó reprendiéndolo. “Te pedí que hicieras una cosa y fallaste estrepitosamente.”

“Lo siento mamá. Lo intenté.” Everett se paró junto a su madre en la orilla, y observó cómo retumbaban los truenos, y caía la lluvia a cántaros. Un rayo cayó al azar sobre el agua, y Everett vio que su madre apretaba la mandíbula con fuerza.

“Por favor, por favor, no... mi precioso niño,” susurró. “¡Que vuelva!”

Como si el destino mismo la hubiera escuchado, un rayo cayó y golpeó el mástil mayor del pequeño velero. Everett observó con terror abyecto, cómo el bote estalló en llamas y rápidamente se desintegró, quitándole la vida a la persona, que más amaba en el mundo.

El grito fue un gemido sobrenatural que sacudió a Everett hasta los huesos. Miró y vio a su

madre caer de rodillas, mirando al agua, gritando incoherentemente. Después de un momento, ella lo miró con ojos asesinos.

“¡Tú!” Dijo, señalándolo acusadoramente. “Esto es tu culpa. Tu hermano está muerto por tu incompetencia. Lo asesinaste. ¡Fuera de mi vista, pedazo de basura sin valor!”

Everett retrocedió, estupefacto ante el vitriolo de su madre, incapaz de comprender completamente lo que había sucedido. Su amado hermano había muerto y su madre le había atribuido la muerte de Grayson, directamente a él.

Apartó la mirada de ella, volvió a mirar el bote en llamas, e hizo lo único que podía hacer para aliviar su dolor.

Encerró su corazón en hielo para sellar el dolor para siempre.

El amor no traía más que dolor y él no quería saber nada de esto.

Capítulo dos

Quince años después, mayo, 1816.
Londres, Inglaterra.

“Bueno, eso fue un maldito desastre,” murmuró Everett Simmons, el conde de Robertson, en voz baja, mientras entraba a su club. Un lacayo tomó su sombrero y su bastón. Él subió las escaleras hasta la sala principal para soportar su decepción.

Sabía que la alta sociedad lo llamaba así: el conde de hielo, y esto se debía porque era distante, y rara vez mostraba sus emociones, en público. ¿Cuándo se había convertido eso en un problema? Él era un auténtico caballero, nunca era grosero, y trataba a cada mujer joven, que encontraba, con el mayor respeto. Sin embargo, cuando sus amantes se volvían demasiado pegajosas, rompía con ellas. Era mejor mantener su corazón congelado, que arriesgarse a ser herido nuevamente. ¡Esta era una lección grabada en su alma!

La escena con la señorita Grandier en la biblioteca del primo de ella, esa tarde, se repetía, una y otra vez, en su mente. Preferiría olvidarla, pero parecía más fácil decirlo que hacerlo. Entró en la sala principal, vio a dos amigos en el rincón más alejado, y se acercó allí, dejándose caer en una de las sillas.

“¿Por qué parece que tu caballo favorito se ha quedado cojo?” Preguntó Miles Walker.

“¿De qué estás hablando? Estoy bien,” respondió Robertson con más brusquedad de lo que pretendía.

“¡Ah! ¿En serio? No me parece que estés bien,” intervino su otro amigo, Noah Hughes. “Sospecho que hay una mujer involucrada. ¿Alguien finalmente atravesó tu exterior helado?”

Robertson miró a sus amigos. Se conocieron en el internado, y desde entonces siguieron siendo muy amigos. Disfrutaba de su compañía y confiaba en sus consejos, aunque hoy no lo haría.

Noah era el más perspicaz de su pequeño grupo, al que Robertson normalmente admiraba, pero no en ese momento. Era difícil ocultar cosas a su naturaleza inquisitiva. Miles, por otro lado, era un genio con los números y les aconsejaba a ambos sobre buenas inversiones. Probablemente, él era más rico que muchos aristócratas, a pesar que sus familiares eran simplemente comerciantes del campo. Aunque a Robertson no le importaba un comino que sus amigos no tuvieran títulos. Habían estado con él, en las buenas y en las malas, él apreciaba esa amistad, y haría cualquier cosa por ellos.

Era casi como tener hermanos. Casi...

No obstante, en ese momento, quería que ambos se ocuparan de sus propios asuntos, pero eso parecía menos probable con cada minuto que pasaba. Debería haberse ido a casa, en lugar de ir al club, pero la idea de pasar otra noche solitaria, en su casa, no lo atraía.

Un camarero se acercó a su mesa.

“Milord, ¿puedo traerle algo de beber?”

“Whisky,” dijo Robertson.

El camarero asintió y se apresuró a servir su pedido.

Él había estado cortejando a la señorita Helena Grandier, esta temporada, y pensaba que ella había desarrollado sentimientos por él. Incluso Robertson la admiraba mucho. Más aún, la admiración fue la única emoción que se permitió sentir, mientras cortejaba a una mujer. Nunca

más quiso amar a nadie. Lo había hecho una vez y había sido un desastre. ¿No era la admiración una buena base para un matrimonio? Él sinceramente pensaba que sí, sobre todo porque algunos matrimonios de la alta sociedad no eran nada amistosos. Había visto ese escenario, una y otra vez.

No seguiría ese camino, ya que se tomaba en serio sus responsabilidades y se esforzaba por ser el mejor hombre y conde que podía ser. Se aseguraba que sus inquilinos recibieran todo lo que necesitaban para prosperar, y se alegraba cuando parecían estar contentos. No bebía ni jugaba en exceso, y había pensado tontamente, que cuando finalmente decidiera casarse, cualquier mujer joven estaría feliz de aceptar su mano.

¿Cómo pudo haberse equivocado tanto?

Robertson esperaba poder finalmente resolver su problema esta temporada. La señorita Grandier habría sido una condesa perfecta (era ingeniosa, elegante y muy hermosa), pero no fue así. Él estaba a la deriva, una vez más.

“Supongo que tiene algo que ver con que Evans ha regresado a la ciudad,” dijo Noah. “¿Es por eso?”

Robertson miró a su amigo.

“¿Qué sabes de Evans?” Preguntó con el ceño fruncido.

“Serví con él durante la guerra. Es un líder bueno y eficaz, y los hombres lo respetan mucho. ¿Qué mujer joven podría resistirse a un héroe de guerra?” Dijo Noah.

“¡Olvídate de ese asunto!” Gruñó Robertson.

Noah levantó las manos, en señal de rendición fingida.

“¡Maldita sea, Robertson! ¡Ay! No quise hacer daño.”

Robertson chilló.

El hecho que Noah mencionara la carrera militar de Evans le irritaba, sobre todo porque él siempre había querido servir a su rey y a su patria. Sin embargo, su enfermedad pulmonar le impidió alistarse. No había manera que pudiera realizar marchas agotadoras, o librar batallas largas y arduas sin desplomarse, tratando de respirar. No había pensado en esa decepción en años... Hasta que Noah mencionó el hecho que Evans fue un héroe en las guerras napoleónicas, y se había ganado la mano de la mujer, a la que Robertson estaba cortejando recientemente.

¡Maldito héroe de guerra! Detestaba admitirlo, pero Noah tenía razón. No muchas jóvenes podían resistirse a un hombre de uniforme, especialmente uno que se había distinguido tan bien durante la guerra. Incluso dejó impresionado a la Corona, y le otorgaron el título de marqués de Evans. ¿Un héroe de guerra y un marqués? ¿Cómo podría competir con eso?

El camarero regresó con el whisky. Robertson lo bebió de un solo trago, dejando que el líquido ardiente le quemara la garganta. Fue bueno sentir algo más que decepción.

“Otro,” dijo.

El camarero asintió y salió a buscar más.

“Si no quieres hablar de lo que te molesta, ¿qué tal si cambiamos de tema?” Preguntó Miles. Él era el pacificador de ese pequeño trío, y nunca le gustaba ver a ninguno de ellos molesto.

Robertson arqueó una ceja, aunque no dijo nada. Miles seguiría hablando, así él no lo quisiera. Miles era muy conversador y le gustaba discutir cualquier cosa, a veces hasta la saciedad. Lo mejor era simplemente dejarlo hablar para que llegara a cualquier punto, que estuviera tratando de exponer.

“¿Qué está pasando ahora, Miles? No estoy de humor para discutir ninguna nueva inversión que hayas encontrado.”

“No es eso. Es algo divertido para variar. Lord Fleming está organizando una fiesta en su

finca de Guilford, a la que estoy considerando asistir... He oído que la tierra está repleta de aves de caza. Nada hace sentir mejor a un hombre que dispararle a algo. ¿Qué dicen, muchachos? ¿Vamos?”

Tanto Miles como Noah esperaron la respuesta de Robertson. Quizás una fiesta, en una casa, era justo lo que él necesitaba. No tenía muchas ganas de estar en la ciudad, cuando Evans anunciara su compromiso con la señorita Grandier.

“Se escucha perfecto.”

“¡Excelente! Podemos irnos por la mañana,” dijo Miles con una amplia sonrisa.

“Usaremos mi carruaje,” expresó Robertson. “No me gusta estar en una silla, como esta, durante horas y horas.”

“Un brindis por pasar un buen rato,” solicitó Miles, levantando su copa.

Tanto Noah como él chocaron sus copas con Miles. Robertson volvió a estar agradecido por sus amigos. Formaban un buen grupo, y él apreciaba su amistad más de lo que podía decir. La soledad que había sentido, cuando era niño, disminuyó un poco, cuando conoció a Miles y Noah, y su amistad hizo que su condición de internado fuera soportable.

Sin embargo, esta noche, él planeaba emborracharse mucho para ahogar su decepción por su propuesta rechazada. Aunque era muy inusual que bebiera tanto, no le importaba. Esta noche se daría el gusto. Sabía que sus amigos lo acompañarían a su casa, y así llegaría sano y salvo. Además, si se quedaba fuera lo suficientemente tarde, su madre se habría retirado a pasar la noche, cuando él llegara a casa, aunque a él no le importaba lo que ella hiciera.

Su relación, o la falta de ella con su madre, no había cambiado en los últimos quince años. Ella todavía lo culpaba por la muerte de su hermano, y ninguna explicación de lo que realmente había sucedido la había llevado a ponerse de su lado, o incluso a aceptar una especie de tregua. Eran como barcos que se cruzaban, manteniendo su propio horario y evitándose lo más posible. Rara vez había una palabra entre ellos. Aunque eso le sentaba muy bien a él.

Nunca haría nada que pudiera dañar a su madre, y mientras ella se mantuviera fuera de su camino, se contentaba con dejarla vivir con él, en su casa de Londres, y seguir pagando sus cuentas. Su suite de habitaciones estaba ahora en la misma línea que las suyas, en el lado opuesto de la casa, según sus exigencias. Después de convertirse en conde, le dijo a su madre que abandonara las habitaciones de la condesa, ubicadas al lado de la suya. Ella se resistió al principio, diciendo que había tenido la suite durante años, y que no quería mudarse, pero al final cumplió con sus demandas. Era hacer eso o mudarse a la casa de la viuda, en su finca de campo, y él sabía que ella detestaba eso. A lo largo de los años, había aprendido a defenderse por sí mismo, tal como Grayson le había dicho que hiciera tantos años atrás.

Su padre le había dejado a Grace una pequeña pensión de viudedad, y ella, por supuesto, podía mudarse a la finca, pero ella no era una fanática del campo. Además de eso, su pensión no era suficiente para continuar con el estilo de vida, al que estaba acostumbrada, cuando su padre estaba vivo. Grace fue lo suficientemente inteligente, como para darse cuenta que necesitaba frenar su lengua afilada, alrededor de Robertson, después que se convirtiera en conde, más aún debido a que su comodidad ahora dependía de su generosidad.

Cuando su padre falleció, dos años antes, Robertson no sintió ningún remordimiento, mientras estaba junto a la tumba. El día en que murió su hermano había destrozado a la familia, y lo que Robertson logró, desde ese día, no supuso ninguna diferencia para sus padres.

Esta vez el camarero regresó con la botella, y Robertson se sirvió otra generosa porción, en su vaso, y llenó el vaso de Miles. Esta noche se trataba de olvidar el pasado. Pensar en el pasado no servía de nada porque nada iba a cambiar. Su hermano estaba muerto, su padre estaba muerto

y su madre lo despreciaba.

Era como si fuera huérfano.

Un huérfano con un corazón duro como una roca.

Capítulo tres

Olivia, la vizcondesa Armstrong, estaba disfrutando de una taza de té con su querida amiga, Bettina o Lady Williams. Conoció a Bett hace dos años, cuando ella y su marido, el barón Williams, fueron a Armstrong Manor para presentar sus respetos, cuando falleció el marido de Olivia. A pesar que sus propiedades estaban cerca, una al lado de la otra, Lady Williams y ella no se habían conocido, antes de esto. Armstrong nunca había permitido que Olivia desarrollara amistades propias. Él había controlado cada uno de sus movimientos, las personas con las que podía hablar, lo que vestía y a dónde podía ir. Conocer a Bettina había sido como un soplo de aire fresco. Ella era unos años mayor que Olivia y las dos mujeres se llevaron bien de inmediato, y pasaron muchas horas agradables juntas.

Bettina fue un rayo de sol para Olivia. Ella la había ayudado enormemente a dejar atrás el trauma de su cruel matrimonio, aunque nada podía borrar por completo esos dos años de infierno, que la dejaron con tantas dudas sobre su propio valor.

Cuando Bettina perdió a su marido, en un accidente de caza, un año después de la muerte de Armstrong, Olivia estuvo allí para consolarla, aunque sus situaciones eran totalmente diferentes. Bettina había amado mucho a su esposo, mientras que Olivia despreciaba a Armstrong con cada fibra de su ser. Las cosas que él le había hecho la perseguirían para siempre. No era una persona cruel, pero se alegraba que Armstrong estuviera muerto.

“Es hora que vuelvas a entrar en la sociedad, querida. Ya llevas mucho tiempo encerrada en esta casa,” le dijo Bettina sin preámbulos.

“¿Qué?”

“¿Me escuchas? Has estado sola aquí demasiado tiempo. Es hora de salir de nuevo.”

“Podría decir lo mismo de ti, Bett. Ha pasado más de un año desde la muerte de Stephen.”

“Lo sé y estoy lista para cambiar eso. Siento que finalmente estoy lista para conocer a alguien nuevo.”

Olivia frunció el ceño.

“No quiero conocer a nadie nuevo. Estoy perfectamente feliz y contenta de vivir mis días en la finca.”

“¡Tonterías! Solo tienes veintidós años. Seguramente, una existencia así no puede ser todo lo que deseas para tu vida. ¿Qué pasa con el amor y la posibilidad de tener hijos?”

“Lamentablemente, no creo que pueda experimentar esa alegría. Nunca quedé embarazada de Armstrong. Quizás soy estéril y no puedo tener hijos.”

“Quizás puedas tenerlos, si encuentras otro marido, un hombre al que adores. La culpa podría haber sido del vizconde, no de ti. Su primera esposa tampoco le dio hijos, lo que apoya firmemente mi teoría.”

“No había pensado en eso,” replicó Olivia, sorbiendo su té.

“Yo estaba embarazada, cuando Stephen murió, y creo que fue el shock y el trauma de su muerte lo que me hizo perder al niño, unas semanas después.”

Olivia apretó la mano de su amiga.

“¡Oh, Bett! Ojalá lo hubiera sabido. Lamento mucho que hayas tenido que soportar eso sola. Habría ido inmediatamente, si me lo hubieras pedido.”

“Eran los primeros días del embarazo y recién esa misma mañana le había contado a Stephen la maravillosa noticia. Éramos tan felices... hasta que dejamos de serlo.”

“¡Qué terrible experiencia! Debiste decírmelo.”

“No podía soportar pensar en eso. La pérdida fue demasiado grande. Pensé que al menos tendría un pequeño pedazo de Stephen para apreciar, después que él se fue, pero incluso eso me fue arrebatado... No pude enfrentar a nadie y pasé semanas en mi cama, sin poder despertarme lo suficiente para levantarme... Gracias al Cielo por mi doncella, Lydia. Ella fue un salvavidas y se aseguró que me cuidaran. Con su apoyo silencioso, nunca me sentí culpable por dedicar el tiempo que necesitaba para llorar el duelo.”

“Lamento mucho lo que te pasó. ¿Cómo han ido las cosas desde que el hermano de Stephen heredó la propiedad?”

“Peter es un hombre maravilloso. Ha sido muy comprensivo y bueno conmigo. Su esposa es una joven encantadora, pero siento que es hora de seguir adelante. La nueva baronesa debería ser libre de administrar la casa, como prefiera, sin que yo esté bajo sus pies. Esto no es muy diferente de tu propia situación, ¿lo sabes?”

“¿Qué quieres decir?”

“Piénsalo. ¿Qué pasará cuando el nuevo vizconde finalmente decida venir aquí? Puede que esté casado, y estoy segura que a su esposa no le haría mucha gracia que una joven y bella viuda viviera en la casa principal.”

“Me mudaré a la casa de la viuda.”

“Hum... ese no es el punto, Liv, y lo sabes.”

“¿Por qué estás tan decidida a casarme? Me gusta estar aquí. Puedo hacer lo que quiero, cuando quiero, y nadie puede ordenarme que haga algo que prefiero no hacer. Voy al jardín, si quiero, y recorro la finca a mi antojo. Disfruto de mi independencia y no quiero volver a estar bajo el control de otro hombre. No estoy segura de poder confiar en otro hombre.”

“Querida mía, por lo que me has confiado, entiendo que soportaste un matrimonio horrendo con el difunto vizconde, pero no todos los hombres son crueles. Mi querido Stephen era un caballero maravilloso y honorable, y daría cualquier cosa por tener un día más con él. Podrías encontrar a alguien tan maravilloso como él y enamorarte,” dijo Bett.

“No estoy dispuesta a arriesgar mi independencia, y juré que nunca más me pondrían en una situación como esa.”

Olivia dejó de lado los horribles recuerdos, que amenazaban su tan ansiada paz, cada vez que se mencionaba el nombre de Armstrong. Se recordó a sí misma que su marido estaba muerto, y que nunca más podría hacerle daño. Estaba a salvo. Era lo que se repetía a sí misma, una y otra vez.

“Eso fue obra de tu padre. Él eligió a Armstrong para ti, pero por mi vida, no puedo entender por qué elegiría a alguien con la edad suficiente para ser tu abuelo.”

“Por dinero.”

“¿Dinero?”

“Sí, mi padre pensaba que su cuenta bancaria era más importante que la felicidad de su hija. Aunque no vi el contrato matrimonial, al final descubrí que Armstrong pagó las deudas de mi padre, además de una cantidad muy considerable, en cada trimestre, y tuvo la oportunidad de ser mi dueño. Mi padre no pudo resistirse a semejante oferta, pero le rogué que lo reconsiderara, y me permitiera una temporada para encontrar a un marido adecuado. Él no escuchó y me dijo que debía acatar sus órdenes. No tuve elección. Estar casada con Armstrong fue lo peor que me ha pasado en toda mi vida.”

“¿Quién te contó los detalles del contrato matrimonial? ¿Tu madre luchó por ti?” Preguntó Bett.

“Mi pobre madre tiene miedo de su propia sombra y nunca discute con mi padre. Su palabra es ley. De hecho, fue el abogado quien me informó sobre el acuerdo, cuando se leyó el testamento de Armstrong. Lo único que mi padre hizo por mí fue asegurarse que yo tuviera una pensión de viuda, extremadamente generosa. Toda la finca está gravada, por lo que no recibí ninguna propiedad, que pudiera llamar mía, excepto que se me dio acceso de por vida a la casa de la viuda.”

“Pobrecita... ¿Quieres desahogarte al respecto? Soy muy buena oyente.”

Olivia negó con la cabeza.

Le habría contado a Bett algunos de los detalles de su horrible matrimonio, pero algunas cosas eran demasiado dolorosas para compartirlas.

“No. Gracias por tu preocupación, pero no quiero volver a pensar en Armstrong nunca más.”

“¿Has visto a tus padres desde que murió tu marido?”

“No... Evidentemente, ya no valgo el tiempo ni el esfuerzo de mi padre, especialmente porque no recibiré más pagos de Armstrong. Ahora que el vizconde ha muerto, no hay más dinero. No quiero volver a ver a mi padre nunca más, sobre todo porque él ya no tiene influencia sobre mi futuro.”

“¿Y tu madre?”

“Cuando Armstrong falleció, recibí una carta de ella, disculpándose por todo lo que mi padre había hecho. Ella me dijo que le rogó que lo reconsiderara, pero él se negó. Evidentemente, ella tuvo ayuda para hacerme llegar esa carta porque dijo que no debería responderle, y no he recibido más cartas.”

“Eso no suena bien. Acaso, ¿tu padre es cruel con tu madre?”

“Cuando era joven, recuerdo haber visto moretones en sus brazos, y rara vez usaba mangas cortas, ni siquiera en verano. Solo puedo sospechar que esto fue para ocultar las marcas que le dejó mi padre. Él insistía en que la casa siempre debía estar en silencio, y ella caminaba con cautela la mayor parte del tiempo, tratando de mantenerme fuera del camino de mi padre. A medida que crecí, noté que pasaba mucho tiempo, en su suite de habitaciones, y no salía durante días. Podría haber estado escondiendo moretones y heridas más horribles, pero no lo sé con seguridad, porque no me permitían visitarla. Lamento no haberme colado, en su habitación, para al menos consolarla, pero claro, las cosas podrían haber empeorado, si hubiera visto lo que mi padre le hacía.”

“Tu pobre madre... Quizás no seas la única que ha tenido que soportar un matrimonio duro.”

“Estoy segura que tienes razón. Extraño a mi madre y realmente me gustaría volver a verla, pero no quiero causarle más problemas con mi padre. Ya ha sufrido demasiado...”

“¿Crees que tu padre la castigaría por verte?”

“No lo sé y no quiero correr el riesgo. Lo único que sé es que no creo que pueda perdonar a mi padre por preferir el dinero a mi felicidad.”

“Desafortunadamente, el dinero puede ser un gran incentivo para que algunas personas hagan cosas que normalmente no harían.”

“Mi padre, definitivamente, pertenece a ese grupo, y es un hombre severo.”

“¿Tu madre alguna vez abandona la finca? Quizás puedas encontrarte con ella en alguna parte.”

Olivia negó con la cabeza.

“Mi padre la mantiene bajo control y apenas la pierde de vista. Nunca querría hacer nada

que la pusiera en peligro, así que me mantuve alejada. La doncella de mi madre debe haberla ayudado a enviar la carta, pero no confío en que ninguno de los otros sirvientes mantenga en secreto una reunión entre nosotras. Entiendo que su lealtad tiene que ser hacia el hombre que les paga el salario, pero estoy segura que ellos saben lo que está pasando en esa casa.”

“No puedo imaginarme no poder ver a mi madre y a mis hermanas. Ellas fueron un gran consuelo para mí, cuando Stephen falleció, sobre todo mi hermana Georgina. Siempre hemos sido cercanas y sus cartas fueron muy apreciadas.”

“Ha sido difícil no ver a mi madre, pero esa es mi suerte en la vida. Al menos ahora soy libre de hacer lo que quiera, y quiero que siga siendo así.”

“¿Qué tal si te propongo algo nuevo?” Preguntó Bett.

“¿Oh? ¿Y qué puede ser eso? Si es para acompañarme a ver a mi madre, lo rechazaré. Creo que eso solo causaría problemas.”

“No, nada de eso. Recibí una invitación para asistir a una fiesta en la finca de Lord Fleming en Guilford. Stephen y Lord Fleming fueron grandes amigos, y él es un caballero amable. Lady Fleming también es encantadora y creo que ella te agradará. Me gustaría mucho ir, y que asistas conmigo. Será divertido que ellos sepan que te tengo como amiga, aunque conozco bien a los Fleming.”

“Bett, no creo que sea una buena idea. No soy apta para tener compañía, en estos días.”

No quería contarle a su amiga las persistentes dudas que tenía sobre su valía. Armstrong había abusado verbalmente de ella hasta el punto que, en algunos días, tenía miedo de su propia sombra. Era difícil superar esos complejos.

“Eso es solo porque no has socializado mucho durante los últimos dos años. Seguramente, una fiesta, en una casa, no puede ser tan aterradora. No es que vayamos a Londres para pasar la temporada.”

“¡Oh! El Cielo no lo quiera. Ese es el último lugar al que deseo ir, sobre todo porque lo más probable es que todos los cazadores de fortunas de la ciudad busquen mi dinero.”

Le resultó más fácil convencerse que esa era la verdadera razón por la que no quería ir a Londres. ¿Qué hombre querría a una mujer que no pudiera tener un hijo? Dos años de matrimonio y ningún embarazo la habían convencido que era estéril, sin importar lo que Bett pensara.

“Eso es muy cierto. La alta sociedad puede ser cruel. Navegar en el mercado matrimonial no es para personas débiles de corazón,” dijo Bett.

“No estoy buscando marido,” aclaró Olivia.

“En este momento no, pero la gente cambia. ¿Quién sabe? Podrías conocer a alguien que te sorprenda. Eres una joven hermosa, que debería disfrutar la vida al máximo, no esconderse en el campo. Te mereces toda la felicidad que la vida tiene para ofrecerte.”

Olivia tomó un sorbo de su té, y aprovechó un momento para pensar en una buena razón por la que no debería asistir a la fiesta, en esa casa. Sin embargo, no había una buena razón, además de su miedo a ser considerada indigna.

Quizás ella podría ir a disfrutar un poco sin ningún compromiso. Esto no significaba que tuviera que comprometerse o casarse. Estar sola durante los últimos dos años la había cambiado. Aunque ya no era la tímida joven de dieciocho años, quien fue obligada a casarse con Armstrong, su confianza en sí misma había recibido un gran golpe, y era prácticamente inexistente, en estos días. Era más seguro estar sola, aunque nunca admitiría, ni siquiera ante Bett, que se sentía sola allí, teniendo solo a los sirvientes e inquilinos como compañía.

“Vamos, Liv, será divertido. Por favor di que vendrás conmigo. Tengo muchas ganas de ir.”

¿Cómo podría decepcionar a su amiga, que siempre la había apoyado?

“¡Oh, está bien! Supongo que una fiesta, en una casa, podría ser muy divertida.”

“Excelente. Estoy muy complacida. Saldremos en dos días.”

Durante la siguiente hora, las dos mujeres hablaron sobre varios asuntos, y Olivia le contó a Bett las últimas noticias de sus inquilinos. En lo que va del año, habían nacido muchos bebés, y a ella siempre le gustaba ir a visitarlos. Trabajó bien con el mayordomo y entre los dos lograron que la propiedad funcionara de manera eficiente, y que los inquilinos estuvieran contentos. El nuevo vizconde Armstrong prefería vivir en Londres, y no tenía problemas con que Olivia viviera en la casa principal. Todo eso cambiaría, cuando decidiera casarse. Definitivamente tendría que mudarse a la casa de la viuda para entonces, especialmente si la nueva vizcondesa prefería la vida en el campo, a residir en Londres.

Mientras hablaban, Olivia pensaba que había cometido un terrible error, al aceptar asistir a la fiesta, en casa de los Fleming.

Capítulo cuatro

Los constantes empujones del carruaje finalmente despertaron a Robertson de su estupor autoinducido. No tenía idea de cuánto había bebido la noche anterior, y apenas recordaba haber llegado a casa y meterse en la cama. Parecía que solo había dormido una hora, antes que llegara el momento de levantarse, y ponerse en camino para la fiesta, en Guilford. Ahora estaba sufriendo por ese exceso.

Él gimió y abrió un ojo. Noah le estaba sonriendo.

“¿Qué?”

“Nada,” dijo Noah. “Solo me preguntaba cómo te sientes, eso es todo.”

“Eres un idiota, ¿lo sabes?”

Noah se rió entre dientes.

“¡Oh! Lo sé, absolutamente, pero es tu culpa. Te dije que pararas, pero tú y Miles estaban decididos a terminarse toda esa botella de whisky. ¿Cómo podía detener tu diversión?”

Evidentemente, Miles también estaba sintiendo los efectos del exceso de whisky, mientras yacía desplomado contra el costado del carruaje.

“¿Podrían ustedes dos discutir un poco más tranquilos? Mi cabeza está a punto de explotar,” susurró.

“Hay una posada no muy lejos de la carretera. Yo digo que paremos y comamos algo. Estoy hambriento,” expresó Noah.

Robertson solo podía mover una fracción de su cabeza porque le dolía demasiado, y no podía hacer cualquier otra cosa. No estaba seguro de poder comer, pero aceptaría hacerlo, siempre y cuando los empujones cesaran, y pudiera salir y estirar las piernas.

Noah golpeó el techo y el conductor abrió la trampilla.

“Sí, ¿milord?”

“Por favor, deténgase en la siguiente posada.”

“Por supuesto, milord. Está solo a unas pocas millas de distancia.”

No pasó mucho tiempo, antes que el carruaje llegara al patio del White Swan Inn. Otros coches ya estaban allí, pero todavía había mucho espacio para el de ellos. Cuando el carruaje se detuvo, Noah abrió la puerta y saltó.

“Iré a buscar algo de comida, mientras ustedes dos se despiertan,” dijo, alejándose.

“Odio lo alegre que es...” murmuró Miles, antes de salir del carruaje.

Robertson lo siguió y caminó hacia la parte delantera del coche.

“Asegúrate de ir a buscar algo de comer para ti, después de dejar a los caballos.”

El conductor asintió.

“Por supuesto, milord.”

Robertson solo necesitaba café y en grandes cantidades. El té no sería suficiente para aliviar el enorme dolor de cabeza que tenía. Se dirigió a la sala común, y Noah le indicó con un gesto, que se sentara en una mesa en la esquina.

“El café está en camino, y el dueño me dice que su esposa ha preparado un delicioso guiso de cordero.”

Miles pronto los acompañó, después de revisar lo que necesitaba ver, dejándose caer en una silla, mientras una de las sirvientas traía una jarra de café y tres tazas.

“Su comida estará lista en un momento,” dijo.

Noah le dedicó una brillante sonrisa.

“Gracias, señorita.”

A Robertson siempre le sorprendió cómo las mujeres acudían en masa a Noah. Tenía una personalidad tranquila, y le encantaba coquetear con cualquier mujer, que estuviera cerca. Noah hacía que todas las mujeres se sintieran como reinas, y las sirvientas no eran la excepción. Si Robertson era honesto, estaba un poco celoso de él. No podía tolerarlo.

Un sonrojo subió por el cuello de la joven, antes de hacer una reverencia, y alejarse corriendo.

“¿Enamoras ahora a las sirvientas, Noah?” Preguntó Miles.

“Por supuesto. Toda mujer merece sentirse especial, y además alguien tiene que ser agradable con ellas. De lo contrario, basta con ver las miradas de mal humor de ustedes dos, y tendremos suerte de recibir algún buen servicio,” manifestó, sirviendo café para los tres.

Robertson se animó un poco, ante el olor de la fuerte bebida y tomó un sorbo. Tenía el rico sabor, que él prefería y le calentaba las entrañas.

“Bueno, caballeros, deberíamos estar en Guilford, en unas tres horas,” calculó Noah.

“No sé por qué te dejé convencerme de esto,” replicó Robertson.

“Hum... tal vez porque estabas sufriendo un poco de dolor, y necesitabas salir de Londres, antes que se hiciera cierto anuncio.”

La cabeza de Robertson se levantó de golpe. No apreciaba que Noah volviera a mencionar su noviazgo fallido, pero no podía negar que su amigo tenía razón en su suposición. No quería estar en Londres, cuando se anunciara el compromiso de la señorita Grandier con Lord Evans. No se había enamorado de la señorita Grandier, pero la admiraba, y algunos de la alta sociedad confundieron sus buenos modales y su atención con amor. Era incapaz de sentir esa emoción, pero eso nunca impidió, que nadie especulara.

“Por favor, no lo vuelvas a mencionar.”

“Mis labios están sellados,” confirmó su amigo con una sonrisa.

La esposa del posadero trajo a la mesa tres platos de abundante estofado de cordero. “Espero que ustedes, caballeros, disfruten el guiso. Está fresco, lo prepararé esta mañana,” manifestó con una sonrisa.

“Huele delicioso,” dijo Robertson, sorprendido que su estómago eligiera ese momento para quejarse en voz alta.

“Gracias, milord,” replicó ella, complacida, antes de regresar a la cocina.

“¿Le apetece un poco de cerveza con su estofado?” Preguntó la sirvienta.

“Esa es una buena idea. Gracias, señorita...” dijo Noah.

“Daphne, milord.”

“Un nombre muy bonito para una mujer bonita,” destacó Noah con un guiño. “Debe ser nueva aquí. No la había visto aquí antes.”

“Me contrataron recientemente,” replicó Daphne.

“No quiero cerveza,” expresó Robertson.

“Yo tampoco,” intervino Miles. “El café está bien por ahora.”

Daphne asintió y se apresuró a buscar la cerveza de Noah.

El café estaba ayudando a aclarar la confusión que Robertson había sentido antes, y él se sumergió en el guiso. Quedó gratamente sorprendido de lo bien que sabía, y pronto se sintió más como antes. Quizás una buena comida era justo lo que necesitaba.

Tanto Noah como Miles disfrutaban de su estofado, aunque Miles definitivamente comía más lento. Todavía se veía un poco verde, pero pronto su color mejoró.

Cuando terminaron de comer, Daphne llevó tres rebanadas de pastel de limón a la mesa.

“La señora Hutchins les envía esto con sus agradecimientos.”

“Eso fue muy amable de su parte. Por favor, agradézcale de nuestra parte,” dijo Noah.

“Por supuesto, milord,” replicó Daphne, sonrojándose. Obviamente estaba cayendo bajo el hechizo de Noah. Era el mismo escenario a donde quiera que fueran. Las mujeres acudían en masa, a la sonrisa ganadora de su amigo, a diferencia de la compostura estoica de Robertson, que parecía decirles a las jóvenes, que se mantuvieran alejadas.

Robertson dio un gran mordisco.

“Hum... esto es delicioso. Fue una buena decisión parar aquí, Noah.”

“Mi objetivo es complacerlos,” ratificó Noah.

Miles no dijo nada, pero pronto su rebanada de pastel de limón también desapareció. Finalmente, se recostó con una sonrisa de satisfacción.

“Esto estuvo muy bueno. Estoy de acuerdo con Robertson, fue una buena decisión detenerse aquí.”

“He comido aquí antes y lo disfruté. La señora Hutchins es una excelente cocinera, y nunca he probado una mala comida aquí. ¿Estamos listos para regresar al carruaje?” Preguntó Noah.

“Supongo que debemos hacerlo. Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes podremos relajarnos todos en la finca de Fleming,” confirmó Robertson.

Los tres hombres se pusieron de pie.

“Yo me haré cargo de la cuenta,” expresó Noah, dejando una propina extra para Daphne. Caminó hacia el posadero.

“Mis felicitaciones para su esposa, señor Hutchins. El guiso de cordero estaba espectacular,” le dijo al posadero.

“Gracias, señor Hughes. Esperamos volver a verlo pronto.”

Robertson y Miles ya estaban sentados dentro del carruaje, cuando Noah entró. Los caballos habían sido abrevados y alimentados. Ya pateaban, en el patio, ansiosos por volver a la carretera. Robertson golpeó el techo, y oyó al conductor decirles a los caballos, que siguieran caminando. Después de una comida tan abundante, sintió sueño por una razón completamente diferente a la de esa mañana. Cerró los ojos, y el sueño lo invadió en cuestión de minutos.

Cuando Noah le dio un codazo, se sorprendió al ver que habían llegado a la casa solariega de Lord Fleming. Era una hermosa mansión de piedra con tres pisos y muchas ventanas, que dejaban entrar la luz. Los terrenos estaban bellamente ajardinados, con praderas onduladas, más allá del jardín principal.

El carruaje se detuvo y un lacayo abrió la puerta.

“Bienvenidos a Fleming Manor, caballeros.”

Otros dos sirvientes recogieron sus maletas, que estaban atadas a la parte trasera del carruaje, y las subieron al interior. Los tres amigos bajaron del carruaje y caminaron hacia la puerta principal.

Un caballero corpulento de cabello oscuro y mejillas rubicundas los recibió, cuando el mayordomo abrió la puerta.

“Finalmente has llegado. Estaba empezando a desesperarme por tu llegada,” expresó.

“¡Fleming!” Exclamó Robertson, asintiendo. “Tuvimos que hacer una parada en el camino y eso provocó un ligero retraso en nuestro viaje.”

Noah y Miles saludaron a su anfitrión.

“Entren,” ordenó Fleming. “¿Quieren un brandy, antes del té?”

Lo último que Robertson quería hoy era más licor.

“Voy a pasar.”

“Yo también,” dijo Miles.

Noah, siempre jovial, expresó:

“Aceptaré esa oferta.”

“Excelente... Caballeros, síganme al salón. Algunos de los otros invitados llegaron hace poco tiempo y bajarán en breve para tomar el té,” manifestó Lord Fleming.

“Más bien... Iré en un momento. Necesito un poco de aire, después de estar encerrado en el carruaje,” se excusó Robertson, saliendo al porche.

“Lo entiendo... Después te veré adentro,” replicó Lord Fleming, guiando a Noah y Miles al interior de la casa.

El cochero de Robertson condujo los caballos en dirección a los establos, mientras él se alejaba hacia los jardines.

Olivia miró alrededor de la habitación para invitados, que le habían asignado. Era un precioso cuarto, pintado de azul y crema con una amplia vista del hermoso jardín de abajo. Los rosales se encontraban en plena floración y los caminos estaban bordeados de flores, llenas de diversos colores. Más allá del jardín había colinas y prados hasta donde alcanzaba la vista. Le encantaba caminar y esperaba disfrutar más del aire libre, durante esta semana. Se alegró que a Bett le hubieran asignado la habitación contigua a la de ella. Esto la hacía sentir segura, especialmente porque sus nervios ya estaban al límite. Esta era la primera vez que abandonaba la propiedad, desde su matrimonio con Armstrong y, para empeorar las cosas, nunca antes había asistido a una fiesta, en una casa, por lo que no estaba segura qué esperar.

¿Por qué dejé que Bett me convenciera de esto?

Esta es una mala idea.

Voy a hacer el ridículo.

No soy digna.

Su doncella, Emma, casi había terminado de desempacar su baúl.

“¿Le gustaría cambiarse para el té, milady?”

“Sí, supongo que debería quitarme este vestido de viaje.”

Emma fue al armario y miró entre los vestidos, antes de sacar uno de seda azul claro con pequeñas mangas abullonadas, y una cinta azul marino debajo del pecho.

“Este es un vestido tan encantador. ¿Le importaría usarlo?”

“Sí, ese estará bien... y no tendré que volver a cambiarme para la cena.”

Emma ayudó a Olivia a quitarse la ropa de viaje.

“¿Debería rehacerle el cabello también?”

Olivia levantó la mano y alisó los pocos mechones, que se habían soltado de su moño.

“No. Creo que está bien, por ahora.”

Después de ayudar a Olivia a vestirse, Emma recogió su vestido de viaje y sus botas, claramente planeando quitarse la tierra del camino.

“Volveré más tarde para ayudarla a prepararse para ir a la cama, milady.” Ella hizo una reverencia y salió de la habitación.

Olivia no estaba segura de querer ir a cenar esa noche. Quizás sería preferible una bandeja, en su habitación, al menos en esa primera noche. No estaba segura que sus nervios pudieran soportar tanto el té, como la cena. Era preferible dar pequeños pasos hasta que se acostumbrara a socializar de nuevo. Bett tenía razón: había pasado demasiado tiempo desde que se relacionó con

alguien, y tenía un profundo nudo en el estómago.

Miró por la ventana y se sorprendió al ver a un espécimen alto. Era un hombre, caminando, a zancadas, por el jardín hacia el prado, con sus anchos hombros y su cabello rubio miel, que eran demasiado llamativos, incluso desde la distancia. También admiraba su fina forma y sus largas piernas.

“Me pregunto, ¿quién será...?” Murmuró, sin que estuviera en lo más mínimo interesada. Ella no estaba aquí para conocer a nadie, y simplemente había venido para apoyar a Bett. Pero algo en el poder de ese paso la intrigó un poco. Nunca estaba de más admirar a un hombre atractivo.

Olivia se apartó de la ventana y, con una última mirada en el espejo, salió de su dormitorio, dirigiéndose a la habitación de al lado. No había otros invitados en el pasillo, cuando llamó a la puerta de Bett.

“Ven.”

“¿Estás lista para el té?” Preguntó Olivia, mientras entraba a la habitación, donde la doncella de Bett acababa de terminar de colocarle el último alfiler en el cabello.

“Ahí tiene, milady. Usted se ve hermosa,” dijo la criada.

“Gracias, Lydia,” replicó Bett. Ella miró a su amiga. “Estoy lista. Bajemos y conozcamos a los demás invitados.”

Olivia asintió, pero no compartía el entusiasmo de Bett. Su estómago se apretó más, mientras se unía a los brazos de su amiga, y salía al pasillo.

Bett la miró.

“¡Cielos! Estás temblando.”

“Solo estoy un poco nerviosa, eso es todo. Estoy pensando en una bandeja con la cena, a mi habitación.”

“Liv, no debes esconderte. Vinimos aquí para sacarte de tu soledad, no para que puedas estar sola, en un lugar diferente.”

“No me estoy escondiendo,” insistió Olivia, aunque Bett tenía razón, sí se estaba escondiendo. Quizás había llegado el momento de dejar de tener miedo y empezar a vivir de nuevo. “Supongo que tienes razón, pero primero veamos cómo me va en el té. Entonces, podré decidir si quiero quedarme abajo a cenar.”

“Supongo que es un comienzo,” dijo Bett, guiando a Olivia, escaleras abajo hasta el salón. “Por cierto, te ves muy hermosa. Estoy segura que los caballeros se esforzarán por hablar contigo, esta noche.”

Un escalofrío recorrió a Olivia. No estaba segura de querer toda esa atención.

Creo que he cometido un terrible error.

Capítulo cinco

El aire del campo hizo maravillas en el carácter de Robertson. ¿Cómo podía sentirse miserable, rodeado de una belleza tan espectacular? No tenía idea de cuán grande era la propiedad de Fleming, aunque planeaba recorrerla, esta semana, para conocerla bien. Lamentó no haber traído a su caballo, Perses, especialmente porque al semental le encantaba correr. El prado más allá de los jardines formales era perfecto para un buen galope. Esperaba que Fleming tuviera una montura que pudiera prestarle.

Después de un buen estiramiento de piernas, Robertson regresó a la casa solariega. No tenía idea de cuánto tiempo había estado fuera, pero no estaba preocupado. Durante los próximos diez días, habría tiempo de sobra para conocer a todos los invitados de Fleming. Realmente, no estaba particularmente interesado en conocer a nadie nuevo, más bien quería un respiro sin cortejos. Sabía que los chismes pronto comenzarían en Londres, cuando Lord Evans anunciara su compromiso con la señorita Grandier. Podía imaginar algunos de los comentarios:

¿No estaba Robertson cortejando a la señorita Grandier?

¿Le pasa algo a Lord Robertson?

¿Han derrocado al conde de hielo?

Nunca antes había sido objeto de chismes y no tenía muchas ganas de leer noticias sobre él, en la próxima semana, o cuando se hiciera el anuncio de ese compromiso. Noah tenía razón: estaba huyendo, pero esto era un retiro estratégico, y planeaba disfrutar del aire libre tanto como fuera posible. Incluso sus pulmones se sentían mejor con el aire limpio del campo. No sintió nada de la familiar opresión, en su pecho, mientras caminaba de regreso a la mansión.

El mayordomo abrió la puerta, antes que él tuviera oportunidad de llamar.

“Milord, los invitados están en el salón, tomando el té. Por favor sígame.”

Robertson asintió y siguió al mayordomo, que llamó a la puerta del salón, antes de abrirla.

“No es necesario que me anuncie,” le dijo al hombre, antes de entrar al salón. Había más gente sentada, disfrutando del té, de lo que él esperaba. Mientras miraba a su alrededor, notó a una impresionante dama de cabello oscuro, sentada al otro lado. Era muy hermosa, y cuando él entró, notó que sus ojos se abrieron ligeramente.

Esa fue una reacción curiosa. ¿Conocía a la dama? No la reconoció, y dudaba que olvidara un rostro tan bello. Él asintió, mientras caminaba hacia Noah y Miles.

“Estabas viendo a la encantadora dama vestida de azul, sentada allí,” dijo Noah, en voz baja.

“¿Quién es ella?” Preguntó Robertson.

“La presentaron como Lady Armstrong, aunque todavía no he tenido el placer de conversar mucho con ella.”

“¿Armstrong? ¿Por qué ese nombre me suena familiar?” Manifestó con dudas.

“Creo recordar que, hace unos años, el vizconde Armstrong se jactaba en el club de la hermosa joven con la que se había casado. Esa debe ser ella.”

“No he tenido el placer de conocer a Armstrong,” confirmó Robertson, decepcionado al creer que la dama estaba casada.

“Y no puedes hacerlo... El hombre murió hace dos años por problemas cardíacos. Por lo que tengo entendido, era muy desagradable, incluso cruel, y no puedo entender por qué el padre de esa dama aprobó tal matrimonio. Armstrong tenía la misma edad que mi abuelo, cuando se casó

con ella.”

¿Por qué, de hecho?

Robertson asimiló la noticia y solo se le ocurrió una razón por la que un padre aprobaría tal unión. Tenía que haber sido por dinero. Ciertamente, la joven no habría elegido a un hombre tan mayor para casarse. Él estaba seguro de eso.

“Debes presentarme,” le dijo Robertson a Noah.

“¿En serio? ¿Pensé que habías renunciado a las mujeres?”

“Quizás me apresuré un poco.”

Noah se rió entre dientes.

“Bueno, eso es una mejora con respecto al hombre gruñón con el que viajé en el carruaje, esta mañana. Será un placer hacer la presentación. Walker, ¿deseas unirme a la conversación?” Le preguntó Noah a su otro amigo.

“No, estoy bien aquí por el momento, disfrutando de mi brandy. Habrá mucho tiempo para conversar con todos, durante la fiesta en casa,” expresó Miles.

Robertson y Noah pasearon tranquilamente por el salón hasta llegar al otro extremo, donde Lady Armstrong estaba sentada con otra mujer joven.

“Buenas noches, damas,” dijo Noah con su sonrisa ganadora. No muchas mujeres podían resistirse a su encanto, y Robertson esperaba que estas dos no fueran inmunes.

Ambas jóvenes se pusieron de pie, e hicieron una reverencia.

“Buenas noches,” replicaron.

Noah señaló a Robertson.

“Damas, ¿puedo presentarles al conde de Robertson? ... Lord Robertson, estas encantadoras damas son Lady Armstrong y Lady Williams.”

Robertson hizo una reverencia.

“Es un placer conocerlas a ambas.”

“El placer es nuestro,” ratificó Lady Williams.

“Lady Williams, ¿le importaría ver el jardín?” Preguntó Noah. “He oído que es espectacular.”

“Lo haré, de hecho. Gracias, señor Hughes,” respondió Lady Williams. Volteó hacia su amiga. “Regresaré en breve.”

Noah le tendió el brazo. Lady Williams y él se dirigieron hacia las puertas francesas, y al jardín que estaba más allá.

Robertson tomó el asiento que Lady Williams había dejado libre, deseando prolongar su visita a la belleza de cabello oscuro.

“Lady Armstrong, ¿tuvo un viaje agradable hasta aquí?” Él se encogió por dentro. Quería decir algo ingenioso, pero se quedó helado, cuando ella dirigió hacia él sus inusuales ojos de color verde dorado. Tenía los ojos más hermosos que jamás había visto, y no podía dejar de mirarla. Su dulce aroma a flor de naranjo invadió sus sentidos, y quiso inhalarlo.

“Lo tuve, gracias,” dijo. “¿Y usted, milord? ¿Cómo fue su viaje?”

“Largo,” respondió con una sonrisa. “Tres hombres atrapados en un carruaje, durante horas y horas, no es mi idea de pasar un buen rato.”

“Lo veo.”

“Antes di un breve paseo por los jardines, son muy encantadores.”

“Espero poder disfrutar de estas vistas, la próxima semana.”

“¿Puedo tener el honor de acompañarla a cenar esta noche?” Robertson vio a la dama fruncir el ceño, momentáneamente, antes de alisar su rostro hasta convertirlo en una máscara

neutral.

“Estaba pensando en llevarme una bandeja, a mi habitación, esta noche,” respondió Lady Armstrong. “Ha sido un día largo, y me gustaría retirarme temprano.”

Robertson se sorprendió de lo decepcionado que estaba por esa respuesta. Quería pasar más tiempo con ella, en esa noche, por lo que esperaba sentarse junto a ella, durante la cena. Era inusual que estuviera tan interesado, en esta dama, especialmente porque la debacle con la señorita Grandier todavía estaba fresca en su mente, sin embargo, había algo maravilloso en Lady Armstrong, que lo atraía hacia ella.

¿Qué era? No podía identificarlo ni comprenderlo.

Ciertamente, ella era muy hermosa, aunque era más que eso. A pesar que ella puso cara de valiente, había una tristeza en ella, una melancolía que él quería desterrar. Nadie tan joven debería estar tan triste. Anhelaba verla sonreír.

“Lo veo. Tal vez nos volvamos a encontrar durante el desayuno, y luego, podamos dar un paseo juntos.”

“Sí, tal vez,” expresó ella.

No había mucho más que decir, ya que obviamente, la dama no mostraba ningún interés en él.

“Bueno, entonces le deseo una agradable velada, Lady Armstrong,” dijo, levantándose y dirigiéndose hacia la mesa de refrigerios. No estaba de humor para comer, pero no quería que nadie pensara que Lady Armstrong lo había rechazado.

Pero, ¿ella me rechazó?

Honestamente, él no lo sabía. Quizás realmente estaba cansada por el viaje. Mañana sería un nuevo día, y entonces podría intentar entablar con ella algo más que una breve conversación.

“Eso no pareció ir bien,” susurró Miles al oído de Robertson, cuando se reunió con él, en la mesa.

“¿Qué dijiste?”

“Te estaba mirando. ¿Lady Armstrong te despidió así, sin más...? ¿El gran conde de Robertson fue rechazado en cuestión de minutos?”

“No, claro que no. Simplemente, dijo que estaba cansada por el viaje, y que pensaba llevarse una bandeja, a su habitación, esta noche.”

“Lo veo... No importa, entonces. Hay otras hermosas jóvenes que asisten a la fiesta, en la casa. No tengo dudas que otra llamará tu atención.”

“De hecho,” dijo Robertson, “ciertamente, no quiero conocer a ninguna de las otras mujeres, y especialmente, después de hablar con Lady Armstrong. Quiero conocerla mejor, y espero que mañana haya más oportunidades.”

Olivia podría haberse castigado, a sí misma, por decir que se llevaría una bandeja, a su habitación. Ser presentada formalmente a Lord Robertson le había puesto un nombre a esa hermosa forma: a esos hombros anchos, a esa cintura estrecha y a los ojos marrones más expresivos, que jamás había visto. Su belleza masculina casi la abrumó. Ella había pensado que era guapo, mirándolo desde la distancia, pero de cerca, ¡era magnífico! Como un dios griego. Su voz profunda había vibrado a través de ella, creando un cálido brillo, en su interior, y le asustaba lo mucho que esto la había afectado, durante su breve conversación.

¡Oh! ¿Por qué dije eso? Soy tan cobarde. Debí quedarme abajo y disfrutar de su compañía.

Desde el momento en que vio a Lord Robertson dar largas zancadas, a través del jardín,

hacia el prado, había surgido una fibra sensible en ella, que nunca antes había sentido, y su poder la asustó. Había asumido que nunca querría estar con otro hombre, después del trato cruel de su marido, pero algo en Lord Robertson la hacía querer conocerlo mejor. Esperaba no haberlo ofendido. Eso era lo último que quería hacer.

Desgraciadamente, lo hecho estaba hecho. Necesitaba ser valiente para seguir adelante. Después de todo, ¿no era por eso que había decidido asistir a la fiesta, en casa? ¿Volver a ganar algo de confianza, en sí misma, con la gente? Mañana, esperaba encontrar una manera de estar cerca de él, durante las actividades.

Miró alrededor de la habitación, preguntándose dónde había ido Bett, pero, aparentemente, ella no había regresado de su paseo con el señor Hughes. ¿Debería salir al jardín y ver cómo estaba? ¿O debería ocuparse únicamente de sus propios asuntos? Bett era una mujer adulta, que le había dicho, que quería asistir a la fiesta, en esa casa, porque deseaba conocer a alguien nuevo. Entonces, ¿había despertado su interés el honorable señor Hughes? Realmente, él es guapo, luciendo un cabello oscuro y unos sorprendentes ojos azules, pero se encontró comparándolo con la bella apariencia de Robertson. Definitivamente, ella prefería al conde.

Se reprendió a sí misma por responder tan apresuradamente al apuesto lord, pero ahora estaba demasiado avergonzada para cambiar de opinión. Necesitaba pensar más en su reacción hacia él. ¿Podría dejar atrás el pasado, como le había aconsejado Bett, o quedaría marcada para siempre por lo que Armstrong le había hecho, en sus dos años de matrimonio? ¿Se sentiría diferente con otro hombre, o una vez más, esto le disgustaría, como se había sentido con el contacto de Armstrong?

No tenía respuestas y diez minutos más tarde, como Bett aún no había regresado del jardín, dejó su taza de té sobre la pequeña mesa, y salió discretamente al salón. Quería echar un último vistazo a Lord Robertson, antes que él se retirara, pero le falló el valor.

Mañana sería tiempo suficiente para ver si su atracción por Lord Robertson mantenía su rumbo. Cuando entró en su dormitorio, Emma estaba guardando sus últimas cosas.

“Lady Armstrong, ¿olvidó algo?” Preguntó ella.

“No. Me encuentro demasiado cansada, después del día de viaje. Me gustaría tener una bandeja con la cena, en mi habitación, esta noche.”

“Por supuesto. Me encargaré de ello de inmediato,” replicó Emma, saliendo del dormitorio.

Olivia caminó hacia el tocador, junto a la ventana, y comenzó a soltarse el cabello, dejando caer las horquillas, en un cuenco de cristal. Admiró la espectacular vista, esa cruda belleza, que la inspiró a estar abierta a las posibilidades, que la fiesta en casa podría ofrecerle, incluyendo conocer a un conde particularmente guapo.

Ya no sentía miedo. No obstante, durante su matrimonio había tenido mucho miedo de: la mirada furiosa de Armstrong, sus palabras mordaces, y su palma contra su mejilla, en castigo por cualquier infracción, que él considerara que ella merecía; pero, sobre todo había sufrido demasiado miedo, cuando él llegaba a la cama con su fusta favorita. Nunca sabría cómo sobrevivió dos años con él, pero por pura voluntad y probablemente, un poco de suerte, al encontrar nuevos escondites, cuando él estaba furioso, y había perseverado, atacándola de esa manera.

Había tenido que pasar más de un año, después de la muerte de su marido, antes que dejara de sobresaltarse por cada sonido en la casa. A través de pura determinación y obligándose a salir de su dormitorio para administrar las propiedades, finalmente había logrado un nivel de paz, que no había sentido, en los años de su matrimonio.

Quizás Bett tenía razón, y ya era hora de probar cosas nuevas.

Exactamente, no tenía idea de lo que sentía por Lord Robertson, pero sabía, por su breve interacción con él, que ese hombre le fascinaba. Parecía muy estoico, aunque eran sus ojos los que la mantenían cautiva. Dicen que los ojos son la ventana del alma, y cuando ella miró los de él, tuvo la sensación que él tenía el alma muy herida. No sabía por qué pensaba que Robertson estaba herido. ¿Quizás un alma herida estaba buscando a otra, también herida? ¿Era posible que pudieran ayudarse a sanar, un poco, el sufrimiento pasado de cada quien?

Ahora, la pregunta era: ¿tendría ella el coraje de aventurarse en una relación más profunda con el conde, o Armstrong la había marcado de por vida?

Capítulo seis

El día siguiente amaneció soleado. Robertson se despertó, sintiéndose renovado. El aire fresco del campo estaba haciendo maravillas con su carácter. La frecuente opresión en su pecho había desaparecido, al menos por ahora, pero él sabía que no debía volverse demasiado complaciente con su salud y hacer algo demasiado extenuante. Había aprendido de experiencias pasadas, a disfrutar todos los días buenos, y darse el tiempo que necesitaba para recuperarse, cuando tenía uno malo.

La vergüenza que sentía por su fallido noviazgo con la señorita Grandier se estaba disipando, y esperaba con ansias las actividades planeadas para hoy. Era hora de dejar atrás su decepción, de una vez por todas, y disfrutar de su estadía, en la fiesta de esa casa.

Hoy había una competencia de tiro con arco seguida de un picnic. Esperaba asociarse con Lady Armstrong en tiro con arco o, al menos, pedirle que se sentara con él, en el picnic. La breve conversación de la noche anterior no había sido lo suficientemente larga, y ansiaba verla de nuevo. Algo en ella lo intrigaba. Ella era como un pájaro frágil y herido, que luchaba por abrirse camino en el mundo, y él quería ser quien le mostrara, cómo extender sus pequeñas alas. Ella no merecía menos.

Pasó sus largas piernas por el costado de la cama, antes de alcanzar su baniano, atándose el cinturón, mientras caminaba hacia la ventana. Todavía era temprano y una capa de niebla permanecía adherida al suelo, aunque cuando la misma se disipó, prometía que vendría un día cálido y soleado.

La puerta de su habitación se abrió.

“Milord, se levantó temprano esta mañana,” dijo Bryer.

Robertson volteó hacia su ayuda de cámara.

“Me siento muy bien esta mañana y quiero dar una vuelta por la finca, antes que comiencen las actividades formales.”

“Muy bien, milord. Déjeme preparar su ropa, y luego, le informaré al jefe de los establos, que usted desea montar.”

Después de vestirse con pantalones de ante, una camisa de lino y una chaqueta de montar verde oscuro, Robertson se dirigió a los establos. Había decidido renunciar al chaleco y a la corbata, esa mañana, y regresaría, antes que los demás se despertaran, para bañarse y vestirse adecuadamente, en ese día.

La casa estaba en silencio, a excepción de algunos sirvientes, que realizaban sus tareas matutinas, mientras él bajaba las escaleras hasta el vestíbulo, y salía por la puerta. Al salir, él inhaló profundamente. No se había dado cuenta que el aire de Londres afectaba a sus pulmones, hasta que tuvo la oportunidad de disfrutar del aire limpio aquí, en Fleming Manor.

“Mucho mejor,” murmuró, en su corto paseo hacia los establos.

“Milord, me dijeron que le gustaría montar esta mañana,” dijo el jefe de los establos, cuando apareció Robertson.

“Sí. Me gustaría mucho explorar los terrenos. Se ven magníficos.”

“Tengo un semental enérgico al que le vendría bien algo de ejercicio. ¿Lo quiere?”

“Sí... ¡Perfecto!”

En cuestión de minutos, un mozo de cuadra conducía a un hermoso semental negro, resoplando y pateando, hasta donde esperaba Robertson.

“Debo advertirle, milord, que Hades está muy juguetón, esta mañana,” expresó el mozo de cuadra.

Robertson extendió su mano hacia el caballo, antes de darle unas palmaditas en el cuello.

“¿Quieres correr hoy, muchacho?” El caballo resopló, aparentemente de acuerdo, y Robertson saltó a la silla. “Vamos, Hades, muéstrame lo que tienes,” dijo, mientras se alejaban corriendo.

Él sintió una profunda conexión con el caballo, mientras corrían por el prado. Por primera vez, en mucho tiempo, se sintió en paz. Fue glorioso sentir tal poder, cuando Hades tronó sobre la hierba. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que alguien había sacado al semental, a dar una buena carrera. Después de recorrer varias millas, tomó las riendas.

“¡Vaya, Hades!”

El semental parecía reacio a dejar de correr, pero finalmente redujo el paso, y empezó a caminar. Robertson le dio unas palmaditas en el cuello.

“Buen trabajo, Hades.”

Él oyó el ruido del agua y condujo el caballo, más allá de un bosquecillo de árboles, hasta encontrar un arroyo, y desmontó. Sin más instrucciones, Hades se inclinó para tomar un buen trago, mientras Robertson se sentaba en una roca cercana, reflexionando sobre su vida.

¿Qué quiero exactamente en la vida?

¿Una esposa?

¿Niños?

Por supuesto, como conde, era su deber casarse y engendrar un heredero, no había dudas al respecto, y le gustaría mucho que todo esto se resolviera lo antes posible. Estaba cansado de estar solo, con apenas su madre, casi ausente, como familia. Después de años de abandono, sabía que nunca conocería la bondad de una madre amorosa. ¿Cómo podría hacerlo, cuando ella lo había acusado años atrás de matar a su hermano, y lo había culpado hasta el día de hoy?

¡Grayson!

Hacía años que no pensaba en su hermano y se preguntaba cómo habría sido su vida, si Grayson no se hubiera ahogado. ¿Robertson sería vicario ahora? Se le había negado una carrera militar, debido a su problema pulmonar, pero si su hermano hubiera vivido, ¿ayudaría a Grayson a administrar las propiedades? ¿O estaría supervisando una de las muchas propiedades que pertenecían al condado? Robertson era bueno con los números y había administrado bien la finca, cuando heredó el título. Aunque no había tenido una relación real con su padre, excepto algunas lecciones sobre administración de propiedades, al menos el ex conde había sido responsable, cuidando adecuadamente la finca y atendiendo a los inquilinos, a diferencia de algunos aristócratas, que casi arruinaron sus propiedades por mala gestión y deudas de juego.

Robertson mantenía correspondencia regular con los administradores de sus diversas propiedades, asegurándose que sus inquilinos tuvieran todo lo que necesitaban, pero rara vez regresaba a su casa de campo en Castle Point. Ese lugar guardaba demasiados recuerdos oscuros, y una vez que lo enviaron a un internado, logró asegurarse de tener siempre una excusa para no regresar a casa, incluso durante las vacaciones escolares. Era mejor mantenerse alejado, que ver la decepción, en los ojos de sus padres, cuando lo miraban. Era el hijo imperfecto, el que debería haber muerto en lugar de su amado hermano.

Mantenerse alejado de Castle Point, tanto como fuera posible, parecía convenir a todos. Nunca recibió cartas de sus padres, rogándole que volviera a casa de visita. Una vez que se hizo amigo de Noah y Miles, hubo muchas oportunidades para involucrarse con ellos y sus familias, lo que le ayudó a evitar regresar a Castle Point.

Robertson sacudió la cabeza para disipar esos dolorosos recuerdos de la infancia. Ya no era un niño sino un hombre adulto. Seguramente, ya no necesitaba el amor de su madre. Ese tiempo ya había pasado hace mucho. Ella tenía su vida y él la suya, y rara vez se cruzaban. Eso les convenía a ambos.

Bajó de la roca y caminó hacia Hades.

“Vamos, muchacho, es hora que regresemos. Hay una dama con la que me gustaría conversar.”

El caballo resopló y Robertson subió a la silla. Disfrutaron de una buena carrera por el prado, y, cuando regresaron a los establos, el cuello del caballo estaba sudado.

Un mozo de cuadra salió del granero.

“¿Cómo estuvo su viaje, milord?”

“Estimulante. Dale un buen masaje a Hades y mucha avena. Él bien se lo merece.”

El mozo de cuadra asintió y se llevó al caballo, mientras Robertson regresaba al interior de la casa. Todavía era temprano, y cuando entró en su dormitorio, Bryer estaba allí.

“Lo vi corriendo por el prado, así que tengo su baño listo, milord.”

“¡Excelente! Aprecio mucho eso,” dijo, quitándose la ropa. Mientras se hundía en el agua humeante, se sintió más relajado, que en los meses anteriores.

Esperaba con ansias las actividades del día, con suerte vería a Lady Armstrong.

Olivia abrió los ojos y vio que el sol enviaba prismas de luz, alrededor de su dormitorio. Por lo general, no dormía tan tarde. Probablemente, ella estaba más cansada de lo que pensaba.

Emma tocó la puerta, y luego entró con la bandeja de té y tostadas.

“Buenos días, milady. Pensé que disfrutaría de una taza de té, mientras me ocupo de su baño.”

“Gracias, Emma. De hecho, lo haré.”

Emma colocó la bandeja sobre las piernas de ella.

“Regresaré en un momento.”

Por primera vez en mucho tiempo, Olivia se sintió reamente emocionada: encantada por disfrutar de las actividades de la fiesta, en esta casa, y excitada por haber conocido a Lord Robertson. Aunque le había dicho a Bett, que no estaba interesada en conocer a nadie nuevo, tal vez podría hacer una excepción con el conde Robertson. Ella estaba fascinada con él, y no le dolía que fuera uno de los hombres más guapos, que jamás había conocido. Bebió su té, y pensó en su interacción, durante la noche anterior. No había nada especial en su conversación. Era un hombre. Aunque Olivia quería pasar más tiempo con él y conocerlo.

Poco más de una hora después, llamó a la puerta de Bett, pero nadie respondió, por lo que supuso que su amiga, ya estaba abajo. Descendió las escaleras y se dirigió al comedor.

Mientras se acercaba al salón, pudo escuchar voces, y la que se destacó por encima de las demás fue el timbre profundo de Lord Robertson. Ella sonrió interiormente y se apresuró a unirse al grupo. Cuando entró en el comedor, se sintió aliviada al ver a Bett, frente al aparador, llenando su plato con huevos y frutas. Caminó hacia ella.

“Buen día.”

Bett volteó hacia ella y le susurró:

“Liv, dormiste hasta tarde esta mañana. No quería despertarte, así que bajé. ¿Te sientes mejor hoy?”

Olivia asintió y cogió un plato.

“Estoy mejor. Gracias.”

“Por favor, permítame el placer de llenar su plato, Lady Armstrong,” dijo Lord Robertson, recogiendo el plato.

No lo había oído caminar detrás de ella. Cuando giró y miró sus hermosos ojos marrones, sonrió.

“Gracias, milord. Eso sería de gran ayuda.”

“¿Qué prefiere esta mañana?”

“Huevos y frutas, por favor.”

“Es un placer,” expresó, llenando el plato de ella, y luego el suyo, antes de acompañarla a la mesa. Dejó los platos y sacó una silla para ella, antes de sentarse en el asiento, junto a ella. “Espero que se sienta mejor hoy.”

“Gracias y espero con ansias las actividades del día,” replicó Olivia.

“Yo también. ¿Le importaría asociarte conmigo para el concurso de tiro con arco?”

Los ojos de Olivia se abrieron como platos.

“Hum... me temo que no soy muy buena en tiro con arco. Si está interesado en ganar, es posible que desee elegir un compañero más adecuado.”

“Ganar no lo es todo, Lady Armstrong, y me gustaría mucho pasar más tiempo con usted, si lo permite.”

Sintió que un rubor subía por su cuello y manchaba sus mejillas de rosado. Nunca antes nadie le había pedido permiso para pasar tiempo con ella. Armstrong había controlado todos los aspectos de su vida, incluyendo a quién podía ver y con quién podía hablar. Que un caballero le pidiera permiso era una sensación nueva y embriagadora.

“Bueno, entonces, mientras no le importe perder, estaré encantada de asociarme con usted, milord.”

Había diez damas y diez caballeros, en la fiesta, en esa casa, y Olivia apenas podía creer que Lord Robertson la hubiera elegido a ella, especialmente porque asistieron varias hermosas jóvenes y algunas viudas ricas.

Se dirigió hacia Bett, quien estaba sentada al otro lado.

“¿Te asociarás con el señor Hughes en el concurso de tiro con arco?” Susurró ella.

Bett asintió.

“Sí, él me lo preguntó anoche.”

“Me asociaré con Lord Robertson.”

“¿Así es? Bueno, me atrevo a decir que es un paso en la dirección correcta.” Bett arqueó una ceja.

“Silencio, Bett... Eso no significa nada.”

“¿Estás segura? Vi la forma en que te miró, cuando entraste al comedor esta mañana. Esa era la mirada de un hombre interesado.”

“¿En serio?”

Bett asintió nuevamente.

“No mentiría sobre algo tan importante. Sé lo que vi.”

¿Tenía razón Bett? ¿Estaba Lord Robertson interesado en ella? Pero, ¿con qué propósito? Ciertamente, no quería volver a casarse, y nunca se pondría bajo el control de otro hombre. Dos años de Armstrong, controlando cada uno de sus movimientos, fueron suficientes para atormentarle toda la vida.

Sin embargo... Tal vez existía la posibilidad que le robara algunos besos. No le había creído a Bett, cuando le había dicho que los besos podrían ser muy placenteros. Esa no había sido la

experiencia de Olivia con Armstrong. Él era rudo y babeante, cuando la besaba, y ella se sintió aliviada, que eso hubiera sido tan poco frecuente.

¿Cómo sería besar a Lord Robertson? Un hombre viril en lugar de alguien con la edad suficiente para ser su abuelo. Ella se echó un vistazo, y se preguntó si esos labios masculinos eran tan suaves como parecían. Solo había una manera de averiguarlo. Antes que terminara el día, estaba decidida a obtener su respuesta.

Capítulo siete

Olivia levantó la vista de su plato, cuando el anfitrión chocó su vaso con un cuchillo.

“Damas y caballeros, todos aquellos que hayan elegido participar en el concurso de tiro con arco deben caminar hacia el césped oeste. Mi querida esposa ha organizado muchas otras actividades para aquellos que no desean participar en el concurso. El sol brilla y el día promete ser cálido y agradable. Les deseo a todos buena suerte,” dijo Lord Fleming con una floritura.

Lady Fleming se puso de pie, cuando su marido terminó de hablar.

“Cualquier dama que no desee participar en el tiro con arco puede seguirme al salón.”

Todas menos tres de las damas se levantaron y siguieron a la anfitriona, mientras ella salía del comedor. Todos los hombres habían elegido quedarse y participarían en el concurso.

Tres damas y diez hombres deberían propiciar una competencia interesante. Olivia había sido presentada brevemente, en la noche anterior, a la otra mujer, que participaba hoy en el concurso. La señorita Jane Bartlett era muy atractiva, con su cabello rubio miel y sus ojos azul aciano. Era joven, tal vez de diecisiete o dieciocho años. Olivia se había dado cuenta de cuántas veces había mirado furtivamente a Lord Robertson. ¿Estaba interesada en él? Parecía que su madre, la vizcondesa Bartlett, ciertamente estaba interesada en esa relación, ya que sus susurros febriles, ayer, durante el té, fueron una indicación.

Olivia no tenía idea si Lord Robertson estaba interesado en casarse. ¿Preferiría una mujer un poco mayor, o quería una mujer joven recién salida del aula? Sin duda, la señorita Bartlett era lo suficientemente bonita como para captar la atención de cualquier hombre, sin embargo, ¿Lord Robertson era uno de ellos? ¿Estaba buscando a una esposa tan joven?

Tenía sentido que la señorita Bartlett le arrojara la gorra. Lord Robertson era guapo, rico y con título, exactamente lo que toda mamá casamentera deseaba para su hija. Olivia se alegró que le hubiera pedido que fuera su compañera hoy, ya que ninguno de los otros hombres presentes parecía tocar una fibra sensible, en ella, aunque los amigos de Lord Robertson, el señor Hughes y el señor Walker, eran agradables, especialmente el señor Hughes, que parecía completamente cautivado por Bett.

“Lady Armstrong, ¿está lista para partir hacia el jardín oeste?” Preguntó Lord Robertson.

Olivia se levantó.

“Lo estoy. Gracias milord.”

Él extendió el brazo y ella deslizó la mano en el hueco de su codo. Estar tan cerca de él la hizo apreciar aún más su belleza masculina. Olía maravilloso. Pensó que era una mezcla de sándalo y bergamota. Su brazo era firme y fuerte, y se preguntó cómo se sentiría al estar con él, piel con piel.

¿Qué?

¿De dónde vino ese pensamiento?

¿Por qué diablos pienso así del conde, cuando hace unos días le dije específicamente a Bett, que no estaba interesada en conocer a nadie ni tener una relación?

Unos cuantos besos robados era todo lo que estaba dispuesta a explorar, en esa fiesta. Se dio una sacudida mental para disipar la imagen de Lord Robertson y ella, juntos, en la cama. Nunca había dormido con Armstrong y eso no le había importado. Cuando él llegaba a su cama, le levantaba el camisón, gruñía, la empujaba por unos momentos, y luego, la dejaba. El acto matrimonial no tenía ningún atractivo para ella, y siempre se había sentido aliviada, cuando él

terminaba rápidamente.

“Hoy será un día cálido y agradable,” dijo Lord Robertson.

“¿Qué? Lo siento mucho. Estaba desconcertada. ¿Puede repetir eso?” Preguntó Olivia. Se reprendió a sí misma por pensar en su difunto marido, mientras caminaba con el conde. Armstrong estaba muerto y ella estaba con un hombre muy guapo y viril. Había llegado el momento de dejar atrás el pasado.

“Solo mencioné que hoy habrá calor.”

Olivia lo miró y sonrió, mientras él la conducía hacia el jardín oeste.

“Parece que sí. Milord, debo advertirle nuevamente que no soy muy hábil en tiro con arco.”

Cuando él le dedicó una sonrisa devastadora, sus rodillas casi se doblaron. No era justo que se le otorgara tanta belleza a un hombre. ¿No era tan bendito el destino que se reía de todas las hembras?

“Lady Armstrong, permítame decirle, una vez más, que no me importa ganar el concurso. Tengo muchas ganas de conocerla mejor, y me alegro que podamos pasar algún tiempo juntos.”

Olivia asintió, pero una pequeña parte de ella temía, que si él realmente la conocía, regresaría corriendo, a Londres, tan rápido, que le daría vueltas a su cabeza. Debía tener cuidado con lo que le decía. El constante menosprecio, que Armstrong hizo contra ella, la había llenado de indecisión y miedo a cometer errores. Ella sacudió la cabeza para disipar esos sentimientos. Armstrong ya no podía hacerle daño, y necesitaba creer más en sí misma. Sin embargo, haber sido llamada inútil, todos los días, durante dos años, le pasó factura, y ella estaba tratando de superarlo, especialmente, si quería estar con alguien tan amable y cortés como Lord Robertson.

No pasó mucho tiempo hasta que todos los invitados que querían participar en el concurso se reunieron en el césped oeste. El señor Hughes y Bett tenían las cabezas juntas, muy probablemente discutiendo su estrategia. La señorita Bartlett se había asociado con un joven, Lord Pressley, heredero de un vizconde. Era de estatura media, complexión delgada y llevaba el cabello castaño un poco largo. Ella no se sentía atraída en lo más mínimo por él.

“Hagamos que los equipos con una dama sean los primeros en disparar al objetivo. Cada miembro de un equipo debe elegir la flecha del mismo color para que podamos realizar un seguimiento de los resultados,” dijo Lord Fleming. “Quiero que todos se relajen y se diviertan. ¡Que empiecen los juegos!”

Lord Pressley y la señorita Bartlett fueron los primeros. Él la ayudó a colocar una flecha con plumas rojas y ella la dejó volar. No fue un mal tiro. Al menos dio en el blanco y su flecha se incrustó en uno de los anillos exteriores. Lord Pressley apuntó su flecha al objetivo y la soltó. Aterrizó con un ruido sordo en el segundo círculo.

“¡Bravo!” Gritó Lord Fleming. “Un gran comienzo. Ahora, ¿quién es el siguiente?”

El señor Hughes y Bett se acercaron a la fila. Bett tenía más habilidades con el arco y la flecha, y su flecha de punta amarilla dio en el blanco, dentro de la flecha roja de Lord Pressley.

“Bien hecho, Lady Williams,” expresó Noah, colocando su flecha. Su puntería era certera y dio justo en el centro.

Bett aplaudió a su compañero.

“Excelente tiro, señor Hughes.”

“Bien hecho, señor Hughes y Lady Williams,” dijo Lord Fleming. “Su equipo está a la cabeza por el momento. Lord Robertson, su equipo es el siguiente.”

Olivia tomó el arco y Lord Robertson le mostró cómo colocar una flecha con plumas azules.

“Milady, mantenga el brazo cerrado y mire al objetivo,” susurró.

Él estaba parado cerca de ella, colocando su brazo correctamente, mientras su cálido aliento

le hacía cosquillas en el cuello, provocando deliciosos escalofríos por su columna. Le resultaba difícil concentrarse en el objetivo, estando él tan cerca. Su aroma limpio invadió sus sentidos y todo lo que quería hacer era respirar profundamente, e inclinarse hacia él. Nunca pensó que querría volver a estar tan cerca de un hombre, pero había algo especial en el conde, que excitaba sus sentidos.

“Milady, ¿tiene frío?” Preguntó.

Ella sacudió su cabeza.

“No, estoy bien, gracias.”

“Bien. Ahora debe alinear la flecha con el objetivo y, cuando se sienta cómoda, suéltela.”

Olivia respiró hondo, apuntó al objetivo, soltó la flecha y esperó a ver, si había dado en el blanco. Cuando la flecha impactó en el segundo anillo, justo afuera de la de Bett, ella casi saltó de alegría. Al menos no se había avergonzado, al no haber fallado, en el blanco, por completo. Bett y el señor Hughes todavía estaban a la cabeza, pero si Lord Robertson podía dar en el centro y dividir la flecha del señor Hughes, tenían buenas posibilidades de quedar en primer lugar.

Lord Robertson tomó el arco más grande, colocó su flecha azul y la dejó volar.

Ella observó cómo su puntería era correcta y la flecha dio en el blanco, justo a la izquierda de la del señor Hughes.

“¡Bien hecho, Lord Robertson!” Exclamó ella. “Ese fue un tiro perfecto.”

“Bien hecho, equipos,” anunció Lord Fleming. “Ahora, veamos si los caballeros pueden superar estos excelentes tiros.”

El resto de los equipos cumplieron sus turnos y, al final, Bett y el señor Hughes fueron los vencedores. Todos los felicitaron por su victoria.

Olivia abrazó a su amiga.

“No sabía que eras tan hábil con el arco y la flecha.”

“Gracias. He tenido algo de práctica, pero creo que fue más un tiro de suerte que cualquier otra cosa. Tú también lo hiciste muy bien.”

“Mi disparo fue pura suerte. Debo decir que te veías magnífica al lanzar cada flecha.”

“Tengo que estar de acuerdo con usted, Lady Armstrong,” dijo el señor Hughes, guiñándole un ojo a Bett, quien se sonrojó ante su cumplido. “Sus disparos estuvieron muy bien colocados, lo que nos permitió salir victoriosos.”

“Estoy sediento,” expresó Lord Robertson. “¿Nos dirigimos al área de picnic, a tomar un refrescante vaso de limonada?”

“Eso suena delicioso,” confirmó Olivia.

Cuando Lord Robertson le tendió el brazo, ella lo tomó sin dudarlo. Se sentía bien estar cerca de un hombre y no tener miedo.

Bett y el señor Hughes los siguieron, mientras caminaban junto al lago, donde los sirvientes estaban ocupados, preparando el almuerzo campestre.

“Espero que haya disfrutado de ese concurso,” dijo Lord Robertson.

“Muchas gracias,” replicó Olivia. “Y casi ganamos. Eso fue de lo más sorprendente.”

“Esta vez casi me ganas, Robertson,” manifestó el señor Hughes. “Debo estar un poco oxidado.”

“¡Qué presumido!” Robertson lo dijo por encima del hombro con una sonrisa. “Uno de estos días, te venceré con un arco y una flecha.”

“Quizás, ¡pero, hoy no!”

A Olivia le gustó ver la fácil camaradería entre los dos amigos. Armstrong había tenido sus propios compinches, pero sus relaciones no se parecían en nada a la relación entre Lord

Robertson y el señor Hughes. El comportamiento de Armstrong nunca había sido así con sus pocos amigos, que venían a la finca. Estaba empezando a darse cuenta de lo mucho que se había perdido, al haber estado casada con un hombre lo suficientemente mayor, como para ser su abuelo.

Capítulo ocho

Cuando el grupo ingresó al área del picnic, también estaban llegando las damas, que no habían participado en el concurso de tiro con arco. Si la animada charla era una indicación, parecían estar disfrutando de la fiesta, en la casa, hasta el momento. Hubo muchas risitas y Olivia se preguntó qué era tan gracioso.

“Le traeré un vaso de limonada,” dijo Lord Robertson.

“Sí, por favor. Eso suena delicioso,” replicó Olivia, antes de sentarse en una de las mantas extendidas sobre el césped.

Bett se sentó a su lado, mientras el señor Hughes acompañaba a su amigo para ir a buscar las bebidas.

“Parece que te llevas muy bien con el señor Hughes,” susurró Olivia.

“Me gusta ese hombre,” asintió Bett.

“Pero, lo acabas de conocer.”

“Lo sé, pero a veces hay una chispa instantánea entre dos personas. Sentí esa chispa anoche,” expresó Bett con una mirada soñadora en sus ojos. “Él también es muy guapo, ¿no lo crees?”

Olivia asintió, aunque prefería el color más claro del conde.

“Él lo es... de hecho.”

Las cosas iban muy rápido para su amiga y eso la inquietaba. No quería que Bett cometiera un error importante al lanzarse a alguien demasiado rápido... ¿O era ella, quien no quería cometer ningún error importante? Por supuesto, casarse con Armstrong había sido decisión de su padre, sin embargo, ¿podía confiar en su propio juicio de un hombre, que era amable y bueno? En aquel entonces, Olivia no tardó más de un día, en darse cuenta que su matrimonio iba a ser una pesadilla. Por supuesto, ya era demasiado tarde... Ella no quería eso para su amiga.

“¿Ya ha intentado besarte?”

Bett evitó responderle, cuando los hombres regresaron con las limonadas y un plato de frutas.

“Aquí estamos. Esto debería detenernos por un tiempo. Los sirvientes todavía están preparando el resto del almuerzo,” dijo Robertson.

Olivia tomó el vaso y bebió profundamente.

“¡Oh! Esto es tan refrescante. Gracias milord.”

“El placer es mío. ¿Le importaría dar un paseo, antes que sirvan el almuerzo?” Preguntó Robertson. “Me encantaría explorar los terrenos, un poco más.”

Olivia miró a Bett.

“¿Quieres venir con nosotros?”

“No. Estoy muy contenta de sentarme aquí con el señor Hughes. Sigam, adelante. Disfruten su caminata,” dijo Bett.

Robertson extendió la mano para ayudar a Olivia a ponerse de pie. La tomó y ella sintió una conexión instantánea, como si un rayo la hubiera alcanzado. Era algo que nunca antes había sentido y le gustaba. ¿Era esto de lo que Bett había estado hablando? Ciertamente, ella sentía algo, cuando estaba cerca del conde, pero, ¿era simplemente admiración por un hombre apuesto o algo más?

“Milady, ¿usted monta?”

“Sí. Es una de mis actividades favoritas.”

“Bueno, entonces, ¿tal vez, aceptaría viajar conmigo, mañana por la mañana? Esta mañana di una vuelta, y la propiedad de Fleming es realmente impresionante.”

Olivia dudó solo un momento, antes de asentir.

“Gracias. Eso suena muy divertido. ¿Le pedimos a Lady Williams y al señor Hughes que nos acompañen?”

“Si quiere, aunque debo advertirle, a mi amigo no le gusta madrugar,” respondió con una sonrisa.

“Ahora que lo pienso, Lady Williams tampoco,” dijo Olivia.

Robertson esperaba tener toda la atención de Lady Armstrong para él, durante el viaje de la mañana, pero si ella se sentía más cómoda con su amiga acompañándolos, a él le parecía bien. Lo que fuera que ella necesitara, siempre y cuando aceptara pasar tiempo con él.

“Sí, eso suena divertido,” expresó. “Podemos preguntarles, cuando regresemos al picnic.”

“¿Trajo su propio caballo?” Preguntó Olivia.

Él sacudió la cabeza.

“No, aunque probablemente debería haberlo hecho. Esta mañana monté uno de los sementales de Fleming. No creo que haga suficiente ejercicio y me gustaría sacarlo a pasear todos los días. Si el tiempo lo permite, por supuesto.”

“Es muy amable de su parte, milord.”

“Quedo a la orden... Disfruto del buen galope y Hades es un caballo magnífico.”

“Entonces, tengo muchas ganas de montar mañana.”

Robertson sintió una gran atracción por Lady Armstrong. Era hermosa, pero era más que eso. La noche que la conoció, había algo, en ella, que lo atraía a él. Ella había sido muy tímida al principio, pero hoy parecía más abierta y relajada con él. Posiblemente, esto fue simplemente el cansancio del viaje lo que la hizo correr a su dormitorio, en la noche anterior. Ella no parecía cansada hoy. De hecho, parecía estar disfrutando inmensamente, debido a que sus dulces sonrisas la delataban, siendo una indicación de su placer. Definitivamente, él podría acostumbrarse a eso.

Habían caminado mucho, desde la zona de picnic, cuando Robertson se detuvo y la miró. El sol pareció formar un halo, a su alrededor, y lo dejó sin aliento. Era tan hermosa. Su piel parecía brillar, y cuando su lengua salió para humedecer sus labios, él se inclinó lentamente hacia ella, dándole la oportunidad de alejarse, si así lo deseaba. Ella no se movió, así que él levantó la mano para acariciarle la mejilla, pero ella se estremeció, y dio un paso atrás, antes que él pudiera tocarla.

“Milady, ¿se encuentra bien?”

“Sí, estoy bien. Es solo...”

“¡Robertson!”

Él gruñó interiormente, ante la interrupción, desesperado por entender lo que acababa de pasar. ¿Por qué ella se había estremecido? ¿Fue él, o alguien la había lastimado en el pasado? ¿Fue por eso que ella se estremeció, cuando él fue a acariciarle la mejilla? Una ira, que nunca antes había sentido, se desplegó dentro de su pecho. Mataría al hombre que la lastimó.

Levantó la vista y vio a la señorita Bartlett y a Lord Pressley caminando hacia ellos.

“Pressley.”

“Veo que no somos los únicos que disfrutamos de un paseo, en este hermoso día,” dijo el joven lord, mientras se acercaban a ellos, aparentemente sin darse cuenta del ceño fruncido de

Robertson.

“Ha sido muy agradable, pero estábamos a punto de regresar,” manifestó, extendiendo su brazo nuevamente hacia Lady Armstrong.

Ella deslizó su mano en la curva de su codo. Él se alegró que ella no hubiera rechazado su escolta, pero su reacción anterior aún lo desconcertaba.

“¡Excelente! Regresaremos con ustedes,” dijo Pressley.

Robertson no estaba contento. Quería pasar más tiempo a solas con Lady Armstrong, y sobre todo quería saber por qué ella parecía tener tanto miedo, a que la tocaran. Se sentía protector con ella, y no quería volver a verla tan asustada, nunca más.

“Lady Armstrong, ese color le sienta muy bien,” aclaró la señorita Bartlett. “El verde complementa muy bien sus ojos.”

Olivia inclinó la cabeza.

“Gracias, señorita Bartlett. ¿Está disfrutando de la fiesta, en casa?”

“¡Oh, sí! Mamá dice que Lord Fleming es conocido por dar grandes fiestas. No vivimos lejos de aquí, y me emocioné mucho, cuando recibimos una invitación este año. ¿Ha estado antes aquí?”

“No. Esta es la primera vez que asisto.”

“También la mía. Mamá dice que es una buena práctica, antes que entre en el mercado matrimonial, en la próxima primavera. Tengo muchas ganas de estar en Londres. ¿Disfrutó su temporada?”

Olivia negó con la cabeza.

“No tuve una temporada.”

“¡Qué vergüenza! No veo la hora de asistir a los bailes, musicales y fiestas de té. Yo era demasiado pequeña, cuando mi hermana mayor salió para disfrutar de cualquiera de las actividades, pero recuerdo todo lo que me contó sobre ellas. Finalmente, la próxima primavera, podré disfrutarlas, también.”

“Eso suena amoroso. Le deseo una temporada llena de éxitos.”

“Espero verla en Londres,” dijo Lord Pressley a la señorita Bartlett.

La joven le dedicó una sonrisa tímida.

“Gracias, señor Pressley.”

Mientras caminaban de regreso al área de picnic, Olivia no pudo evitar sentir que le debía a Lord Robertson una explicación por su reacción anterior. Ella habría agradecido su beso, pero cuando él levantó la mano, ella retrocedió sin pensar, anticipando una bofetada. Ella se sintió instantáneamente mortificada y quiso explicarle, que agradecía sus besos, pero fueron interrumpidos, y ahora el momento parecía haber pasado.

¿Intentaría besarla de nuevo? ¿O lo había disuadido de siquiera intentarlo? Eso era lo último que quería. No podía dejar de pensar en su labio inferior regordete. ¿Sus labios serían tan suaves, como parecían?

Quizás necesitaba ser audaz. Una cosa era pensar o decir que quería ser audaz, pero otra completamente diferente era actuar de esa manera. ¿Qué tenía que hacer para ser audaz? ¿Debería simplemente pedirle a él que la besara? ¿Qué pasaría, si él se negara? Se sentiría mortificada, y probablemente sentiría la necesidad de abandonar la fiesta, en esa casa, si eso ocurriera. Ciertamente, eso no la ayudaría a salir de su caparazón de aislamiento, como tan acertadamente le había dicho Bett.

Cuando llegaron a la manta, ella notó que Bett y el señor Hughes tenían las cabezas juntas y hablaban en voz baja. Parecía que Bett disfrutaba mucho de la atención del señor Hughes.

“Nos vemos más tarde,” dijo Pressley, mientras la señorita Bartlett y él caminaban hacia su propia manta.

Lord Robertson y ella se sentaron con Bett y el señor Hughes.

“¿Disfrutaste tu caminata?” Preguntó Bett.

“Mucho,” respondió Olivia. Quería que Lord Robertson supiera que disfrutaba de su compañía, a pesar de su reacción embarazosa.

“Hemos hecho planes para recorrer la finca mañana temprano por la mañana. ¿Pueden venir con nosotros?”

Bett negó con la cabeza.

“No gracias. No esta vez. Ustedes dos sigan adelante y disfruten su viaje.”

“Bueno, me muero de hambre,” expresó Lord Robertson. “Lady Armstrong, ¿puedo prepararle un plato?”

“Eso sería muy bienvenido. Gracias, milord.”

El señor Hughes también se puso de pie y Olivia observó a los dos hombres hablar, mientras se dirigían a la mesa de refrigerios.

Bett la miró.

“¿Qué ocurre?”

Olivia negó con la cabeza.

“No es nada malo... ¿Por qué lo preguntas?”

“Porque te conozco y llevas tus emociones a la vista. ¿Lord Robertson te ofendió de alguna manera?”

“No, ha sido el perfecto caballero. Fui yo. Tuve una mala reacción, cuando intentó tocarme.”

“¡Oh, Liv! Lo siento mucho. Quizás deberías decirle que no es porque no te guste, sino que los malos tratos de tu difunto marido todavía te afectan.”

“Estaba a punto de hacer precisamente eso, cuando Lord Pressley y la señorita Bartlett nos interrumpieron. Luego, pasó el momento y no sé cómo volver a sacar el tema.”

“¿Estaba tratando de besarte?”

“Sí. Seguramente agradecería su beso, pero creo que lo he arruinado todo.”

Bett le dio unas palmaditas en la mano.

“No creo que ese sea el caso. Parece que Lord Robertson está muy enamorado de ti.”

“¿Crees eso?”

“Sí.”

Olivia pensó en lo que había dicho Bett. Tal vez no lo había arruinado todo con Lord Robertson. Sin embargo, tendría que esperar, a que él intentara besarla de nuevo, porque no creía que pudiera ser lo suficientemente audaz para besarlo, a él primero. ¿Agradecería siquiera un beso de ella, o pensaría que ella era una lasciva?

Sin duda, esto era algo en lo que debía pensar.

Capítulo nueve

“¿Cómo estuvo tu paseo con Lady Armstrong?” Preguntó Noah, mientras se dirigían a la mesa de comida.

“No fue satisfactorio,” dijo Robertson.

“¿Oh? ¿Qué pasó?”

“Lo que me preocupa es lo que no sucedió.”

“Eso es demasiado críptico. ¿Debes ser cuidadoso para cotejarla?”

“No en este momento. Primero necesito pensar en algo.”

“Me alegra que Miles haya sugerido venir a la fiesta en casa. Estoy disfrutando mi tiempo con Lady Williams.”

“Lo veo. ¿Estás desarrollando un sentimiento por la dama? Parece que estás enamorado de ella.”

“No estoy seguro de decir eso, pero disfruto inmensamente de su compañía. Es una dama cautivadora e inteligente.”

“Bueno, entonces, te deseo suerte, en tus esfuerzos. Por cierto, ¿has visto a Miles? No lo he visto desde el concurso de tiro con arco.”

Tanto Robertson como Noah miraron alrededor del área de picnic, mientras llenaban los platos para las damas.

“¡Oh! Ahí está, hablando con Fleming. Esos dos parecen tener una amistad en ciernes,” dijo Noah.

“Eso es sorprendente. Me pregunto qué tienen en común,” expresó Robertson.

“Ni idea, aunque no me sorprendería que tuviera que ver con nuevas oportunidades de inversión. Ya conoces a Miles: es como un hurón al encontrar estas ofertas. Quizás nos ilumine después del picnic.”

Con los platos llenos, los hombres regresaron a la manta para reunirse con las damas.

“No estaba seguro qué prefería, así que le serví un poco de todo,” dijo Robertson, mientras colocaba un plato frente a Lady Armstrong.

“¡Oh! Esto se ve delicioso. Adoro las empanadas de langosta.”

Robertson guardó esa información para más adelante. Fue un pequeño detalle más para conocer mejor a Lady Armstrong.

“Lady Williams, tengo entendido que Lord Fleming ha organizado paseos en bote por el lago, después del almuerzo. ¿Le importaría acompañarme?” Le preguntó Noah a Lady Williams.

“Estaría encantada, señor Hughes. Gracias.”

Remar en el lago sería la manera perfecta de pasar un tiempo a solas con Lady Armstrong, pero antes que Robertson pudiera abrir la boca para preguntarle, algo golpeó su hombro, y lo siguiente que supo fue que la señorita Bartlett estaba cayendo sobre su regazo.

“¡Oh, nooo!”

Robertson actuó instintivamente, atrapándola y abrazándola con fuerza.

“Señorita Bartlett, ¿está herida?”

El rostro de la joven estaba rojo, como una remolacha por la vergüenza.

“¡Oh, Lord Robertson! Lo siento profundamente. Estaba trayendo más hamburguesas de langosta y tropecé camino a mi manta. Por favor, perdóneme,” dijo, luchando por ponerse de pie.

En ese momento, Lady Bartlett se acercó apresuradamente.

“Querida, ¿qué pasó?” Miró a Robertson con una mirada pétrea. “Lord Robertson, no hay necesidad de maltratar a mi hija.”

Robertson ayudó a la señorita Bartlett a ponerse de pie y se paró a su lado.

“Lady Bartlett, le aseguro que no hice nada de eso. Su hija tropezó y la atrapé. Eso es todo lo que hay en la historia.”

“Mamá, él estaba...”

“¡Silencio!” Espetó Lady Bartlett, acercando a su hija, a su lado. “Un paseo en bote, esta tarde, debería ayudar mucho a suavizar esta situación embarazosa. ¿No está de acuerdo, Lord Robertson?”

Lo último que quería era pasar más tiempo con la señorita Bartlett, pero como Lady Bartlett hablaba más alto de lo necesario, había demasiadas miradas sobre él.

“Supongo que eso se puede arreglar.”

“¡Excelente! Vamos, querida. Después del almuerzo, puedes ir con Lord Robertson para dar un paseo en bote por el lago.”

Ese fiasco puso freno a la conversación, durante el resto del almuerzo. Noah intentó restarle importancia al percance, pero Robertson no estaba de humor para bromear. Remar en el lago habría sido su oportunidad de pasar un tiempo a solas con Olivia, no para cuidar a la señorita Bartlett.

“Lady Armstrong, ¿le importaría acompañarnos a dar un paseo?” Preguntó Noah. “Me encantaría remarle a dos hermosas damas alrededor del lago.”

Olivia negó con la cabeza.

“No, gracias, milord. Esta tarde me reuniré con Lady Fleming.”

Robertson estaba furioso. Otra oportunidad de estar con Lady Armstrong se había visto frustrada por causas ajenas a su voluntad. ¿Estaba el destino jugando con él otra vez?

¡Maldita sea Lady Bartlett por arruinar la tarde perfecta que había planeado!

Olivia realmente no quería pasar la tarde con Lady Fleming y las otras damas. Tenía muchas ganas de ir a remar con Lord Robertson, y estaba segura que él estaba a punto de pedírselo, cuando la señorita Bartlett cayó en su regazo. No había visto, si la joven realmente tropezó, como había afirmado, o si fue una estratagema de Lady Bartlett para arrinconar a Lord Robertson. A ella no le incumbía, o al menos eso se dijo, a sí misma. Lord Robertson podría pasar el tiempo con quien quisiera.

“Lady Armstrong, ¿estás segura que no quieres venir con el señor Hughes y conmigo?” Bett volvió a preguntarle.

Ella sacudió su cabeza.

“No. No quiero entrometerme. Sigue adelante y diviértete. Te veré en la cena.”

Bett dudó un momento más, pero finalmente el señor Hughes y ella bajaron hasta el lago.

“Lady Armstrong, ¿podría hablar con usted, en privado, un momento?” Preguntó Lord Robertson.

“Me temo que tendrá que esperar para otro momento, milord. Ahora, si me disculpa, voy a regresar a casa. Disfrute remando con la señorita Bartlett.”

Olivia casi había decidido ir con Bett y el señor Hughes, pero se dio cuenta que no quería presenciar más interacciones entre Lord Robertson y la señorita Bartlett. Sabía que era injusto de su parte estar molesta, pero de alguna manera, la decepción por no haber salido al lago con él tomó protagonismo. Se puso de pie y regresó a la casa. Ya casi había llegado, cuando alguien la

agarró del brazo y ella chilló de miedo.

“Lady Armstrong, perdóneme. No quise asustarla,” dijo Lord Pressley. “La estaba llamando, pero aparentemente no me escuchó.”

“Lord Pressley, no me gusta que me agarren. Por favor, absténganse de hacerlo en el futuro,” dijo, encontrando el coraje para defenderse por primera vez en años. Se sintió bien, al afirmarse de esa manera.

“Mis más sinceras disculpas, milady. No quise hacerle daño, y quería preguntarle, si le gustaría ir a remar conmigo.”

“No, gracias, milord. Ahora, si me disculpa.”

Pressley se puso delante de ella.

“Vamos, Lady Armstrong. ¿Por qué es tan tímida? Después de todo, esta es una fiesta en casa. Divirtámonos un poco juntos, ¿de acuerdo?”

El pánico invadió el pecho de Olivia y su corazón empezó a latir con fuerza. Su respiración se aceleró. Pressley tenía una mirada peligrosa, en sus ojos, como si ella fuera una especie de presa exótica, que acabara de capturar. Miró hacia atrás, pero casi todos los demás habían bajado hacia el lago.

“Por favor, hágase a un lado, milord, y déjeme pasar.”

Pressley intentó alcanzarla de nuevo, pero fue arrastrado hacia atrás y tropezó, casi cayendo sobre su trasero.

“La dama dijo que no deseaba su compañía, Pressley,” dijo el señor Walker. “Ahora, hágannos un favor a todos y deje en paz a la dama. Estoy seguro que no querrá que nuestro anfitrión descubra, que está acosando a una de sus invitadas.”

Lord Pressley se alisó el abrigo y miró al señor Walker.

“¿Cómo se atreve a ponerme las manos encima? Apártese de mi camino, Walker. Estoy teniendo una conversación privada con la dama.”

Olivia quedó impresionada con el amigo de Robertson. Era más pesado que Pressley y lucía superior a él. Incluso Miles Walker no parecía alguien que fuera a retroceder. Le frunció el ceño al joven, antes de voltear hacia ella, y preguntarle:

“Lady Armstrong, ¿se encuentra bien?”

Ella asintió.

“Sí, gracias, señor Walker. Voy a entrar ahora. Buenos días, señores.”

Se alejó rápidamente de los dos hombres, no sin antes escuchar al señor Walker decir algo sobre las vocales de Pressley. ¿Ese hombre era un apostador? No la sorprendería, pero todo lo que quería ahora era liberarse del joven lord. Estaría eternamente agradecida por la intervención del señor Walker. Después de ese susto, decidió que prefería pasar la tarde sola, leyendo en su dormitorio. No estaba de humor para más compañía.

Sus esperanzas de pasar una tarde encantadora con Lord Robertson se habían desvanecido, y el comportamiento indecoroso de Lord Pressley la había sacudido gravemente. Necesitaba algo de paz y tranquilidad para decidir exactamente qué quería hacer a partir de ahí. ¿Debería abandonar la fiesta? Ciertamente, no quería tener más encuentros con Lord Pressley. Al principio, él parecía agradable, pero era demasiado agresivo para su gusto, y no quería tener nada más que ver con él. De ahora en adelante, tenía que asegurarse de mantenerse alejada de él.

Se retiró rápidamente a su dormitorio, con el corazón todavía latiendo con fuerza por lo cerca que estuvo de estar con él, y pasó la mitad de la tarde, apenas capaz de calmarse, con los nervios, a punto de estallar, y su mente acelerada, mientras revivía el momento, en que él la agarró. Le preocupaba lo que habría pasado, si el señor Walker no hubiera estado allí, y qué

podría intentar Pressley a continuación. Caminó por la habitación, respirando profundamente, y tratando de recuperar la sensación de calma.

Estoy segura. Estoy a salvo, repitió, una y otra vez, para sí misma.

Unas horas más tarde, Emma entró en el dormitorio.

“Lady Armstrong, no me di cuenta que estaba aquí. ¿Usted está bien?”

“Lo estoy... Simplemente quería un tiempo a solas, antes de cenar.”

“Le pediré un baño. ¿Tiene alguna preferencia sobre qué vestido usar esta noche?”

Olivia se levantó de su silla, junto a la ventana, y fue al armario para mirar los vestidos, que había traído consigo. Quería lucir lo mejor posible para Lord Robertson, esa noche.

“Creo que el de seda amarilla.”

“Perfecto. ¿Le apetece una taza de té, mientras los lacayos suben el agua caliente?”

“Sí. Gracias, Emma. Eso es muy considerado de su parte.”

“Es un placer, milady. Volveré en breve.”

Cuando Olivia se vistió y bajó las escaleras, la mayoría de los invitados ya estaban en el salón. Vio a Bett hablando con el señor Hughes, Lord Robertson y el señor Walker, y se dirigió hacia ellos.

“Buenas noches a todos,” dijo.

Lord Robertson dio la vuelta y le dedicó una brillante sonrisa.

“Buenas noches, señora Armstrong. Está sumamente hermosa esta noche.”

Olivia se sonrojó ante el cumplido.

“Gracias milord.” Definitivamente, ella podría acostumbrarse a esas cosas.

“¿Le apetece una copa de jerez?” Preguntó él.

Ella asintió y lo vio ir al aparador a buscarle una. Se acercó al señor Walker.

“Señor Walker, no tengo suficientes palabras para agradecerle por su amabilidad esta tarde.”

Él asintió.

“A su orden, milady. No creo que Lord Pressley la moleste más. Le he advertido que no lo haga.”

“¿Qué es eso de Pressley?” Preguntó Robertson, mientras le entregaba a Olivia la copa de jerez.

“Nada. Simplemente, una pequeña falta de comunicación por parte del joven lord,” dijo Miles.

Robertson miró a Olivia.

“Milady, ¿pasó algo esta tarde?”

“No. Todo está bien. No hay necesidad de preocuparse. Gracias por el jerez.” Ella sacudió su cabeza.

El mayordomo la salvó de decir algo más sobre el inquietante incidente, cuando les anunció la cena.

“¿Puedo acompañarla a cenar, milady?” Preguntó Robertson.

“Estaré encantada, mi lord,” dijo, colocando sus dedos sobre su brazo extendido.

Al menos ahora tendría la oportunidad de conversar con él, aunque no habría posibilidad de explicar su reacción, cuando él intentó besarla. Esa conversación no sería apropiada, durante la cena, y lo último que quería era que alguien más escuchara su confesión. Era demasiado vergonzoso y no era parte del conocimiento público, que su difunto marido solía golpearla.

Por lo tanto, esa conversación tendría que esperar hasta que estuvieran en un ambiente más privado. No tenía muchas ganas de explicar su reacción anterior. Cualquier cosa que tuviera que

ver con su difunto marido le dejaba un mal sabor en su boca, pero sentía que le debía una explicación a Lord Robertson.

¿Estaría algún día libre de la influencia maligna de Armstrong?

Capítulo diez

La cena fue maravillosa y absolutamente deliciosa. Con Lord Robertson, a un lado, y Bett al otro, Olivia nunca había disfrutado tanto de una comida.

“El cordero es excelente,” le dijo Olivia a Bett.

“Estoy de acuerdo. Fleming tiene suerte de tener una cocinera con tanto talento,” replicó Bett, asintiendo.

Después de la cena, los caballeros se quedaron para disfrutar de su oporto, pero no se demoraron mucho, antes de regresar al salón. Olivia se alegró mucho, cuando Robertson se sentó a su lado.

Cada vez que él la veía, el corazón de Olivia daba un pequeño vuelco, algo que nunca le había sucedido antes y que le gustaba mucho. Esperaba que él le pidiera que saliera, a disfrutar del aire nocturno. Tenía muchas ganas que él la besara, y eso no iba a suceder, en un salón lleno de gente.

Su cara se calentó, al pensar en el desliz de Lord Robertson, cuando intentó besarla, lo que finalmente la afectaba. Sintió calor y abrió su abanico, tratando de refrescarse.

“Milady, parece sonrojada. ¿Le importaría respirar el aire fresco de la noche?” Preguntó Robertson.

Ella lo miró y sonrió.

“Sí, me gustaría mucho. Lo encuentro un poco sofocante aquí.”

Robertson se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie, antes que ella acunara su mano, en la curva de ese codo.

“Es una velada encantadora,” dijo, mientras la llevaba al balcón.

A ella le encantaba sentir los músculos firmes de ese brazo. Él estaba muy en forma, y ella no pudo evitar preguntarse cómo se vería sin las mangas de la camisa. Cuanto más pensaba en él, menos la enfriaba el aire de la noche, más bien había calor, el cual hervía a fuego lento, en su cuerpo. ¿Este era su deseo? Cuando era joven, había soñado con sentirse así... hasta que su cruel marido le quitó cualquier tipo de anhelo.

Sé valiente, Olivia. Acepta la sensación de ser admirada, se dijo a sí misma, tomando una profunda bocanada de aire para calmar su respiración entrecortada.

Robertson la acompañó hasta el otro extremo del balcón, donde podían tener algo de privacidad.

“Milady, esta noche, usted es un espectáculo.”

Lady Armstrong inclinó la cabeza.

“Gracias milord. Usted también se ve muy elegante.”

“¿Está disfrutando de la fiesta en casa?”

“Mucho.”

Robertson quería preguntarle qué había sucedido, ese mismo día, pero no quería arruinar este momento, así que hizo lo único que pudo. Se inclinó hacia ella, esperando a ver si ella se alejaba. Ella no lo hizo, así que se inclinó más hasta que sus labios estuvieron a un pelo de distancia.

“Milady,” susurró. “Creo que moriré, si no la beso. ¿Puedo?”

Él esperó por un momento más, por si ella se negaba, y como no lo hizo, sus labios finalmente tocaron los de ella. Había pensado que esos labios eran dulces. Le dio besos suaves y tiernos en la boca, y se alegró mucho, cuando ella se inclinó hacia él, después de unos momentos.

Continuó besándola, absorbiendo su dulce aroma de flor de naranjo. Esto fue embriagador para ambos. Cuando ella gimió de placer y abrió los labios, esa lengua masculina se deslizó dentro de su boca, saboreando y explorando cada deliciosa pulgada. Ella estuvo vacilante al principio, pero pronto, su lengua comenzó a bailar con la de él, quien profundizó el beso.

Él había besado a muchas mujeres, a lo largo de su vida, pero ninguna de ellas lo había afectado así. Quería devorar cada pulgada de su piel, pero no quería asustarla. Cuando sus brazos rodearon su cuello, él la acercó más y, con sus pechos regordetes pegados a su pecho, se le cortó la respiración.

Sus besos continuaron hasta que finalmente él la soltó, sintiendo confianza en ella.

“Milady, eres magnífica. Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo.”

“Efectivamente, lo hice, milord,” dijo ella sin aliento. “Nunca antes me habían besado así.”

“Bueno, debo decir que es una lástima cruel porque deberías ser besada y acariciada así todos los días de tu vida.”

“Gracias. Es muy dulce de tu parte decirlo.”

“Me gustaría mucho que me llamaras Everett, en privado.”

“Everett,” repitió con una sonrisa. “El nombre te queda bien, mi amor... quiero decir, Everett. Soy Olivia.”

“Un hermoso nombre para una bella dama.”

“Me mimarás con todos estos cumplidos.”

“Yo solo digo la verdad. Nunca antes había conocido a nadie, como tú, y me gustaría mucho pasar el mayor tiempo posible contigo esta semana. ¿Te parece bien?”

“A mí también me gustaría eso.”

“Ahora creo que es hora que regresemos al salón... antes que tu amiga venga a buscarte,” dijo Robertson.

Olivia se rió entre dientes.

“No estoy segura que ella siquiera se haya dado cuenta que me he ido. Parece que está muy enamorada de tu amigo, el señor Hughes.”

“Él es un caballero honorable, y ella no podría querer a un tipo más agradable. Me alegra que se lleven tan bien.”

“Yo también,” dijo ella, tomando el brazo que le ofrecía para regresar al salón. “Ella merece toda la felicidad, que la vida pueda brindarle. Es una amiga verdadera y leal, y solo quiero lo mejor para ella.”

Acababan de entrar, cuando Lord Fleming gritó:

“¡Ahí están ustedes dos! Estamos a punto de jugar un juego de charadas. ¿Les importaría jugar con nosotros?”

Robertson miró a Olivia, quien asintió.

“Estaremos encantados,” replicó.

Robertson acompañó a Olivia hasta un asiento, junto a Bett, y vio a su amiga, susurrándole al oído. Cuando las mejillas de Olivia se sonrojaron, él supuso que su amiga le preguntó, si se habían besado o no en el balcón. Lo había disfrutado inmensamente y esperaba que Olivia le hubiera dicho lo mismo, a su amiga.

Cuando su anfitrión empezó a hablar, ambas jóvenes miraron hacia arriba.

“Tendremos equipos de cuatro para las charadas. Elijan bien a sus socios, amigos míos,” dijo Lord Fleming.

“Lord Robertson, mi hija es una jugadora muy hábil. ¿Se asociarán?” Dijo Lady Bartlett.”

Robertson negó con la cabeza.

“Gracias por la amable oferta, Lady Bartlett, pero ya acepté asociarme con Lady Armstrong, Lady Williams y el señor Hughes.”

La señorita Bartlett agarró a su madre del brazo.

“Vamos, mamá. Lord John nos ha pedido que nos asociemos con él.”

Lady Bartlett no tuvo más remedio que ir a sentarse con Lord John y otro de los invitados. El puchero en su rostro, mientras caminaba por la habitación, lo decía todo.

Robertson estaba feliz de verla partir. Tanto la dama como su hija le irritaban los nervios, aunque no podía culpar demasiado a la señorita Bartlett. Era joven y simplemente hacía lo que le decía su madre. Casi sintió lástima por ella, haciendo su debut en el mercado matrimonial con una madre tan controladora, pero sabía que Lady Bartlett solo estaba haciendo lo que pensaba, que era lo mejor para su hija. Esto era lo que hacían todas las madres casamenteras.

El resto de la velada fue realmente muy agradable, aunque Robertson se sintió decepcionado, cuando Olivia y Lady Williams se retiraron a sus dormitorios, dos horas más tarde. Esperaba dar un paseo nocturno con Olivia. Debería haberle preguntado, cuando estaban en el balcón, pero al menos tenía otra actividad con ella, lo cual esperaba ansiosamente.

Estaba ardiendo de anticipación por el viaje de mañana, ya que tenía muchas ganas de besarla de nuevo. Sus dulces labios y su aroma, ya se habían hundido profundamente en su alma. Había tenido amantes en el pasado, pero ninguna le había gustado tanto como Olivia. Sus besos eran deliciosos, y él nunca había disfrutado más de esta actividad que con ella. No podía precisar por qué ella era tan especial: él simplemente sabía que ella lo era.

Le dio las buenas noches a su anfitrión y se dirigió a su dormitorio, poco después que las mujeres se fueran. Iba a ser otra noche larga, una en la que reviviría, una y otra vez, la agradable sensación de Olivia, en sus brazos.

Capítulo once

“¿Te gustó el beso?” Susurró Bett, mientras subían las escaleras hacia sus dormitorios.

Olivia no pudo evitar esbozar una enorme sonrisa.

“Fue mágico. Nunca supe que un beso podría ser así. Me sentí segura y protegida, sentí los escalofríos más deliciosos recorriendo todo mi cuerpo.”

“Sabía que cambiarías de opinión con el compañero adecuado. Me alegro mucho por ti, querida. Esperaba que conocieras a alguien aquí.”

“Bett, fueron solo unos pocos besos. No espero que suceda nada más.”

“¿Estás segura? Esta noche observé a Lord Robertson, y él no podía apartar los ojos de ti. Creo que está muy enamorado de ti.”

“Es muy guapo, ¿no lo crees?”

“Sí, pero lo que importa es lo que tú piensas.”

“Bueno, me gusta, pero tomemos las cosas, día a día. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás disfrutando tu tiempo con el señor Hughes?”

“Mucho... Así es. No solo es un buen conversador, sino que también es muy ingenioso. Y esa sonrisa suya hace cosas maravillosas, en mis entrañas.”

“Me alegro mucho por ti,” dijo Olivia, besando la mejilla de su amiga, cuando llegaron al dormitorio de Bett. “Te veré mañana en el desayuno.”

“Buenas noches, Liv. ¡Que duermas bien!” Bett se despidió, abriendo la puerta y desapareciendo adentro.

Olivia entró en su dormitorio, donde Emma la estaba esperando.

“Espero que haya disfrutado su velada, milady,” dijo.

“Fue encantadora. Gracias, Emma.”

“Estoy muy contenta. Usted se merece un poco de felicidad.” Su doncella la ayudó a desvestirse y ponerse un camisón. “¿Le cepillo el pelo?”

“No, puedo arreglármelas. Puede irse, espero que descansen bien por la noche. Por cierto, mañana por la mañana, saldré temprano con Lord Robertson.”

“Por supuesto. Estaré aquí para ayudarla a vestirse. Buenas noches, Lady Armstrong.”

“Buenas noches, Emma,” dijo Olivia, quitándose las horquillas del pelo, y dejándolas caer en el cuenco de cristal del tocador.

Pensó en el beso con Lord Robertson... Everett... mientras se cepillaba su largo cabello oscuro. Nunca antes había experimentado un placer tan intenso y se preguntaba cómo sería finalmente disfrutar de la relación íntima con ese hombre. Estaba sorprendida por la dirección de sus pensamientos, especialmente porque no estaba buscando otro marido, pero Robertson le había enviado los más deliciosos escalofríos, recorriendo su cuerpo con sus besos. Nunca antes había sentido tal deseo y quería explorar más esos sentimientos. Como viuda, podría disfrutar de una cita, si quisiera, siempre y cuando tuviera cuidado de no concebir a un hijo. ¿Sabría Lord Robertson qué hacer para evitarlo? No había nadie controlando cada uno de sus movimientos... Sin embargo, ¿sería lo suficientemente valiente, como para siquiera intentarlo? Ella no tenía idea. Lo único que sabía era que besar a Everett le producía cosas deliciosas que le gustaban... y le gustaban muchísimo.

Olivia terminó de cepillarse el cabello y lo trenzó para ir a dormir. Se metió bajo las sábanas y se acurrucó entre las almohadas, recordando el beso mágico de Everett. Había estado nerviosa,

pensando si él le preguntaría por qué se estremeció la primera vez que intentó besarla. Como él no mencionó ese asunto, ella se sintió aliviada. Nunca quiso explicarle a nadie lo cruel que había sido Armstrong con ella. Había terminado de pensar en el vizconde. Él era su pasado, y ya era hora de seguir adelante. Everett fue maravilloso debido a su confianza en sí mismo. Incluso ni su padre, ni su otrora marido la habían llamado “hermosa”. Tampoco habían comentado su apariencia con un cumplido.

Sus pensamientos volvieron a la deliciosa experiencia de besar a Everett, mientras el sueño se la llevaba.

Armstrong se arrojó boca abajo sobre la cama y levantó la fusta, dejándola caer sobre la espalda de Olivia con un doloroso golpe.

“¡Perra!” Gritó. “Esto es por tu culpa y lo pagarás.”

“Milord, por favor,” suplicó Olivia, en vano.

Otro golpe provocó un grito ahogado en sus labios. El ataque de esta noche fue más cruel que cualquier cosa, que hubiera sucedido antes, y era difícil de creer. Él estaba en una furia asesina por no haber podido cumplir con sus deberes maritales. Por supuesto, que él la culpaba a ella, y no a la gran cantidad de brandy, que había bebido antes. Temía que si no podía alejarse de él, entonces, él la mataría.

Cuando Armstrong volvió a levantar la fusta, Olivia le dio una patada en el abdomen y lo hizo retroceder. El vizconde quedó momentáneamente incapacitado. Esta distracción fue suficiente para que ella pudiera escapar de sus garras. Corrió hacia la puerta, la abrió y corrió por el pasillo. Podía escuchar las malas palabras de Armstrong, gritando maldiciones tras ella, y después, escuchó lo que más temía: ¡eran sus fuertes pasos siguiéndola! Si pudiera bajar las escaleras sin que él la atrapara, había numerosos lugares dentro de la mansión, donde podría esconderse. Ese era su objetivo: ¡alejarse de ese loco!

“¡Pagarás por tu insolencia!” Gritó Armstrong, agitando la fusta sobre su cabeza.

Olivia llegó a lo alto de las escaleras, cuando escuchó un grito ahogado. Ese mal aliento le indicó que él estaba justo detrás de ella, pero sus manos salvajes no la agarraron. Se atrevió a mirar por encima del hombro para ver a Armstrong agarrándose el pecho, con el rostro contorsionado por el dolor. La fusta se le cayó de la mano y ella se quedó inmóvil.

¿Qué estaba pasando?

Lanzó una mirada de pánico hacia las escaleras y vio a la señora Elliott y a Harris, allí, mirando con horror al vizconde. Armstrong se tambaleó y trató de alcanzarla, pero cayó hacia adelante, y rodó por las escaleras para aterrizar sobre un montón, en el suelo del vestíbulo.

Nadie se movió durante varios segundos.

El mayordomo fue el primero en moverse, acercándose rápidamente al cuerpo del vizconde.

“Está muerto,” anunció Harris, después de tomarle el pulso en el cuello.

Olivia se dejó caer al suelo, en lo alto de las escaleras. Quien fue su torturador, durante los últimos dos años, nunca volvería a levantarle la mano. Ella no sabía si reírse o llorar. Solo cuando Harris la tomó suavemente del codo y la ayudó a ponerse de pie, ella salió de su estupor. Ni siquiera lo había visto subir las escaleras.

“Milady, regrese a su habitación y cierre la puerta,” dijo Harris.

“¿Pero qué pasa con el vizconde?” Preguntó ella, sollozando.

“Ya no hay nada que hacer por él. Debe retirarse, mientras mando llamar al médico. Nadie sabrá que la estaba persiguiendo, cuando se desplomó. Será un simple caso, en el que perdió el equilibrio, después de beber demasiado, y cayó por las escaleras.”

Harris recogió la fusta y bajó las escaleras.

Su doncella apareció a su lado.

“Venga, milady. Déjeme ayudarla a llegar a su dormitorio.”

Olivia asintió y dejó que Emma la alejara de la espeluznante escena. Había sido el momento más horroroso, paralizante y liberador de su vida.

Olivia se incorporó de un salto, en la cama, quitándose las mantas, que la estrangulaban, y miró a su alrededor con ojos desorbitados. Tenía las mejillas, mojadas por las lágrimas, y el corazón casi se le salía del pecho. Su respiración era irregular, entrecortada y exhalada.

¿Dónde estaba ella?

Le tomó un momento recordar que estaba en una fiesta, en la casa de Lord Fleming. ¿Por qué había soñado con Armstrong? Hacía mucho tiempo que no pensaba en la última noche del vizconde, y era inquietante que hubiera tenido esa pesadilla, después de disfrutar de sensaciones tan maravillosas, besando a Everett.

¿Estaba el destino tratando de advertirle sobre no confiar en los hombres?

Respiró profundamente, unas cuantas veces, tratando de calmarse, repitiéndose a sí misma, una y otra vez: *“Estoy a salvo, Armstrong está muerto.”* Entonces, ¿por qué él seguía atormentando sus sueños? Vivo o muerto, el hombre era una amenaza para su cordura.

Se dio una sacudida mental. Era hora de empezar a creer en sí misma, y dejar de lado todas sus dudas y temores por el fracaso de su matrimonio, y comenzar a disfrutar la vida, nuevamente. Everett era el caballero más honorable, que jamás había conocido. Era amable y generoso, y no se parecía en nada al difunto vizconde. Necesitaba concentrarse en eso.

Cuando controló su respiración, miró por la ventana para ver los primeros rayos del sol, asomándose sobre la ladera. Esta mañana no podría dormir más, lo cual le parecía bien. Iba a salir a montar con el conde y no podía llegar lo suficientemente rápido. Cuanto antes pudiera volver a estar, en compañía de Everett, se sentiría mejor. Había llegado el momento de dejar a su difunto marido, en el pasado, al que pertenecía, y pensar en su futuro. Algo que ella había sido reacia a hacer... es decir, hasta ahora.

Se prometió, que sería un nuevo comienzo. Bett tenía razón al decirle que debía empezar a vivir y disfrutar la vida de nuevo. Ella sabía exactamente por dónde empezar.

Capítulo doce

Robertson se despertó temprano, sintiéndose mejor que hacía mucho tiempo. Bryer le trajo una taza de café, mientras se vestía.

“Tendré su baño listo, cuando regrese, milord,” dijo el ayuda de cámara.

“Gracias, Bryer.”

El sol brillaba y el aire era fresco, cuando Robertson se dirigió a los establos. Era un día perfecto para un buen galope. Tenía muchas ganas de montar con Lady Armstrong, hoy. No podía recordar la última vez que había esperado algo con tanto entusiasmo. Probablemente, nunca.

¡Olivia!

¡Qué hermoso nombre para una bella dama! No podía esperar para verla y saborear sus dulces labios, otra vez. Cuando aceptó asistir a la fiesta, en esa casa, su única razón fue el deseo de abandonar Londres, antes que el marqués de Evans anunciara su compromiso. Pero ahora no tenía miedo de admitir, que le debía un enorme agradecimiento a Miles por sugerir que asistieran. De lo contrario, nunca habría conocido a Olivia, lo cual habría sido una verdadera lástima. Ella era como un soplo de aire fresco, algo que había estado deseando sin siquiera darse cuenta.

Ella había sido muy receptiva, a sus besos, la noche anterior, pero un atisbo de tristeza todavía parecía aferrarse a ella. ¿Qué podría ser? Fuera lo que fuera, él prometió que su misión era ver esa tristeza desaparecer de sus hermosos ojos verdes. Dicen que los ojos son la ventana del alma, y él quería mirar profundamente, en los de ella, y comprenderla plenamente. Tenía unos ojos tan hermosos, una combinación de verde y dorado tan única, que nunca antes había visto algo parecido.

“Lord Robertson, ¿debería ensillarle a Hades hoy?” Preguntó el mozo de cuadra, cuando Robertson llegó a los establos.

“Sí. Espero a Lady Armstrong esta mañana. No sé qué tan bien monta. ¿Tienes una montura disponible, que sea más suave que Hades?”

“Por supuesto, milord. Me ocuparé de ello de inmediato.”

No pasó mucho tiempo, antes que Olivia llegara.

“Buenos días, Lady Armstrong.”

“Lord Robertson, encantada de verte esta mañana.”

Lo único que Robertson quería hacer era tomarla en sus brazos y besarla hasta que ambos temblaran de deseo... pero no podía hacerlo aquí, en los establos. Planeaba viajar a un lugar más apartado de la finca, que les permitiría mucha más privacidad para disfrutar de su pasión.

“¿Espero que estés bien esta mañana?” Preguntó.

“Lo estoy, gracias.”

Ambos dieron la vuelta, cuando oyeron el ruido de los caballos hacia ellos. Hades estaba golpeando sus pies, sabiendo que hoy podría volver a correr. La hermosa yegua castaña, a su lado, parecía mucho más tranquila.

“Aquí estamos, milord,” dijo el mozo de cuadra.

Olivia extendió la mano para acariciar el cuello de la yegua.

“Hola, hermosa muchacha.” Volteó hacia el mozo de cuadra. “¿Cómo se llama?”

“Clara, milady.”

“Bueno, Clara, creo que tú y yo vamos a ser grandes amigas.”

Robertson se acercó a Olivia.

“Milady, ¿puedo ayudarte?” Cuando ella asintió, él la subió a la silla y sujetó su pequeña cintura, un momento más de lo necesario, antes de soltarla, y saltar sobre la espalda de Hades. “¿Nos vamos?”

“Sí, absolutamente.”

Salieron juntos del patio y se dirigieron hacia el prado, más allá de los jardines formales.

“La finca es muy hermosa,” manifestó Robertson. “Me encontré con un *capricho*, el otro día. ¿Te importaría verlo?”

Olivia sonrió.

“Me encantaría.”

“Está justo más allá de esa línea de árboles,” dijo, señalando a lo lejos. “¿Corremos hacia allá?”

Para su sorpresa, Olivia y Clara salieron corriendo hacia los árboles sin esperarlo a él.

Les dio un poco de ventaja, antes de inclinarse hacia Hades.

“Vamos muchacho. ¿Listo para correr? Atrapemos a esas damas, ¿de acuerdo?”

Hades resopló y salió disparado. Sus largas zancadas devoraron al suelo, y superó a Olivia y Clara, antes que llegaran a la línea de los árboles.

Olivia tiró de las riendas.

“Vaya, Clara.” Le dio unas palmaditas, en el cuello, a la yegua. “¡Qué buena carrera!”

“¡Milady, me sorprendiste!”

Ella lo miró y sonrió.

“Espero que sea en el buen sentido, milord.”

“Por favor, debes llamarme Everett, en privado.”

“Por supuesto, Everett. Sabía que no teníamos ninguna posibilidad de ganarle a tu magnífica montura, pero pensé que a todos nos vendría bien un poco de emoción.”

“En efecto... Conduces muy bien.”

“Gracias. Esto ha sido mi único placer durante mucho tiempo. ¿Cuál es el camino a ese *capricho*?”

¿Este era su único placer? ¿Qué habría estado haciendo la dama desde que enviudó? Él se preguntó a sí mismo, en sus pensamientos. Quizás hoy, ella compartiría más de su vida con él.

“Es por aquí,” dijo él, dirigiendo a Hades hacia la izquierda de los árboles. “También hay un arroyo, donde los caballos pueden beber.”

“Eso suena amoroso... Lidera el camino...” expresó ella.

El *capricho* pronto salió a la luz. Las columnas sostenían una elaborada cúpula de celosía de hierro. En el interior también había tres bancos de piedra, donde los viajeros cansados podían tomar un respiro. Obviamente, Lord Fleming cuidaba bien los terrenos, y las flores, alrededor de la base, estaban retoñando y oliendo el aire.

“¡Esto es hermoso!” Exclamó Olivia.

“Así es,” confirmó Everett, mirando a Olivia, no a ese *capricho*.

Everett la ayudó a desmontar, antes de llevar a los caballos al arroyo para que tomaran un trago muy necesario. Caminó de regreso hacia Olivia y tomó su mano, llevándola al banco central, dentro del *capricho*.

“Espero que esto sea de tu agrado.”

“Es uno de los monumentos más bellos que he visto en mi vida,” confirmó ella.

Esa sonrisa calentó su corazón. La tristeza que se había aferrado a ella, desde su llegada,

desapareció momentáneamente. Quería que siguiera así y se sentó a un lado de él.

“Olivia, adoro tu sonrisa.”

“Gracias,” lo dijo con un rubor coloreando sus mejillas de rosado.

Robertson se inclinó hacia ella.

“¿Puedo besarte de nuevo?” Preguntó con voz ronca. “Podría morir, si no siento tus labios sobre los míos, una vez más.”

“Bueno, milord, no podemos permitir eso, ¿cierto?”

Él pasó su brazo alrededor de esa cintura y la acercó. Sus labios casi se tocaban y él podía sentirla temblar, lo que solo inflamaba aún más su deseo por ella. No pudo esperar más y tomó su boca, en un beso abrasador. Cuando ella gimió de placer, él profundizó el beso. Había algo tan dulce e inocente en ella, como si nunca antes la hubieran besado apasionadamente. ¿Acaso su marido no disfrutaba la sensación de sus suaves labios? ¡Qué tonto había sido ese hombre! Incluso Robertson nunca se había sentido así, a pesar que había besado a muchas mujeres antes. Todavía no podía tener suficiente de ella, sin embargo, ciertamente no quería asustarla.

Cuando ella se inclinó hacia él, él besó un camino, a lo largo de la columna de su cuello, y la sintió estremecerse.

“Milady, ¿tienes frío?” Susurró.

“No, tus besos son deliciosos. Nunca antes me había sentido así.”

“Estoy muy contento,” ratificó, mientras desabrochaba los botones superiores de su traje de montar. Él se dio cuenta que esto fue demasiado porque ella se apartó de él, inmediatamente, y se puso de pie.

“Olivia, te pido disculpas, si te he ofendido,” enfatizó, poniéndose de pie, en un salto. La observó de cerca, mientras ella se alisaba la parte delantera de su vestido de montar.

“No... No lo hiciste. Es solo que...”

Capítulo trece

Olivia sintió que el calor le subía por el cuello. Estaba muy avergonzada por su reacción. ¿Qué le pasaba? Había estado disfrutando muchísimo los besos de Everett hasta que...

¿Siempre tendría miedo de un hombre que la tocara? Ella no quería sentir eso, pero dos años de abuso, a manos de su difunto marido, todavía era mucho dolor por superar. Respirando profundamente, juró ser valiente de ahora en adelante. Nadie iba a hacerle daño y tenía que creerlo.

“Milord, no es necesario que te disculpes. Soy yo quien...”

Everett tomó suavemente su mano.

“Olivia, no hay necesidad de dar explicaciones. Estás a salvo conmigo. Nunca haré nada que no quieras. Todo lo que necesitas hacer es decirme que me detenga, y lo haré. Te lo prometo.”

“Gracias, milord... quiero decir, Everett.”

La llevó de regreso al banco.

“¿Te gustaría hablar de ello?”

Cuando lo miró a los ojos, tuvo la abrumadora sensación que él lo entendería. Respiró profundamente y empezó a hablar:

“No es una historia agradable. ¿Estás seguro que deseas oírla?”

“Sí, cualquier cosa que te haga sentir cómoda, al decírmelo, estoy aquí para escucharte.”

“Me temo que mi matrimonio no fue agradable.”

“Mi querida Olivia, ¿tu marido te hizo daño?”

Todo lo que pudo ella hacer fue asentir, mientras las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas. No había querido llorar, pero aquella era la primera vez, que intentaba explicar el infierno, que había sufrido a manos del difunto vizconde, a alguien además de Bett. Esto fue abrumador, y no era para menos.

Robertson la tomó entre sus brazos y le frotó la espalda con dulzura.

“Está bien, mi dulce Olivia. Nadie volverá a hacerte daño nunca más. Te prometo que...”

A ella le tomó varios minutos recuperar la compostura.

“Verás...”

Él puso su dedo sobre sus labios.

“Shhh... ya no es necesario que pienses en eso... Sin conocer los detalles específicos, entiendo el infierno que algunos hombres les hacen a sus esposas. No te molestes en intentar hablar más de ello.”

Ella se sentó, secándose la humedad de las mejillas.

“Me gustaría compartir un poco de lo que pasó, si quieres escucharlo.”

“Te escucharé, si te sientes cómoda hablando de ello,” dijo.

“¿Podría estarlo? Como puedes imaginar, no sabía nada del lecho matrimonial, cuando me casé con Armstrong... Cuando, él me agredió brutalmente, en nuestra noche de bodas, no tenía idea, que así se suponía, que debían ser las relaciones matrimoniales.”

Everett le apretó la mano, aunque no quiso interrumpir su relato.

“Creo que la peor parte fue cuando traje una fusta al dormitorio.”

“¡Cielos! Olivia, lamento mucho que hayas tenido que soportar eso. Ese hombre era pura maldad.”

“Gracias, Everett. Eso significa el mundo para mí. Realmente, nunca antes había hablado de eso.”

“Y no necesitas hablar más de eso... Está en el pasado y lo que sea que te haya pasado no volverá a suceder.”

“No, no volveré...” lo dijo con acero en su voz. “Ahora soy mayor y más sabia, y nadie me dirá jamás qué hacer ni me obligará a hacer algo, que no quiero hacer.”

“Como debe ser.”

“Gracias por comprenderme, Everett. Esto significa mucho para mí.”

“Es un placer, milady. ¿Estás lista para regresar? Yo, por mi parte, me muero de hambre. Nada como un buen galope temprano, en la mañana, para estimular el apetito,” dijo entre risas.

Olivia sonrió y su estómago eligió ese momento para gruñir con fuerza.

“Creo que es una excelente sugerencia.”

Ella se sintió aliviada que Everett hubiera comprendido el horror, que había sufrido, y que no le hubiera pedido ningún detalle, más allá de lo que ella estaba dispuesta a darle.

Se acercaron a los caballos.

“Voy a poner mis manos en tu cintura para ayudarte a montar. ¿Me permites?” Preguntó Robertson.

Ella asintió y al instante sintió el calor, donde esas manos la tocaron, a través de la tela de su traje de montar. Era una sensación embriagadora y se dio cuenta que, después de todo, anhelaba el toque de un hombre.

Precisamente, deseaba que Everett la tocara.

Ahora era solo cuestión de encontrar el momento y el lugar adecuado para que ella explorara esa idea más a fondo. Sorprendentemente, la idea de estar cerca de él, ya no la asustaba tanto.

Regresaron velozmente a los establos, y el mozo de cuadra salió a recoger los caballos, mientras Everett levantaba a Olivia, quien estaba encima de Clara.

“Un buen masaje y mucha avena para estos dos,” dijo. “Lo hicieron bien hoy.”

“Sí, milord,” replicó el mozo de cuadra, conduciendo los caballos a sus puestos.

“¿Vamos, milady?” Everett le tendió el brazo.

“Por supuesto,” respondió Olivia, deslizando su mano, en la curva de su codo.

No hubo más conversación, mientras Robertson la acompañaba hacia el vestíbulo. Todavía era temprano y ninguno de los otros invitados había bajado a desayunar hasta el momento.

“Lady Armstrong, espero verte más tarde en el comedor.”

“En efecto. Gracias por este hermoso paseo de esta mañana. Quizás... ¿Puedo demostrarte que soy valiente, sugiriendo otra salida con el apuesto conde?”

“¿Tal vez?”

“Sí, bueno, me gustaría mucho volver a montar, mañana. Eso, por supuesto, si así lo deseas.”

Robertson asintió.

“Me gustaría mucho,” dijo, llevándose la mano de ella, a los labios, para darle un ligero beso. Olivia era realmente una dama especial, y él sintió, que se abría una pequeña grieta en su corazón helado.

“Te veré más tarde,” expresó Olivia con una sonrisa brillante, antes de subir las escaleras. Cuando llegó a su dormitorio, Emma la estaba esperando.

“Milady, ¿cómo estuvo su viaje?”

“Fue muy emocionante.”

“Su baño está casi listo. Le traje una taza de té, si quiere una taza, mientras termino...”

“Gracias, Emma. Definitivamente me gustaría una taza de té.”

Olivia agarró una taza y se sentó en la silla, junto a la chimenea. Tenía mucho en qué pensar. Necesitaba dejar de lado su duda: ¿era una mujer deseable para un hombre? Evidentemente, Everett pensaba que sí, basándose en sus acciones. Su toque había encendido algo en ella, que la asustó por una razón completamente diferente. Había sentido ese deseo ardiente, por primera vez en su vida, y, una vez más, había entrado en pánico. ¿Cuánto tiempo seguiría Everett persiguiéndola, si ella no le demostraba, que deseaba mucho estar en su compañía?

No sabía qué actividades estaban planeadas para hoy, pero aprovecharía cada oportunidad para demostrarle a Everett, que deseaba su compañía. Una vez decidida, dejó la taza y comenzó a desvestirse.

“Milady, déjeme ayudarla con eso,” dijo Emma. “¿Está usted bien? Tiene el ceño fruncido.”

Olivia suavizó su expresión.

“Estoy bien, simplemente estoy pensando en algo que tengo que hacer. Gracias por preguntar.”

“Por supuesto. Ya debe saber que solo quiero lo mejor para usted.”

“Muy amable y aprecio su leal servicio. No sé qué haría sin su ayuda.”

Emma sonrió y la ayudó a quitarse el traje de montar.

“No quiero quedarme mucho tiempo en el baño hoy,” dijo Olivia.

“Eso no es un problema. Puedo lavarle el cabello la próxima vez.”

Olivia asintió y entró en la bañera, hundiéndose en el agua tibia.

“Ahhh... Esto es delicioso.”

“Milady, regresaré en unos momentos. Disfrute su baño.”

Después de un baño relajante, Emma ayudó a Olivia a vestirse para el día, y le arregló el cabello, en un moño bajo.

“Ahí tiene, milady. Hermosa como siempre.”

“Gracias, Emma. La veré más tarde.”

Intentó bajar tranquilamente las escaleras, pero, ciertamente, quería apresurarse para no perderse ni un solo momento con Everett. Necesitaba arreglar su error anterior de alejarse de él, y esperaba corregirlo, más temprano que tarde.

Apresuró el paso, ansiosa por ver a Lord Robertson. No estaba preparada para lo que vio, cuando entró al comedor. Él tenía una sonrisa radiante, pero no estaba dirigida a ella. Un miedo frío se filtró en sus huesos.

“Buenos días, Lord Robertson,” dijo una voz sin aliento detrás de él, mientras Robertson llenaba su plato con huevos, tocino y tostadas.

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa, mientras giraba, esperando saludar a Olivia, pero no era Olivia. Fue la señorita Bartlett quien lo saludó. No tenía idea de por qué él estaba sin aliento. Luego, él se alisó la cara y asintió.

“Señorita Bartlett, buenos días.”

“Lord Fleming dijo que hay una partida de bolos esta mañana.”

A Everett no le gustó la dirección que estaba tomando esta conversación, especialmente porque no había tenido la oportunidad de hablar con Olivia sobre cómo podrían pasar el día juntos. Quería a Olivia, como su compañera, para cualquier actividad planificada, en ese día.

“¿Sí?”

“Sí... Me gustaría mucho asociarme contigo, si estás de acuerdo. Mis hermanos me dicen que soy una excelente jugadora.”

De repente, a Everett le pareció que su corbata estaba demasiado apretada, pero resistió la tentación de tirar de la misma. No quería asociarse con la señorita Bartlett, sin embargo, tampoco quería insultar a la joven. Ese no era su estilo, y había muchos en el comedor, que habían escuchado esa petición, y él debía rechazarla sin parecer grosero. La alta sociedad lo llamaba el conde de hielo, pero él nunca sería maleducado, intencionalmente, con una mujer joven, por lo que sintió, que no tenía otra opción, en este asunto tan delicado.

“Estaré encantado, señorita Bartlett.”

Los ojos azules de la joven se iluminaron de felicidad. ¿Qué había hecho él, ahora? Ella parecía demasiado complacida. No quería animarla de ninguna manera, especialmente después de la forma en que ella se había aferrado a él, durante el paseo en bote por el lago. Como no quería repetir ese escenario, la había evitado, desde entonces, y continuaría con su habitual comportamiento distante, mientras jugaban a los bolos. Esperaba que su madre y ella se dieran cuenta, más temprano que tarde, que él no estaba interesado en ella.

Solo había una mujer con la que él quería pasar el tiempo.

¡Olivia!

La mujer más atractiva y fascinante, que jamás había conocido.

La señorita Bartlett no pudo contener su entusiasmo y le apretó el brazo.

“¡Oh! Gracias, Lord Robertson. Me esforzaré para que veas mi mejor juego.”

Everett se puso rígido. No estaba acostumbrado a que la gente lo tocara, y pensó que era muy atrevido por parte de la señorita Bartlett hacerlo. Ella debió haber notado su reacción porque rápidamente soltó su brazo, pero no antes que él mirara, y viera a Olivia parada en la puerta.

¡Oh, no! Esto fue un maldito desastre. ¿Cuánto había ella visto u oído?

Notó que los ojos de Olivia se abrieron, cuando lo vio con la señorita Bartlett, y temió que ella tuviera la idea incorrecta, que ahora estaba interesado, en esa joven. Nada podría estar más lejos de la realidad, pero el dolor en los ojos de Olivia le dijo que ya había malinterpretado la escena.

“Buenos días, Lady Armstrong,” expresó con una sonrisa, rodeando a la señorita Bartlett para estar más cerca de Olivia.

¿Qué estaba pasando con él? Nunca antes había deseado la atención de una mujer, como la de Olivia, y esperaba que esta interacción con la señorita Bartlett no hubiera arruinado las cosas.

Capítulo catorce

Olivia se sintió como una tonta. Había estado deseando pasar más tiempo con Everett, pero cuando entró en el comedor, lo vio hablando con la señorita Bartlett. No solo estaba conversando con ella, sino también dedicándole una brillante sonrisa. La misma que le había dado, esa misma mañana, durante el viaje. No es que hubiera nada malo en que él sonriera. Ciertamente, ella no tenía ningún derecho sobre él, e incluso él podría hablar y sonreír a quien quisiera. Pero lo que sorprendió a Olivia fue la forma, en que la señorita Bartlett se aferraba a él con su propia y radiante sonrisa, iluminando su rostro.

Había pensado erróneamente que Everett solo estaba interesado en ella.

¡Qué ingenua era!

Debería haberse guardado su vergonzoso pasado para sí misma. Ahora que Everett lo sabía, estaba convencida que no quería tener nada más que ver con ella. Parecería que su comprensión de su situación había sido solo momentánea. ¿Qué hombre querría estar con una mujer que tenía miedo de ser tocada?

“Lady Armstrong,” dijo Robertson.

“Lord Robertson,” expresó, asintiendo, entrando en el comedor, y dirigiéndose a la barra lateral. Tenía que dejar de pensar en él, como en Everett, especialmente cuando él estaba claramente interesado en la señorita Bartlett. Se sentía demasiado personal usar su nombre de pila ahora.

“¿Puedo prepararte un plato?” Preguntó

“No gracias. Lo puedo manejar. Disfruta de tu desayuno, Lord Robertson.”

Lord Robertson asintió, y tomó un asiento de la mesa.

Olivia notó que la señorita Bartlett colocó su plato al lado del conde y se sentó, a su lado. Ese debería haber sido su asiento. Para cubrir su dolor, ella se concentró en amontonar una serie de comidas deliciosas en su plato. Cuando dio la vuelta y notó lo acogedores que parecían Lord Robertson y la señorita Bartlett, se dirigió hacia Bett y el señor Hughes, quienes estaban en el otro extremo.

Fue difícil ignorar la conversación. La voz emocionada de la señorita Bartlett resonó por el comedor, mientras continuaba hablando sobre el próximo juego de bolos.

“Lord Robertson no pudo haber elegido a una jugadora más hábil. Mi hija juega demasiado bien,” dijo Lady Bartlett, sentándose junto a su hija.

Aunque la ignoró, Olivia sintió los ojos de Robertson sobre ella, mientras tomaba asiento. Realmente no quería escuchar a Lady Bartlett cantar las alabanzas de su hija, pero la mujer también hablaba en voz muy alta, y la mayoría de los demás invitados, en la mesa, estaban observando cómo se desarrollaba la escena.

“¿Milord?” Preguntó Lady Bartlett.

Robertson se dirigió a ella.

“Le ruego que me disculpe. ¿Dijo algo, milady?”

Lady Bartlett asintió.

“Estaba diciendo lo hábil que es mi hija en los bolos.”

Robertson asintió, y siguió comiendo sin hacer comentarios.

Olivia todavía estaba dolida al darse cuenta que había perdido la oportunidad de asociarse con Lord Robertson, esta mañana, cuando Lord John se sentó a su lado. Por eso no quería

involucrarse con nadie. Solo habían pasado unos días, pero por mucho que quisiera negarlo, anhelaba la compañía de Lord Robertson, ahora, más que nunca.

Sin embargo, tenía su orgullo, y necesitaba demostrarle a Lord Robertson que era inmune a su atención. Incluso si eso fuera una mentira descarada. Sin embargo, ella no había sido inmune a él, desde el primer momento, en que lo vio caminando por el jardín.

“Buenos días, Lady Armstrong,” expresó Lord John.

“Buenos días, milord.”

“¿Estás disfrutando de la fiesta, en casa?”

Olivia asintió y se concentró en su plato. Lord John era un tipo agradable, pero ella no tenía muchas ganas de hablar, así que durante el resto del desayuno se concentró en la comida. Bett seguía mirándola, pero no quería explicarle a su amiga por qué estaba molesta, debido a que le resultaba demasiado embarazoso admitir, que estaba celosa de la atención, que Lord Robertson prestaba a alguien que no era ella. Después de todo, era una fiesta, en una casa, y su único propósito era conocer a una variedad de personas. Lo sabía cuando aceptó asistir, pero no había contado con perder su corazón, ante uno de los invitados.

Lord Fleming chocó su copa con la de otra persona y se levantó.

“Damas y caballeros, nuestra primera actividad del día es un juego de bolos. Va a ser otro día cálido, así que no nos demoremos mucho en el desayuno. Una vez más, elijan con cuidado a sus compañeros, ya que la pareja ganadora podrá sugerir la actividad de esta noche, ya sean cartas, charadas, una velada musical o cualquier otra cosa que deseen,” dijo.

“Si alguna dama decide no participar en el juego de césped, habrá actividades más tranquilas en el salón,” añadió Lady Fleming.

“Lady Armstrong, ¿me concederás el honor de asociarte conmigo, en el juego de bolos?” Insistió Lord John.

Olivia levantó la vista de su plato. Conoció a Lord John Berkeley, cuando llegó. Él es el tercer hijo de un marqués, y había sido muy agradable, en las limitadas interacciones, que había tenido con ella. En contra de su buen juicio, y tal vez porque aún le dolía el rechazo de Robertson, dijo:

“Estaré encantada, Lord John.”

“Excelente. Espero que estés orgullosa del juego.”

“Estoy segura que lo haremos bien,” dijo ella sin mucho entusiasmo.

Cuando terminaron de comer, Lord John le extendió el brazo.

“¿Estás lista para jugar, milady?”

Olivia se puso de pie, y presionó las yemas de sus dedos en su brazo.

“Absolutamente. Lidera el camino.”

No miró a Lord Robertson. Lo evitó de manera intencional. Ya vería suficiente de él, mientras jugaban. Se alisó la cara hasta convertirla en una máscara neutral, mientras cruzaban el césped.

“Otro hermoso día,” manifestó Lord John.

Olivia estaba demasiado ocupada, pensando en Robertson, y no escuchó lo que él había dicho.

“Lady Armstrong, ¿te encuentras bien?”

Ella lo miró fijamente.

“Sí, estoy bien, gracias.”

“Tenías una mirada lejana en tus ojos.”

“¿La tenía? Me disculpo. Estaba pensando en la preciosa finca que tiene Lord Fleming. Los

jardines son magníficos.”

“¿Quizás, después del juego, aceptarías dar un paseo conmigo, y podremos explorarlos juntos?”

Una cosa era aceptar la invitación de Lord John para jugar a los bolos, en un ataque de ira, pero lo último que quería era animarlo de alguna manera. Tenía que encontrar una razón por la que no podía pasear con él, que no hiriera sus sentimientos. No quería dejarlo abatido, porque él parecía un caballero decente.

“Tal vez... ¿Esperamos y vemos cómo nos va en el juego?”

Lord John dudó un momento, antes de asentir.

“Por supuesto. ¿Qué color de mazo prefieres? Parece que podemos ser la primera pareja aquí.”

“Siempre he sido partidaria del verde.”

Él sacó el mazo verde del estante y se lo entregó.

“Y yo elegiré el azul.”

En cuanto al resto de las parejas, ellos recogieron sus mazos, y el juego empezó formalmente.

“Liv, me sorprende verte con Lord John, hoy,” susurró Bett, cuando sus bolos se colocaron muy juntos.

“¿No fuiste tú quien me animó a ampliar mi círculo social?” Preguntó ella.

Bett asintió.

“Lo hice, pero pensé que te estabas acercando más a Lord Robertson.”

“Ahora parece enamorado de la señorita Bartlett.” Olivia se encogió de hombros.

Bett miró por encima del hombro.

“¿Qué? Creo que estás sobreestimando la estima del conde por esa joven. Ese ceño fruncido, que él está reflejando, es una medida de lo que disfruta, en su compañía.”

Eso llamó la atención de Olivia y miró hacia atrás. La señorita Bartlett había hecho un muy buen tiro. Estaba muy emocionada, agarró el brazo de Robertson, y exclamó:

“¡Milord, vamos a la cabeza!”

Olivia no se molestó en observar la reacción de él.

“No me importa con quién se asocie. Ahora, no hablemos más de esto.”

“Lady Armstrong, es tu turno,” dijo Lord John.

Olivia analizó sus opciones, antes de lanzar la bola. No pudo evitar sonreír de satisfacción cuando apartó la de Lord Robertson. Sabía que era mezquino por su parte, pero parecía incapaz de controlar sus celos.

¿Celos?

¿Estoy celosa de la señorita Bartlett? ¿Este es el sentimiento tan inquietante?

A medida que avanzaba el juego, ella se dio cuenta que se había equivocado al asociarse con Lord John. Él quería que pasaran más tiempo, juntos, después del juego, y lo mencionó tres veces, mientras jugaban, en el campo, y esto era lo último que ella quería hacer esa tarde. Olivia no era alguien que cambiara tan fácilmente.

Al final, Robertson y la señorita Bartlett prevalecieron y ganaron el juego, y la joven chilló de alegría. Los invitados aplaudieron y felicitaron a la pareja ganadora.

“Lady Armstrong, jugaste de una forma brillante. ¿Puedo traerte un vaso de limonada?” Preguntó Lord John, mientras guardaba los mazos.

Este era el momento perfecto para escapar, y ella no dudó en decir una pequeña mentira. “No, gracias, Lord John. Debo regresar a mi habitación. Por favor, discúlpeme,” dijo, dio la

vuelta y se alejó rápidamente, esperando que el persistente lord no la siguiera.

Se apresuró a regresar a la casa, pero solo había llegado a la mitad del camino, cuando escuchó pasos detrás de ella. Aceleró el paso, pensando que, después de todo, Lord John la había seguido.

“¡Liv, espera!”

Olivia se detuvo y volteó para ver a Bett, corriendo tras ella.

“¿Estás bien? Te fuiste tan abruptamente,” preguntó su amiga.

“Estoy bien, solo un poco cansada. Eso es todo.”

“¿Estás segura que eso es todo?”

“Bett, estoy bien. Por favor, déjalo así. ¿No deberías pasar tiempo con el señor Hughes?”

“Ahora no. Los caballeros se van a disparar, y no tengo ningún interés en ir con ellos. No me gusta verte triste. Se suponía que esto sería divertido.”

“No hay necesidad que te preocupes. Estoy bien y la fiesta en casa es divertida.”

“¿En serio? Tu cara cuenta una historia diferente.”

“Bett, no puedo hablar de esto ahora. ¿Puedes dejarlo así, por favor?”

“Por supuesto. Pido disculpas, si me he excedido. Ven... Veamos qué tiene planeado Lady Fleming para el resto de hoy.”

“Suena como una gran idea,” destacó Olivia, entrelazando su brazo con el de Bett.

Cuando llegaron al salón, Lady Fleming estaba explicando que estaba planeada una excursión al pueblo.

“Todas las que deseen ir, deben encontrarse frente a los carruajes, en diez minutos.”

“Eso suena divertido. ¿Vamos?” Insistió Bett.

“Sí. Será una buena diversión,” asintió Olivia.

“Una distracción, ¿ehmm? ¿De qué o de quién necesitas distraerte?” Preguntó Bett con un guiño.

“Eres incorregible,” expuso Olivia con una sonrisa.

Su amiga sabía exactamente cómo animarla, aunque fuera solo momentáneamente. Todavía se estaba recuperando del rápido cambio de interés de Lord Robertson hacia la señorita Bartlett. Después de haberle insistido a Bett, antes que llegaran, en que no estaba interesada en encontrar a nadie nuevo, ahora le resultaba vergonzoso admitir que definitivamente estaba interesada en Lord Robertson.

Después de subir a recoger sus guantes y gafas de sol, Olivia y Bett se acercaron a las otras damas, mientras se dirigían hacia los carruajes.

Ninguno de los caballeros decidió ir con ellas, y Olivia se sintió aliviada al oír eso. También se alegró, cuando la señorita Bartlett y su madre también rechazaron la invitación al pueblo. Quizás la señorita Bartlett pensó que podría pasar más tiempo con Lord Robertson, si se quedaba allí. Ciertamente, a Olivia no le importaba lo que la joven decidiera hacer.

Un lacayo las ayudó a subir al carruaje para el corto viaje. El pueblo era pintoresco. Tenía una tienda de artículos generales, una librería, una de ropa, una herrería y otros establecimientos.

Bett y Olivia encontraron unas cintas preciosas y unos guantes de cabritilla nuevos, en la tienda de ropa.

“Son muy suaves,” expresó Bett, levantando un par de guantes.

“Estoy de acuerdo. Voy a conseguir algunos pares, yo misma,” dijo Olivia.

Después de salir de esa tienda, examinaron los estantes de la librería, y quedaron satisfechas con la selección de las novelas. Olivia eligió *Mansfield Park* de Jane Austen.

“¿Ya leíste esta?”

Bett asintió.

“Sí, es muy buena. ¡Oh, mira! También tienen a *Emma*. Hace tiempo que quería leerla, pero no había podido conseguir una copia.”

“Parece que las dos tendremos algo de entretenimiento esta noche,” replicó Olivia.

“Quizás, pero claro, hay otros entretenimientos disponibles esta noche,” dijo Bett con un guiño.

Olivia sintió que el rubor le subía por el cuello. Sabía que a Bett le agradaba el señor Hughes, pero no tenía idea que su amiga consideraría la idea de irse a su cama. ¿Quería eso con Lord Robertson? ¿Estar en sus brazos, y finalmente disfrutar de las relaciones con un hombre por primera vez en su vida? Se dio una sacudida mental.

¡No! Eso no es lo que quiero.

¿O lo era? En realidad, ya no lo sabía, y estaba más confundida que nunca.

Cuando regresaron del pueblo, ella se sintió agotada y optó por retirarse a su dormitorio y leer un rato. No vio a Lord Robertson, mientras subía las escaleras, y eso le cayó muy bien. Parecía que los hombres todavía estaban disparando.

El tiempo que estuvieron separados la ayudó a calmar sus sentimientos heridos y su confusión sobre por qué se sentía tan inquieta, al pensar que él pasaba tiempo con la señorita Bartlett. ¿Cómo podía sentir una conexión tan fuerte con él, después de solo unos días? ¿Armstrong la había dejado tan hambrienta de palabras agradables, que cualquier atisbo de admiración, por parte de un hombre, le daba vueltas, en la cabeza? ¿O fue porque esa admiración provenía de un hombre, en particular? Uno increíblemente guapo con cabello rubio miel y una sonrisa devastadora.

Se sentó en la silla, junto a la ventana, tratando de disfrutar de la pacífica vista, pero su mente no se calmaba, dando vueltas y vueltas en círculos, pensando en Lord Robertson. Quería estar con él, pero, ¿realmente, podría confiar en él? Eso era injusto. Había demostrado ser digno de confianza hasta el momento y Olivia ansiaba su atención. Quizás se había apresurado, en su juicio anterior. Sus pensamientos daban vueltas y vueltas, sin ninguna respuesta aparente para su mente en conflicto.

Una hora más tarde, un golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones y Emma entró.

“Buenas noches, Lady Armstrong. ¿Está lista para vestirse para la cena?”

“Sí, gracias.”

Emma eligió el vestido de seda verde, uno de los favoritos de Olivia. Sabía que resaltaba sus ojos, y secretamente esperaba que Lord Robertson se fijara en ella, no que ella quisiera que él lo hiciera.

Absolutamente, no.

Además, ahora él estaba enamorado de la señorita Bartlett. Tal vez esto fue lo mejor porque ella no tenía idea de a dónde podría haberla llevado este breve interludio, si es que la conduciría a alguna parte.

“Milady, usted se ve impresionante. El verde es definitivamente su color,” resaltó Emma, acomodando una de sus nuevas cintas en su cabello. “¡Todo listo!”

“Gracias, Emma. La veré más tarde,” señaló Olivia, poniéndose los guantes y bajando las escaleras.

Cuando entró en el salón, no había señales de Lord Robertson y ella suspiró aliviada. Los músculos de su estómago se relajaron, mientras caminaba hacia Bett y el señor Hughes, quienes estaban de pie junto a la chimenea, disfrutando de una bebida, antes de cenar.

“Buenas noches, Lady Armstrong,” expresó el señor Hughes, asintiendo y sonriendo.

“Buenas noches, señor Hughes.”

“¡Estás preciosa esta noche!”

“Gracias... ¿Lady Williams está atractiva esta noche?” Preguntó ella.

El señor Hughes miró a su amiga.

“Ella ciertamente lo está.”

Un lacayo pasó con una bandeja de jerez y ella cogió una copa. Estaba de espaldas a la puerta y no se dio cuenta, cuando la única persona que no quería ver se acercó detrás de ella.

“Lady Armstrong, es un placer verla esta noche...” dijo Lord Robertson.

Su profunda voz de barítono retumbó, a través de ella, y le provocó escalofríos por la espalda. Dio la vuelta y se quedó sin aliento. Él estaba devastadoramente guapo con su traje de noche negro. No era justo que se le otorgara tanta belleza a un hombre. Por mucho que intentara ignorar los rápidos latidos de su tonto corazón, no podía negar que se sentía atraída por él. ¿Cómo pudo tener una reacción tan fuerte, después de tan poco tiempo de conocerlo?

Esto no era bueno, nada bueno.

Capítulo quince

“Deje de preocuparse, milord. Ya casi termino,” dijo Bryer, mientras daba los toques finales a la corbata blanca de Robertson, que era como la nieve.

Robertson hizo todo lo posible por quedarse quieto, aunque estaba muy ansioso por bajar temprano. Quería tener la oportunidad de hablar con Olivia, antes que todos llegaran a cenar. Tenía que explicarle, que no tenía ningún deseo de pasar tiempo con la señorita Bartlett, pero que hoy se había visto atrapado, en asociarse con ella, igual que cuando se había visto obligado, a llevarla a dar un paseo en bote. No fue culpa de la joven. Probablemente, ella confiaba en el consejo de su madre. Lady Bartlett había estado empujando a su hija hacia él, desde el momento en que llegó, y él estaba harto de sus maquinaciones. No quería a una joven apenas salida del aula. No quería a la señorita Bartlett. ¡Quería a Olivia!

Bryer colocó un alfiler esmeralda entre los pliegues de la corbata y retrocedió para admirar su obra.

“Perfecto, milord.”

Robertson se rió entre dientes. Su ayuda de cámara se tomaba muy en serio sus deberes, y, por lo general, él estaba feliz de esperar pacientemente, mientras Bryer se preocupaba por su apariencia. Sin embargo, esta noche no tendría esa paciencia.

“Gracias, Bryer. Lo veré más tarde,” dijo, y salió corriendo por la puerta. Luego, bajó las escaleras.

Entró al salón e inmediatamente vio a Olivia, hablando con Lady Williams y Noah, y corrió hacia ellos.

“Lady Armstrong, es un placer verla esta noche. ¿Espero que hayas disfrutado tu viaje al pueblo esta tarde?”

Lo último de lo que él quería hablar era de ese viaje de compras, pero sentía que tenía que entablar una conversación más relajada con ella. La había visto temblar, cuando la saludó, y esperaba que fuera porque él la afectaba tanto, como ella lo conmovía a él, y no porque sintiera repulsión hacia él.

Cuando ella volteó hacia él, la vio inhalar profundamente.

“Buenas noches, Lord Robertson,” dijo, después de un momento de vacilación.

“Buenas noches, Lady Williams, señor Hughes.” Llamó la atención de Noah y no estaba feliz de ver cuán cerca su amigo lo observaba a él y a Olivia. No tenía ninguna duda que Noah tendría algo que decir sobre su creciente interés por la encantadora dama. Su amigo nunca perdía la oportunidad de comentar, fuera cual fuera la ocasión, pero normalmente tenía razón, por lo que tanto Robertson como Miles aguantaban sus comentarios.

Olivia simplemente lo miró fijamente con los labios ligeramente separados. ¿Qué estaba pensando? Deseó saberlo. Ella era tan hermosa que lo dejó sin aliento.

Después de un silencio incómodo, Noah habló:

“Robertson, felicidades por fotografiar la mayor cantidad de aves esta tarde. Me atrevo a decir que esta noche tendremos un suntuoso banquete.”

“En efecto.”

“Entonces, supongo que debería darte las gracias, Lord Robertson, porque adoro el urogallo,” dijo Lady Williams.

Robertson asintió.

“Entonces me alegro de poder ser de utilidad. Lady Armstrong, ¿puedo hablar contigo, un momento, en privado?”

Olivia miró a su amiga, quien asintió.

Robertson siempre estaría agradecido con Lady Williams por animar a Olivia a hablar con él. Extendió el brazo y sintió su contacto abrasador, a través de la tela de su chaqueta, mientras la escoltaba hasta el otro extremo del salón, muy lejos de las pocas personas, que se habían reunido para cenar hasta el momento.

“Milord, no creo que necesitemos hablar en privado,” dijo ella, mientras caminaban.

Olivia se mantuvo separada de él y su postura era muy rígida. Tenía que cambiar eso, y rápidamente, antes que toda la situación se saliera de control.

“Hay muchas razones, milady. Me temo que has malinterpretado la escena de esta mañana, durante el desayuno.”

“No lo creo. Es muy evidente que disfrutabas de la compañía de la señorita Bartlett.”

“Mi querida lady, ahí es donde te equivocas. No tengo ningún deseo de pasar más tiempo con la señorita Bartlett.”

“¿Así es? Vi la brillante sonrisa que le diste.”

“¿Crees que tengo una sonrisa brillante?” Preguntó con una sonrisa descarada.

“Ese no es el punto, milord.”

“Everett, por favor llámame Everett. Y debes saber que esa sonrisa era para ti. Solo para ti.”

“¿En serio? Entonces, ¿por qué le sonreías?”

“Olivia, por favor créeme. Estaba de espaldas y pensé que eras tú quien me saludaba. No puedes imaginar cuánto lamenté esa pequeña acción, cuando vi que era la señorita Bartlett y no tú. Todavía no entiendo por qué estaba sin aliento, cuando ella me habló. Seguramente, reconocí tu voz de otra manera.”

“¿Esa sonrisa era para mí?” Preguntó Olivia, relajando su postura, un poco.

“De hecho, así fue. Eres todo en lo que puedo pensar. No la señorita Bartlett. Ante mis ojos, ella es una muchacha, que apenas ha salido del aula, y no tengo planes para ella. Solo te quiero a ti, la mujer más deseable que he conocido.” Robertson contuvo la respiración, mientras observaba una serie de emociones cruzando el rostro de Olivia. ¿Ella le creería? ¿Qué haría él, si ella no lo hiciera? ¿Qué más podría hacer para convencerla de su creciente admiración?

Después de un rato, ella habló:

“Bueno, supongo que hubo una pequeña posibilidad, que yo hubiera llegado a una conclusión equivocada.”

“¿Cierto? Olivia, debes saber que nunca te lastimaría intencionalmente. Disfruto de tu compañía más de lo que te puedo decir. Eres la luz del sol, en un día lluvioso, y aprecio el tiempo que pasamos juntos.”

Por primera vez desde que comenzaron la conversación, Olivia sonrió.

“Pero, necesito tu ayuda,” solicitó Robertson.

“¿Oh? ¿Qué necesitas?”

“Necesito disuadir a Lady Bartlett, que me imponga a su hija. Cada vez que doy la vuelta, ahí está ella.”

“Por lo que tengo entendido, me temo que todas las mamás, que piensan, en el matrimonio de sus hijas, son muy decididas, y tú eres un conde, un candidato muy deseable.”

“Tengo que decir que esto no me gusta... Para nada... Y, sinceramente, no creía que me acosarían en una fiesta, en una casa, como si estuviera en Londres.”

“No tuve una temporada, así que no tengo ninguna experiencia directa con esto, pero Lady

Williams sí, y me ha contado historias sobre cómo Lady Bartlett guió a su hija mayor a través del mercado matrimonial, que me hacen estremecer... Desafortunadamente, ella no es la única madre así. Seguramente, debes haberte encontrado con esto muchas veces antes."

"Hasta cierto punto sí, pero siempre he tratado de desalentar ciertos comportamientos... Aunque puedo ver cómo he fallado con Lady Bartlett. No he sido lo suficientemente contundente, y ella no parece querer aceptar un no por respuesta."

"Tal vez, ella está intentando casar a su hija, antes de su temporada, la próxima primavera. No es sorprendente, considerando el costo de una temporada."

"Tal vez, eso sea cierto, pero sería mejor para la señorita Bartlett, si su madre se relajara y la dejara disfrutar de la fiesta, en casa. Quizás, esta es la primera vez que ella tiene la oportunidad de disfrutar de la compañía de los caballeros."

Observó cómo Olivia miraba alrededor del salón. Aún no había señales de Lady Bartlett y su hija, y el tiempo apremiaba. Él necesitaba que Olivia entendiera su posición, antes que llegara el dúo de madre e hija.

"Olivia, ¿podrías por favor encontrar en tu corazón la capacidad de perdonar mi error de juicio? Te prometo que no tengo planes para ninguna otra mujer aquí... solo para ti."

Ella le dedicó una sonrisa tímida.

"¿Juicio, milord? ¿Qué tipo de juicio?"

Robertson se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

"Para empezar, me gustaría mucho besarte hasta que ambos nos quedemos sin aliento."

"Hum, creo que eso lo disfrutaría mucho."

Por primera vez, desde que entró al salón, él sintió la esperanza de no haber arruinado sus posibilidades con Olivia.

"Necesito besarte, querida, ahora mismo. Estoy ardiendo de quererte. ¿Quieres dar un paseo conmigo por el balcón, antes que todos los demás bajen a cenar?"

Olivia asintió.

"Sí. Eso me gustaría mucho."

"¡Estoy tan feliz!"

Él extendió el brazo y la acompañó a través de las puertas francesas hasta el balcón. Caminaron hasta el otro extremo y Robertson no perdió el tiempo en abrazarla y besarla con toda la frustración reprimida de no haber estado con ella, en todo el día.

Su boca se ajustó sobre la de ella con facilidad, y cuando ella suspiró, su lengua entró, saboreando cada deliciosa pulgada de su boca. Cuando ella se inclinó hacia él, entonces, Robertson profundizó ese beso. Todavía no tenía suficiente de ella. Quería desnudarla y besar cada pulgada de su cuerpo. Los besos continuaron, y ninguno de los dos deseaba detenerse, pero finalmente Robertson dio un paso atrás.

"Mi querida Olivia, lo necesitaba mucho. Extrañé estar contigo hoy."

Olivia extendió la mano y le tocó la mejilla.

"Yo también te extrañé, Everett."

"¿Lo hiciste?"

Ella asintió.

"Sí, y en contra de mi buen juicio."

"Espero poder hacerte cambiar de opinión al respecto. Creo que tu juicio está perfectamente bien."

"Everett, no perdamos el tiempo hablando. Bésame de nuevo, antes que entremos."

"Es un placer, milady, es un placer absoluto," dijo y bajó la cabeza para tomar sus labios

una vez más. Ella era tan receptiva en sus brazos, aunque por su vacilación, él se dio cuenta que ella no tenía mucha experiencia besando. Por lo que quería que fuera la mejor experiencia, que pudiera brindarle.

Ella gimió y él la acercó más. Ese suave cuerpo se fundió con su duro pecho, pero su placer no podía durar para siempre. Levantó la cabeza de golpe, cuando escuchó voces, que se acercaban, y se alejó de Olivia.

Lady Bartlett y su hija habían salido al balcón, y él tuvo que contener un gemido.

Le dio a Olivia un último beso rápido.

“Parece que tienes razón sobre las mamás casamenteras. Parece que han vuelto a buscarme,” susurró. No permitiría que Lady Bartlett arruinara esto ni un momento más, así que hizo lo único que se le ocurrió, y se rió a carcajadas.

Ambas mujeres Bartlett voltearon hacia ellos.

“Lady Armstrong, ¡eres muy divertida!” Exclamó, un poco más alto de lo necesario, esperando que Olivia entendiera lo que estaba haciendo.

Ella asintió, antes de tomarlo del brazo, y comenzaron a caminar de regreso hacia la puerta del salón. Por supuesto, ella entendió esto perfectamente.

“Milord, no creo que los gatitos sean simplemente suaves y tiernos. También debes tener cuidado con sus afiladas garras.”

Eso hizo que Robertson se riera de nuevo.

“*Touché*, Lady Armstrong.”

Cuando salieron de las sombras, dijo:

“Buenas noches, Lady Bartlett, señorita Bartlett.”

“Lord Robertson, no esperaba verlo aquí,” expresó Lady Bartlett, abriendo mucho los ojos, cuando vio a Olivia, en el brazo de él.

“Es una tarde encantadora y estamos tomando un poco de aire fresco. Ahora, si nos disculpan, Lady Armstrong y yo regresaremos adentro para disfrutar de una copa de jerez.”

Los ojos de Lady Bartlett ardieron. Obviamente, pensó que su hija no había captado la atención de él.

“Lo veo. Vamos, querida. Hace mucho frío aquí esta noche, y no quiero que te resfríes,” dijo, girándose con un resoplido. La pobre señorita Bartlett se encogió de hombros, y obedientemente siguió a su madre al interior.

Robertson y Olivia entraron al salón, y se acercaron a Noah y Lady Williams.

“Ahí están ustedes dos. ¿Cómo estuvo el aire de la noche?” Preguntó Lady Williams.

“Encantador,” replicó Olivia con una sonrisa.

Robertson vio que Noah miraba por encima del hombro.

“Parece que Lady Bartlett no comparte tu opinión, Lady Armstrong.”

“Sospecho que no,” aclaró Robertson. “Esa mujer está decidida a relacionarme con su hija.”

“Parece que las mamás casamenteras son así,” confirmó Noah.

“Entiendo que... Sin embargo, no sabía que me acosarían aquí.”

El mayordomo anunció la cena y no hubo más tiempo para discutir la situación. Robertson extendió el brazo para acompañar a Olivia al comedor. De ninguna manera iba a permitir que ningún otro caballero se sentara a su lado, esa noche. Con Noah y Lady Williams al otro lado, sintió que la cena iba a ser realmente muy placentera.

Cuando vio que Lady Bartlett y su hija estaban sentadas al otro extremo de la mesa con Lord John, Robertson pudo relajarse, y disfrutar de una animada conversación con sus compañeros.

Cuando terminó la cena, Lord Fleming chocó su copa.

“Debo recordarles a todos que fueron Lord Robertson y la señorita Bartlett, quienes ganaron, en los bolos, por lo que ellos decidirán qué haremos esta noche para entretenernos. Lord Robertson, ¿tiene alguna sugerencia?”

Robertson se aclaró la garganta.

“Dejaré la elección de la actividad en manos de la señorita Bartlett,” respondió.

Ella chilló de alegría.

“Elijo bailar y me gustaría bailar por primera vez con mi pareja ganadora.”

Robertson vio a Lady Bartlett sonreír con aire de suficiencia. Era obvio que había enseñado a su hija qué actividad se adaptaría mejor a su plan. Había caído directamente en su trampa, pero no estaba dispuesto a dejarla ganar.

“Estaría encantado de asociarme con la señorita Bartlett para un carrito de música country.”

“Bien, eso está arreglado,” replicó Lord Fleming. “Los caballeros se unirán a las damas, dentro de un rato.”

Lady Fleming se levantó de la mesa y las mujeres la siguieron hasta el salón, donde se dirigió a los lacayos.

“Clayton y Edward, esta noche bailaremos, hay que apartar los muebles.”

Los sirvientes asintieron y empezaron a sacar los muebles del centro del salón.

Una criada trajo un carrito de té repleto de deliciosos postres.

“Anna, el té se puede poner en la mesa del fondo.”

La criada empujó el carrito, a un lado, y comenzó a colocar el servicio en la mesa.

“¿Algo más, Lady Fleming?”

“No... Puede irse.” Giró hacia Bett. “Lady Williams, tengo entendido que tocas el piano.”

“¡Sí!”

“¿Considerarías tocar un rato, y luego, podemos buscar a otra persona?”

“Será un honor para mí, Lady Fleming.”

Cuando los hombres regresaron al salón, Robertson se acercó a la señorita Bartlett para guiarla en un carrito. Vio a Miles caminar hacia Olivia y pedirle que bailara. Su amigo cuidaría de ella, y estaba agradecido por la rápida acción de Miles, al reclamar el baile, para mantenerla a salvo de las garras de Lord John, o de cualquier otro hombre.

Lady Williams tocó una melodía animada y todos lo pasaron genial. Estaba claro que a la señorita Bartlett le gustaba bailar, y él se alegraba que ella estuviera divirtiéndose, pero planeaba mantenerse alejado de ella, durante el resto de la velada.

“Bailas muy bien, Lord Robertson,” comentó.

Robertson asintió, manteniendo la conversación al mínimo. Lo último que quería era animar a la joven.

Ella se inclinó hacia él.

“¿Puedo confiarte algo?”

“Señorita, no creo que yo sea un buen confidente.”

Su respuesta no pareció convencerla y ella siguió adelante:

“Mamá dice que debo estar cerca de ti, pero confieso que, si bien eres un buen caballero, prefiero pasar más tiempo con Lord John. Es muy entretenido y disfruto de su compañía.”

Eso llamó la atención de Robertson. Quizás la señorita Bartlett no ignoraba cómo funcionaban las cosas.

“Bueno, entonces. Intentaré ayudarte para que eso suceda más a menudo.”

“¡Oh! Gracias, Lord Robertson,” dijo con una sonrisa, que iluminó su rostro.
“Por supuesto. Me esforzaré por hacer esto lo mejor que pueda.”

Capítulo dieciséis

Olivia se alegró, cuando el señor Walker la invitó a bailar, ya que se sentía segura con el amigo de Everett. De vez en cuando, ella pudo vislumbrar a Everett bailando con la señorita Bartlett y, fiel a su palabra, parecía educado, pero distante con la joven. Tenía razón: la señorita Bartlett era realmente muy joven, y Olivia esperaba que su madre le diera tiempo para madurar durante el verano y el otoño, antes de entrar en el mercado matrimonial, en la próxima primavera.

La música bajó.

“Gracias por el baile, señor Walker,” dijo.

“Fue un placer, Lady Armstrong,” replicó, antes de acompañarla a un lado de la pista. Él se inclinó hacia ella. “No te pongas nerviosa, querida. No te dejaré hasta que regrese Robertson.”

Olivia nunca había estado más agradecida con nadie, como en ese momento. Si bien parecía que la advertencia del señor Walker a Lord Pressley, que la dejara en paz estaba funcionando, ella no confiaba en el joven lord. Él la miraba incesantemente y eso la hacía sentir incómoda.

“¿Estás disfrutando de la fiesta, en casa, señor Walker?” Preguntó ella.

Él asintió.

“Lo estoy. Lord Fleming y yo tenemos mucho en común. Tiene un gran interés en invertir, y me ha invitado a regresar en otoño para analizar algunas oportunidades que conozco.”

“Me alegra oír eso. Esta es una finca preciosa.”

“Ciertamente, así es.”

Por el rabillo del ojo, vio a Lord Robertson acompañar a la señorita Bartlett de regreso con Lady Bartlett y Lord John, antes de regresar hacia ella.

“Creo que me iré ahora, Lady Armstrong,” expresó el señor Walker con una reverencia.

“Gracias, señor Walker,” dijo Olivia.

Robertson se detuvo frente a ella y asintió con la cabeza a su amigo.

“Gracias por acompañar a la dama.”

El señor Walker asintió y caminó hacia el otro lado del salón para hablar con Lord Fleming.

“Lady Armstrong, ¿me harías el honor de acompañarme en el próximo baile?”

Ella miró sus expresivos ojos marrones y su corazón se derritió. Sabía que necesitaba proteger su corazón de este hombre devastadoramente guapo, o podría estar en un gran problema, pero esta noche quería bailar con él.

“Me encantaría, milord.”

Robertson le tomó la mano, mientras Bett tocaba los primeros compases de un vals. Él le guiñó un ojo, antes de acercarse más.

“¿Hiciste arreglos para que tocaran un vals, a continuación?” Preguntó ella.

“Efectivamente, sí lo hice, y Lady Williams fue muy complaciente. No podía esperar para bailar contigo, mi dulce Olivia,” le susurró al oído. La llevó por el salón, y ella se sintió mareada por la emoción de estar en sus fuertes brazos. No se había sentido tan segura desde que era pequeña y esto le gustaba.

“Milady, necesito besar tus dulces labios, otra vez,” dijo, mientras la hacía girar.

Su cálido aliento, en su cuello, la hizo temblar de deliciosa anticipación.

“Después de este baile, seguro que necesito un poco de aire fresco,” expresó, sorprendiéndose a sí misma por su atrevimiento. ¿Qué estaba haciendo ella? En un momento,

ella estaba tratando de protegerse de enamorarse del conde, y al siguiente, lo estaba invitando a besarla nuevamente. ¡Todo era tan confuso! Ella nunca había tenido una temporada, por lo que no tenía experiencia en las reglas del cortejo.

¿Debía esperar?

¿Everett la estaba cortejando? ¿O simplemente estaba jugando con ella porque era conveniente? Todos estos pensamientos dieron vueltas, dentro de su mente, mientras los últimos acordes del vals se desvanecían.

“Querida, tu baile es divino. ¿Te importaría tomar un poco de aire?”

“Sí. Me siento muy sonrojada.” Sin embargo, no le reveló la verdad. No podía hacerlo. Al respecto, no era el baile lo que la excitaba y molestaba, más bien era él. Durante mucho tiempo, ella se había mantenido oculta de cualquier atención indebida. Se había sentido paralizada, después de la muerte de Armstrong, e incluso le había llevado un año completo volver a disfrutar del simple placer de pasear por la finca.

Lord Robertson había alterado su cuidadoso acto de equilibrio, y ella era incapaz de dejar de buscar su compañía. Tenía los nervios de punta, y soltó lo primero que le vino a la mente, mientras salían.

“La señorita Bartlett parecía disfrutar de ese baile de ustedes, juntos.”

Robertson se rió entre dientes.

“¡Qué curioso es eso! La joven me dijo claramente que prefiere a Lord John, antes que a mí.”

“¿Qué? ¿Así es?”

Él asintió.

“Ciertamente, así es. Parece decidida a frustrar la insistencia de su madre que pase tiempo conmigo.”

“¡Bravo, señorita Bartlett!”

“Mi querida Olivia, no te traje aquí para hablar sobre la señorita Bartlett.”

“¿No?”

Caminaron hasta el otro extremo del balcón. La luz de la luna iluminaba el jardín y las flores perfumaban el aire. Era una noche perfecta.

“¿Puedo besarte, querida?”

Ella no quería perder más tiempo, así que se inclinó hacia él y presionó sus labios contra los de él. Esto era lo que le faltaba: ¡este era su deseo! Aquel de estar con un hombre, que hacía que su corazón se acelerara, y le provocaba escalofríos.

Robertson la acercó y profundizó el beso.

Ella no podía acercarse lo suficiente. Se sentía hambrienta de afecto y, si los besos de Robertson eran una indicación, él sentía lo mismo. Al menos, ella esperaba eso. Quería quedarse allí el resto de la noche, pero su interludio se interrumpió, cuando escucharon voces en el balcón.

“Parece que nuestro tiempo ha llegado a su fin, querida Olivia. Me gustaría mucho tener más tiempo, en privado, contigo. ¿Te importaría acompañarme a dar un paseo por la mañana?”

Olivia asintió.

“Me encantaría, Everett.”

Le tendió el brazo y se reunieron con el resto de los invitados en el salón.

Olivia se ofreció a tocar el pianoforte para que Bett pudiera bailar con el señor Hughes. Le encantaba ver a su amiga tan feliz, y se preguntaba si Bett se estaba enamorando de él. No la sorprendería, especialmente teniendo en cuenta el deseo declarado de su amiga de conocer a alguien. ¿Era el señor Hughes el hombre que la haría perder la cabeza?

Por lo poco que Bett le había contado sobre el hombre, el tío del señor Hughes era el vizconde Fletcher y su primo era el heredero. El señor Hughes los adoraba a ambos y pasaba la mayoría de los veranos en su finca. Era dueño de una pequeña casa en Londres y había tenido éxito con sus últimas inversiones. Probablemente era más rico que la mayoría de los nobles, pero nunca hizo alarde de su riqueza. Olivia se alegró de ver que era un caballero tan honrado, especialmente por la forma en que actuaba con su amiga. Lo último que quería era que Bett se enamorara de un cazafortunas.

Everett no la abandonó, durante el resto de la noche, incluso después que ella terminó de tocar el pianoforte. Sabía que algo maravilloso le estaba sucediendo.

Ella se sintió segura de sí misma, por primera vez en su vida, y eso le gustó.

Cuando finalmente se retiró por la noche, se quedó dormida, soñando con besar los labios de Everett, una y otra vez.

Capítulo diecisiete

Robertson caminaba delante de los establos, esperando que Olivia llegara. ¿Dónde estaba ella? La semana pasada había transcurrido en una neblina de placer: aquel de besar los dulces labios de Olivia, y simplemente pasar tiempo con ella. Habían dado numerosos paseos por el jardín, así como algunos viajes al pueblo. Ella no era una joven frívola, prefería la librería a la tienda de ropa, y él había tomado nota de los tipos de libros, que ella seleccionaba. No importaba cuánto tiempo pasaran en compañía del otro, él quería: más tiempo, más conversaciones, y más besos... Definitivamente, más besos.

Era muy impropio de él anhelar la presencia de una mujer. Siempre se había mantenido a distancia, nunca favoreciendo a una dama sobre otra.

¿Qué me pasa?

Olivia está dentro de mí.

Cada mañana, cuando abría los ojos, saltaba de la cama como un colegial, sabiendo que lo primero que haría sería ir a montar con la mujer, que tanto admiraba. Le había complacido verla crecer en confianza, cada día. Ella estaba radiante y él quería devorar cada pulgada de su cuerpo, pero, ¿estaría dispuesta a dar el siguiente paso con él? Incluso después de los últimos ocho días, en su compañía, no estaba seguro. Hoy, iba a preguntar, si podía ir a su dormitorio, esta noche, luego que todos se retiraran. ¿Lo permitiría? Sinceramente, lo esperaba.

“Buenos días, Lord Robertson,” dijo Olivia.

Robertson dio la vuelta. Había estado tan ocupado, pensando en la dama, que no se dio cuenta de su aproximación.

“Buenos días, Lady Armstrong. Te ves tan encantadora como siempre.”

“Gracias, milord. Me encanta esa chaqueta verde cazador que llevas. Es un color impresionante.”

Robertson se rió entre dientes.

“Me aseguraré de contarle a Bryer tu cumplido. Estará encantado de saber que sus decisiones cuentan con tu aprobación.”

El jefe de los establos sacó a Hades y Clara, y Robertson subió a Olivia a la silla, antes de montar en el semental. Siguieron su patrón habitual de correr, a través del prado, hasta el arroyo, donde los caballos podían beber.

La levantó del caballo y dejó que su cuerpo se deslizara por el suyo, sus suaves curvas encajaban perfectamente en su parte plana. Ella era magnífica y él estaba en llamas. No había otra manera de describir el latido ardiente y pulsante dentro de él.

“Milady...” susurró, mientras su boca devoraba la de ella.

Sus besos fueron más intensos, más apasionados que cualquier cosa, que hubieran disfrutado antes. Extendió la mano para desabrochar los botones superiores de su traje de montar, sin romperlos.

Como ella no se apartó, él le desabrochó algunos botones más hasta que los suaves montículos de su pecho fueron visibles, a sus ojos codiciosos. Pasó una hilera de besos por la columna de su cuello, deteniéndose en el dulce hueco de su garganta para saborearla. Su respiración se cortó.

“¿Te gusta esto, dulce dama?”

“Sí. Nunca antes me había sentido así.”

“Quiero besar cada pulgada de tu deliciosa piel,” dijo, extendiendo la mano para desabrochar más botones.

Ella detuvo su mano.

“Aquí no, milord. Cualquiera puede venir a vernos.”

Aunque no quería detenerse, dio un paso atrás.

“No hemos visto a nadie en absoluto la semana pasada. ¿Hay algo que esté mal?”

Olivia negó con la cabeza, mientras él le abrochaba los botones.

“No, nada. Adoro tus besos.”

“Y yo adoro los tuyos. ¿Puedo ir a tu dormitorio, esta noche, para que podamos continuar lo que hemos empezado aquí?” Esperó con gran expectación su respuesta. ¿Qué diría ella? ¿Ella lo deseaba tanto, como él la deseaba a ella?

“Me gustaría mucho, Everett,” dijo con una sonrisa tímida.

Robertson casi saltó de alegría. Nunca había estado tan feliz. Esta noche, haría suya a Olivia, y le presentaría las maravillas de hacer el amor. La tomó entre sus brazos y la hizo girar.

“Entonces, deseo que este día termine lo más rápido posible.”

Olivia se rió.

“Everett, bájame. Además, no debes desear que desaparezcan las horas del día. Pueden suceder muchas cosas maravillosas y, si deseas que pasen, puedes perderte algunos de los mejores momentos de tu vida.”

“Tienes toda la razón, cariño. Aprovechemos al máximo este día juntos,” expresó, soltándola. “¿Estás lista para regresar?”

“Lo estoy... Y estoy muy hambrienta.”

“Yo también,” confirmó, recorriendo su cuerpo con la mirada. Vio el rubor surgir por encima del cuello de su traje de montar, mientras la conducía hacia los caballos, y la subía a la silla.

Hicieron correr a los caballos de regreso a los establos, y Robertson la acompañó hasta la casa.

“Te veré más tarde.”

Olivia le sonrió, antes de subir las escaleras hacia su dormitorio.

“Te espero con ansias, milord.”

Robertson la observó hasta que se perdió de vista. Esta noche, la encantadora dama sería suya. ¡Por fin!

Después de cenar, Olivia paseó por el jardín, esperando que Everett la acompañara. Aunque no era ningún secreto, que habían pasado mucho tiempo juntos, ellos habían tenido mucho cuidado de no hacer todo lo que fuera visto como desagradable, en compañía de otras personas. Lo último que ambos querían era ser objeto de chismes. Su relación con él era algo privado y maravilloso, y quería apreciarla sin ninguna crítica. No faltaba quien la criticara, y tampoco iba a correr riesgos. Bett la había animado a explorar sus sentimientos por Robertson. Pero no necesitaba explorarlos, ya sabía cómo se sentía.

En contra de su buen juicio, ella se había enamorado del conde de Robertson. ¿Cómo pudo haber sucedido tan rápido? Quizás Bett tenía razón: a veces se sabe de inmediato, cuándo se conoce a la única persona que hace cantar tu corazón, y vaya... Everett hizo que su corazón cantara. No podía esperar a que él la visitara esta noche, pero primero quería sentir sus deliciosos labios sobre ella nuevamente.

Escuchó el crujir de los arbustos, cerca de ella, y giró, lista para lanzarse a los brazos de Everett... excepto que no era Everett, quien estaba frente a ella.

“Bueno, Lady Armstrong, sabía que no podría resistirse a mí para siempre,” dijo Lord Pressley con una sonrisa depredadora.

“Lord Pressley, ¿qué está haciendo usted aquí?” Preguntó, dando un paso atrás.

“Conocerla, por supuesto. La vi salir del salón, después de mirarme.”

“Milord, está equivocado. Salí al jardín a tomar un poco de aire fresco.”

“¡Oh! ¿Así es como llamamos a esta pequeña cita, ahora?” Rápido como una víbora, la agarró y la acercó a su cuerpo. Él era más fuerte de lo que ella hubiera pensado y la sujetó con fuerza, mientras su boca se estrellaba contra la de ella.

La bilis subió a su garganta, cuando la crueldad del encuentro la devolvió al horror de encogerse, ante la violencia de Armstrong. Ella luchó y se retorció, pero su agarre era demasiado fuerte. Era demasiado aterrador, pero ella ya no era una chica de dieciocho años asustada. Decidida a defenderse, le golpeó el pie con el talón.

“¡Perra!” Gruñó Pressley, soltándola momentáneamente. “Pagaré por esto. Podríamos haber tenido un pequeño interludio agradable, pero ahora usted será castigada.”

Intentó aplastar su espalda contra ella, aunque Olivia encontró la fuerza suficiente para alejarse, antes que él pudiera agarrarla bien. Desafortunadamente, él agarró la parte de atrás de su vestido y la fina seda se rasgó.

Fue su peor pesadilla la que volvió a la vida. Sostuvo la parte delantera de su vestido contra sus pechos, mientras intentaba retroceder, pero no fue lo suficientemente rápida. Pressley la tenía de nuevo, y ella estaba al límite de sus fuerzas.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se liberó de su atacante, y Pressley estaba en el suelo, gimiendo y sujetándose la mandíbula.

“¡Bastardo!” Gruñó Robertson, parándose junto al joven lord. “Te advirtieron que te mantuvieras alejado de ella.”

“Ella me invitó a salir aquí,” dijo Pressley, limpiándose la sangre de la nariz.

Robertson lo levantó del suelo por su corbata, apretándola con tanta fuerza, que el joven apenas podía respirar.

“Pagarás por esto. Me aseguraré que nunca más te inviten a ningún lugar importante.”

“¡No te atreverás! ¿Sabes quién es mi padre?” Espetó Pressley.

“Efectivamente. ¿Qué crees que hará cuando se entere que agrediste a una dama? ¿Es ese el comportamiento del heredero de un vizconde?”

Ahora Pressley estaba pálido.

“Vamos, Robertson. No quise hacerle daño. Todo fue muy divertido.”

“Agredir a una mujer joven nunca es aceptable, idiota. ¡Apártate de mi vista!”

Olivia observó a Pressley alejarse, después que Robertson lo soltara. Toda la fuerza había desaparecido de su cuerpo y se sentía débil. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. ¿Cómo podía seguir sucediéndole esta pesadilla?

Robertson se acercó hacia ella.

“Mi querida Olivia, lamento mucho haberme retrasado. Por favor, perdóname.”

Su disculpa rompió el dique dentro de ella y comenzó a sollozar incontrolablemente. Él la alcanzó y ella se derritió en sus brazos.

“Yo no lo invité,” dijo entre sollozos. “Te prometo que no lo hice.”

“Lo sé, cariño. Lo sé. Ahora estás a salvo,” expresó, frotándole la espalda... hasta que algo desapareció.

Olivia tardó un momento en darse cuenta que algo andaba mal. Cuando lo miró a los ojos, lo vio disgustado.

“¿Qué pasó con tu espalda?” Inquirió él.

“No es nada. Déjalo así, por favor,” suplicó, alejándose un paso de él y fuera de la comodidad de sus brazos.

“Olivia, ¿que eso no es nada? Tienes cicatrices por toda la espalda. Dime, ¿quién te hizo esto?”

“No puedo. Por favor, olvídate que esto haya sucedido.”

“No puedo hacer esto. Olivia, por favor confía en mí. Nadie debería soportar semejantes palizas, especialmente alguien tan encantadora como tú. ¿Fue tu padre quien te golpeó?”

Ella no quería decírselo. Su sucio secreto era que parecía que no podía satisfacer a su marido.

“No.”

“¿Armstrong? Juro que si ese viejo desgraciado no estuviera muerto, ¡lo mataría yo mismo!”

Olivia quería morir. No era así como quería que Everett se enterara de las cicatrices. Ella no le había hablado de las cicatrices, cuando antes le reveló un poco de lo que Armstrong le había hecho.

Ahora todo estaba arruinado.

“Milord, debes disculparme. Necesito irme.”

“Déjame acompañarte, al menos,” replicó. “No deberías estar sola.”

Ella sacudió su cabeza.

“No, será más fácil si voy por la entrada de servicio y regreso a mi dormitorio.”

Él la alcanzó, pero ella se apartó.

“Por favor, déjame ir.”

“Olivia, por favor no te vayas. ¿No sabes lo que siento por ti?”

Ella sacudió su cabeza.

“¿Qué sientes?”

“Te admiro mucho. Más de lo que jamás he admirado a otra mujer que conozco.”

“¿Me admiras?”

“Sí.”

“Lo veo.” Ella se recompuso, tratando de reprimir el amor que no quería. *¿Admiración? ¿Eso es todo? No es suficiente.* “Buenas noches, milord. Por favor, no me sigas.”

Con una última mirada al hombre que amaba, huyó del jardín. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras entraba a la casa y subía a su dormitorio. Ese tiempo perfecto de ambos, juntos, se arruinó, antes que tuviera la oportunidad de florecer.

Capítulo dieciocho

Robertson vio a Olivia huir de su vista. Le había sorprendido sentir las cicatrices entrecruzadas en su espalda. ¿Qué monstruo le hizo eso a una mujer joven? Había oído historias sobre Armstrong, pero no les había prestado mucha atención, en ese momento. Ahora lo lamentaba más de lo que podía decir.

Nunca debería haberse quedado tanto tiempo en el salón, pero había estado hablando con Miles... desafortunadamente, dándole a Pressley la oportunidad de llegar al jardín, antes que él.

¡Pressley lamentaría el día en que puso sus manos sobre Olivia! Conocía al padre del joven y hablaría con él, además de conseguir que lo expulsaran de todos los clubes de los que Robertson era miembro. Unos cuantos susurros bien colocados, en los oídos de algunas anfitrionas muy influyentes, indicando que él no asistiría a sus eventos, si Pressley era invitado, deberían cerrar el trato. Pressley no tendría otra opción, una vez que todas esas piezas encajaran: tendría que vivir en el campo por un buen tiempo, o irse al extranjero. A Robertson no le importaba qué opción eligiera, siempre y cuando, pagara por sus transgresiones contra Olivia. También salvaría a cualquier joven, en el futuro, de ser maltratada por él.

Volvió a entrar y encontró a Noah hablando con Miles.

“¿Dónde está Lady Armstrong?” Preguntó Noah. “¿No acabas de salir al jardín a verla?”

“Hubo un pequeño incidente ahí afuera.”

“¿Qué quieres decir?” Manifestó Miles. “¿Qué tipo de incidente?”

“Pressley.”

“¡Ese maldito bastardo!” Exclamó Miles. “Le advertí que se mantuviera alejado de la dama.”

“Bueno, no hizo caso de tu advertencia, pero pagará las consecuencias,” dijo Robertson, antes de explicar su plan de prohibir a Pressley la entrada a tantos lugares de Londres, como pudiera.

“Permítanme informar a Lady Williams lo que ha sucedido. Ella querrá ir con su amiga,” dijo Noah, caminando hacia la mesa de refrigerios.

Robertson no sabía qué más hacer. Olivia no quería verlo. Podía entender que ella estuviera molesta, pero pensó que se habían vuelto lo suficientemente cercanos, como para que ella confiara en él. Había creído que sus acciones, de esta semana, habían transmitido la profundidad de su admiración por ella, y pensó que ella entendía sus sentimientos, pero algo andaba mal.

Cuando él le dijo cuánto la admiraba, más que a cualquier otra mujer que conocía, ella se puso rígida, antes de alejarse corriendo.

¿Qué había hecho él para enojarla, aún más?

No tenía ni idea.

Olivia exhaló un suspiro de alivio, cuando entró en su dormitorio. Nadie la había visto subir ni había sido testigo del estado de su vestido.

Algunos hombres eran bestias y, en su opinión, irredimibles. Poner las manos sobre una mujer era un pecado capital en su libro. Ya había tenido suficiente de eso durante su matrimonio, y no quería volver a estar en esa posición, nunca más.

Estaba muy agradecida que Everett la hubiera encontrado.

¡Everett!

Ella había pensado que él era el indicado, el que hacía que su corazón cantara de alegría con solo verlo, el que hacía que la vida valiera la pena. Al parecer, él no sentía lo mismo. Su admiración no era suficiente para tentarla a casarse nuevamente.

¡Quería amor y una verdadera relación! No podría haber otro camino para ella.

Un golpe en su puerta la hizo entrar en pánico. Nadie debía verla en este estado.

“Liv, soy yo. Por favor, abre la puerta.”

Olivia exhaló aliviada, y se apresuró a abrir la puerta.

“Oh, Liv,” dijo Bett, mientras entraba y cerraba la puerta detrás de ella, volviéndola a cerrar. “El señor Hughes dijo que algo pasó en el jardín y que necesitabas mi ayuda.”

Olivia asintió, y las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

Bett la miró. Ella todavía estaba sosteniendo la parte delantera de su vestido, contra su pecho, e inhaló profundamente.

“¿Quién te hizo esto?”

“Pressley,” farfulló entre sollozos.

Bett quedó momentáneamente aturdida, pero rápidamente se dirigió a Olivia.

“Querida, déjame ayudarte a quitarte ese vestido.”

Olivia asintió.

“¿Quieres hablar acerca de ello?”

“¡Oh, Bett! Todo está arruinado ahora.”

Bett negó con la cabeza.

“No es nada de eso. Nadie te vio salir del jardín, según me dijo el señor Hughes. Tu reputación está intacta.”

“Lord Robertson me salvó del ataque de Pressley.”

“Me alegro que estuviera ahí para ti.”

“No, no lo entiendes. Cuando me consolaba, sintió las cicatrices en mi espalda. Le daban asco, lo vi en sus ojos.”

“¿Cicatrices?” Preguntó Bett, mientras ayudaba a Olivia a quitarse el vestido arruinado.

Una vez libre de la prenda, Olivia dio la vuelta para que Bett pudiera ver su peor pesadilla.

“¡Ay, Liv! ¿Armstrong te hizo eso?” Jadeó Bett.

Ella asintió.

“Lamento mucho que ese maldito monstruo te haya hecho eso. Me alegro que esté muerto.”

“¡No tan contenta como yo!” Ella contuvo el aliento con otro sollozo. “Pero Lord Robertson al ver mis cicatrices... eso no fue lo peor.”

“¿No lo fue? ¿Qué más pasó?”

“Después que Lord Robertson dijera que nadie debería soportar lo que me pasó, dijo que me admiraba.”

“¿Qué te admiraba?”

“Sí, nada más. ¡Oh, Bett! Me enamoré de él y él no corresponde a mis sentimientos.”

“¿Le dijiste cómo te sientes?”

“No. Estaba a punto de hacerlo, cuando dijo eso. Ahora todo está arruinado. Nunca me casaré con un hombre que simplemente me admira.”

“¿Casarte? ¿Robertson, por casualidad, te lo propuso?”

“No, y yo no habría aceptado, a menos que él me confesara que me amaba. Huí del jardín, después que él dijera que era simplemente admiración lo que sentía por mí. Bett, sé que te estás

divirtiéndome aquí, pero debo irme. No puedo quedarme aquí, y enfrentarlo, luego de lo que pasó esta noche.”

“Solo puedo imaginar lo angustiada que estás. Por supuesto que iré contigo. Desafortunadamente, ya es demasiado tarde para irnos, pero podemos irnos, a primera hora de la mañana, antes que los demás invitados se despierten. ¿Eso servirá?”

Olivia abrazó a su amiga.

“Gracias por comprenderme, Bett. Lamento mucho arruinar la fiesta.”

“Liv, no has hecho nada de eso. Dejaré una nota para el señor Hughes. ¿Quieres dejarle una a Lord Robertson?”

“No. No tengo nada más que decirle.”

“¿Me quedo contigo esta noche?”

“¿Lo harás? Te lo agradezco mucho.”

“Por supuesto. Déjame ayudarte a ponerte un camisón, antes de regresar a mi habitación para cambiarme. Entonces, volveré.”

“Gracias, Bett. Eres una amiga tan querida... Lamento no haberte contado todo lo que sufrí en mi matrimonio. Me sentí demasiado avergonzada, y pensé que merecía su castigo.”

“Liv, nadie merece ser tratado así, especialmente tú. Regresaré muy pronto, y podemos hablar más, si lo deseas.”

“Gracias, Bett.”

Cuando Bett se iba, Emma entró en el dormitorio.

“Lady Armstrong, ¿usted se encuentra bien?” Cuando Olivia volteó hacia su doncella, Emma quedó desconcertada, ante sus ojos rojos e hinchados. “¿Ha estado llorando? ¿Qué pasó para que esté tan molesta?”

“Estoy bien, Emma, pero quiero irme mañana con las primeras luces del día. Por favor, empaca mis cosas para que no haya demoras.”

“Por supuesto, milady.” Emma se agachó y recogió el vestido arruinado, pero sabiamente no hizo ningún comentario.

Bett no tardó mucho en regresar.

“Le pedí a Lydia que nos trajera un poco de té, querida.”

“Una buena taza de té caliente suena celestial.”

Las dos mujeres hablaban en voz baja, en las sillas, junto a la chimenea, mientras Emma se movía por la habitación, guardando las cosas de Olivia, en su baúl de viaje.

Pronto llegó Lydia con una bandeja de té.

“¿Algo más, Lady Williams?”

“Sí. Saldremos con las primeras luces del día. Asegúrate que todo esté empacado y listo para el viaje.”

“Por supuesto,” replicó Lydia con una reverencia, antes de salir de la habitación.

Olivia se sintió mejor porque Bett estaba en la habitación con ella. Su amiga fue un gran consuelo, especialmente en su frágil estado. De lo contrario, sabía que lloraría incontrolablemente, y temía que los ataques de Pressley desencadenaran más pesadillas sobre el horrible trato, que recibió a manos de Armstrong. El ataque de esa noche la había aterrorizado, y no quería volver a pensar en Pressley o Armstrong, nunca más.

Al menos, ella no tendría que preocuparse que Everett viniera a visitarla esa noche. Dudaba muy seriamente que él alguna vez quisiera estar con una mujer tan destrozada y llena de cicatrices. Había intentado con todas sus fuerzas superar su trauma, pero tal vez no había nada que hacer al respecto.

Nadie querría tener como esposa a un alma tan dañada. Le llevaría mucho tiempo olvidar a Robertson, pero lo haría. Prometió no volver a enamorarse de un hombre, nunca más. Incluso cuando había amor de por medio, inevitablemente el mismo conducía al dolor.

Temprano, a la mañana siguiente, cuando el sol asomaba por el horizonte, las dos mujeres abandonaron la mansión Fleming, antes que nadie, excepto los sirvientes, se levantara.

Robertson se despertó sobresaltado. Algo había perturbado su sueño, pero no sabía qué era. ¿Había estado soñando? Le había parecido oír el ruido de cascos de caballos.

Apartó las mantas y caminó hacia la ventana. Una niebla baja se cernía sobre el prado, más allá de los jardines formales. Veía el jardín donde Olivia había sido atacada. Probablemente, ya no querría visitarlo. Era lo peor que podía haberle pasado a ella... y después de haber ganado tanta confianza, en sí misma, durante la fiesta en casa...

¿Vendría siquiera a los establos, esta mañana?

Necesitaba desesperadamente hablar con ella para asegurarse que se hubiera recuperado de su terrible experiencia.

Bryer asomó la cabeza desde afuera de la habitación.

“Milord, se despertó temprano. ¿Quiere montar esta mañana?”

Robertson asintió y se lavó rápidamente, antes de vestirse.

“Sin chaleco ni corbata. Volveré en breve para vestirme adecuadamente,” le dijo a su ayuda de cámara.

“Por supuesto, milord.”

Quedaban dos días más de fiesta, en casa. Había sentido tanta ira, cuando sintió las cicatrices en esa espalda. Nadie merecía ser tratado de esa manera, y él había querido consolarla, pero ella se había alejado de él, lo que lo desconcertó mucho. Anhelaba besar los dulces labios de Olivia, y verla sonreír, una vez más.

Bajó las escaleras y salió por la puerta, caminando hacia los establos.

“Buenos días, Lord Robertson,” dijo el jefe de los establos.

“Buenos días.”

“Haré que Hades sea ensillado, en poco tiempo.”

“Ensilla a Clara también. Espero que Lady Armstrong venga.”

El jefe de los establos lo miró y meneó la cabeza.

“Lo siento, Lord Robertson, pero Lady Armstrong no está aquí.”

“¿Qué quiere decir con que ella no está aquí? ¿Ya salió?”

“No, milord. Quiero decir que ella dejó la propiedad.”

“¿Ella se fue? ¿Cuándo?”

“Con las primeras luces del día. Ella y Lady Williams partieron juntas.”

“Lo veo. Pensándolo bien, no hay necesidad de ensillar a Hades. No montaré hoy.”

Robertson regresó a la casa, en estado de shock, sumergido en un profundo pozo de tristeza, y tratando de burbujear a la superficie. Debió haber sido la salida del carruaje lo que lo había despertado antes. Olivia se había marchado sin decir una palabra de despedida. ¿Por qué haría eso? No tenía idea, pero ahora que ella se había ido, no veía ninguna razón para quedarse por más tiempo. Necesitaba reunir a Noah y Miles, y regresar a casa.

Era hora de regresar a Londres, donde él tenía el control, y nada podía hacerle daño.

Después de todo, él era el conde de hielo.

Capítulo diecinueve

“Maldita sea, Robertson. Solo dile que la amas,” dijo Noah, mientras se dejaba caer en un sillón orejero, en el club.

Robertson miró a su amigo.

“¿Qué?”

“Has estado deprimido, durante los últimos quince días, y, hasta donde yo sé, solo hay una razón. Estás enamorado de Lady Armstrong.”

“No seas ridículo. Admiro a la dama, por supuesto, pero eso es todo.”

Esa noche en el jardín, su ira había sido tan fuerte que habría matado a Armstrong, si no estuviera muerto... Tal vez, incluso al padre de Olivia por ponerla en manos de Armstrong. Cuando ella le había preguntado qué sentía, su principal emoción, en ese momento, había sido admiración... por su capacidad para seguir adelante, seguir enfrentando al mundo, a pesar de lo que le habían hecho. Él quería apoyarla y ser su protector contra personas, como Armstrong y Pressley. Ni siquiera estaba seguro de saber cómo hacer algo diferente... pero esperaba haber dejado claro sus sentimientos por ella.

“Robertson, más vale que afrontes los hechos,” intervino Miles. “Te conozco, desde hace mucho tiempo, y nunca te había visto así, ni siquiera cuando cortejabas a la señorita Grandier.”

“Mi noviazgo anterior no tiene nada que ver con esto.”

“Exactamente,” dijo Noah. “Simplemente, te sentiste decepcionado, cuando la señorita Grandier te pasó por alto, y aceptó a Evans. Esta situación es completamente diferente. Es un fiasco que tú mismo has creado. Así que deja de ser un tonto, y ve a decirle a la dama que la amas.”

Miró entre Noah y Miles. ¿Tenían razón sus amigos? Nunca traicionó la confianza de Olivia sobre lo que había ocurrido, pero sus amigos sabían que algo terrible había sucedido, en el jardín. No sabían exactamente qué había hecho Pressley. Pero sus amigos eran lo suficientemente inteligentes, como para sumar dos y dos. Pensó que había apoyado a Olivia. Obviamente, él se equivocó, ya que ella se marchó sin decir una palabra ni dejar alguna nota.

Agarró su vaso de whisky, y lo bebió de un trago, dejando que el líquido ardiente le quemara la garganta. Cuando se obligó a considerar seriamente lo que habían dicho sus amigos, la verdad lo dejó desconcertado. Ellos tenían razón.

Él era un idiota.

Robertson dejó caer el vaso sobre la mesa, y se puso de pie.

“Tengo que irme.”

“Hum... ¿Vas a algún lugar en particular?” Preguntó Noah con una sonrisa.

“Realmente, eres un maldito imbécil, ¿lo sabías?” Dijo él.

“¡Oh! Sí lo sé. Es mi especialidad. Buena suerte con Lady Armstrong,” expresó Noah con una sonrisa.

Sin perder un momento, Robertson corrió de regreso a la casa. Sus amigos tenían razón: él estaba enamorado de Olivia. Pero, ¿había arruinado todo al no declararle su amor, esa noche, en el jardín, cuando ella necesitaba escucharlo, más que nunca?

Era demasiado tarde para partir hacia Armstrong Manor, esta noche, pero mañana podría salir temprano. Cuando entró en su dormitorio, Bryer estaba allí.

“Milord, llega temprano a casa. ¿Puedo ayudarlo con algo?”

“Sí. Empaca una maleta. Me iré a primera hora de la mañana.”

“Muy bien, lord. ¿Lo acompaño?” Preguntó Bryer.

“No. No planeo ausentarme por mucho tiempo.”

Su leal ayuda de cámara asintió, y se apresuró a recorrer la habitación, empacando algunas cosas para que se las llevara de viaje.

Esta noche, él no podía dormir. Tenía los nervios de punta. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto? No era de extrañar que Olivia se hubiera ido. Él no estuvo ahí para ella, cuando más lo necesitaba. Ahora comprendía lo que su ira le había ocultado. Ella no necesitaba su admiración. Ella necesitaba su amor. Un amor lleno de promesas de futuro, uno que ya no se podía negar.

Cuando aparecieron los primeros rayos de sol, se vistió, cogió la maleta, y bajó a los establos.

“Buenos días, milord. Perses está ensillado y esperándolo,” dijo el jefe de los establos, quien tomó su maleta y la ató a la silla.

“Bien,” replicó Robertson, saltando sobre la silla. Acarició el cuello del semental. “Vamos, muchacho, tenemos una dama, a quien visitar, y no hay tiempo que perder.”

A esa hora de la mañana no fue demasiado difícil salir de Londres. Pronto, estaba en el camino hacia Armstrong Manor, y a buen paso para estar allí, antes del anochecer. Quería galopar todo el camino, pero tenía que tener cuidado con su semental. El caballo no merecía ningún maltrato porque él era el tonto.

Era mediodía, cuando se detuvo en el White Swan Inn, no es que quisiera hacerlo, pero tenía que darle a Perses, un poco de descanso. Llevaba horas cabalgando con paso firme, y no quería que su semental cojera ni sufriera un ataque pulmonar. Se obligó a comer algunos bocados, a pesar de no tener apetito, dándole un poco de descanso a su caballo, antes de volver a la carretera. La urgencia que sentía por volver a ver a Olivia no cedía.

Él era un tonto.

¿Por qué no le había dicho que la amaba, durante su última noche, en el jardín? Su admiración no significaba nada para ella. Ahora lo comprendía cabalmente. Ella estaba buscando el amor, y no se conformaría con menos. El cambio ocurrido en ella, durante la fiesta, en esa casa, lo había asombrado. Había pasado de ser una joven mansa y tímida, a alguien que sabía lo que quería y necesitaba, en su vida, y no tenía miedo de insistir en tenerlo.

Él estaba demasiado ciego, en ese momento, para darse cuenta del control, que ella tenía sobre su corazón. La última persona que había amado fue a su hermano, y cuando Grayson murió, pensó que era mejor vivir una vida sin amor, en lugar de soportar semejante dolor nuevamente. ¡Qué equivocado estaba!

El amor valía cada dolor y él no debía reprimirse más. Devoró el guiso que la mujer del posadero había preparado, sin siquiera probarlo, y dejó una generosa propina, antes de correr hacia los establos.

“Ya le di de comer y beber, milord. ¿Algo más?” Preguntó el mozo de cuadra.

“No,” respondió Robertson, tomando las riendas y dejando caer algunas monedas, en la mano del joven.

“Milord, esto es demasiado.”

“¡Tonterías! Estoy seguro que a su familia le vendrán bien las monedas,” dijo Robertson, saltando a la silla de su semental, y alejándose rápidamente.

El cielo parecía siniestro y Robertson esperaba poder llegar a la finca Armstrong, antes que el mismo se abriera. Un trueno sobresaltó momentáneamente a su caballo, pero una mano tranquilizadora, sobre su cuello, hizo que Perses volviera a encarrilarse.

“Ese es un buen muchacho. Vamos. Tengo una mujer a quien cortejar.”

Solo había recorrido unas pocas millas más, cuando los cielos se abrieron con una lluvia torrencial y un viento aullante. Robertson se caló el sombrero hasta la cabeza, y siguió avanzando a un ritmo mucho más lento. Los caminos estaban resbaladizos, y no quería que Perses perdiera el equilibrio. No había manera que permitiera que un poco de lluvia (bueno, tal vez mucha lluvia) le impidiera llegar a Olivia, y confesarle sus sentimientos.

Cuando Armstrong Manor apareció a la vista, Robertson estaba empapado hasta los huesos, y sentía una opresión en el pecho. Necesitaba respirar profundamente, unas cuantas veces, para calmar su respiración acelerada. Perses también soplabla con fuerza. Había empujado duramente a su semental, tratando de alcanzar a la mujer que amaba. Subió por el camino de entrada y saltó de su caballo. Caminando hacia la puerta, dejó caer la aldaba.

Pasaron unos momentos, antes que un mayordomo mayor, con filetes grises en su cabello castaño, abriera la puerta.

“¿Puedo ayudarle señor?”

“Estoy buscando a Lady Armstrong.”

“¿Lady Armstrong?”

“Sí. Debo hablar con ella, es urgente...” respondió, secándose el agua de lluvia de los ojos.

Debió parecer una rata ahogada porque el mayordomo lo miró fijamente, un momento más, antes de decirle:

“Lady Armstrong ya no reside aquí.”

Eso era lo último que Robertson esperaba oír. ¿Olivia ya no vivía aquí? ¿Había perdido la oportunidad de construir una nueva vida con la única persona que podía sanar su alma herida?

“¿Qué quiere decir? ¿A dónde se fue?”

“Señor, no tengo libertad para decirlo.”

A Robertson se le acabó la paciencia. Estaba tan cerca de confesar su amor. Tenía que encontrarla.

“¿No tiene libertad para decirlo o no decirlo?” Gruñó.

“No creo que eso importe, señor,” replicó el mayordomo, manteniéndose firme.

Robertson respiró hondo, tratando de calmar su corazón acelerado. Si quería obtener alguna información del leal personal de Olivia, que claramente no quería nada más que protegerla, tendría que apelar a su creencia en el amor.

“Entiendo su lealtad hacia su señora, y la necesidad de protegerla, y lo encuentro muy encomiable, pero estoy desesperado por encontrarla. También quiero protegerla, pero es más que eso. Ella significa todo para mí, y hay algo que necesito decirle con la mayor urgencia.”

Esto no iba bien.

El mayordomo se quedó evaluándolo. ¿Estaba tratando de decidir, si Robertson era digno de Olivia? Si era así, no podía culpar al hombre por protegerla, pero él también cuidaba su puesto. Por supuesto, al final, todo dependía de si ella aceptaba o no, su oferta de matrimonio.

Tenía que probar un rumbo diferente... Tal vez, simplemente expresar sus intenciones.

“Soy el conde de Robertson y el hombre que se va a casar con Lady Armstrong.”

“Harris,” manifestó una mujer, acercándose detrás del mayordomo y rodeándolo.

“Lord Robertson, soy la señora Elliott, el ama de llaves aquí, en Armstrong Manor, y él es Harris. Como puede ver, somos muy protectores con Lady Armstrong. Ha tenido suficientes dolores de cabeza, en su joven vida, para toda la vida, y no deseamos verla herida otra vez.”

Robertson asintió.

“Entiendo, señora Elliott, su necesidad de proteger a Lady Armstrong, pero debo

encontrarla. Por favor, ¿dígame dónde se ha ido?”

“¿Cómo sabemos que se puede confiar en usted?” Preguntó Harris.

“¿Que necesita que haga?” Suplicó Robertson. “¿Arrodillarme y suplicar? Sin duda haré eso, y cualquier otra cosa para convencerlos de mis verdaderos sentimientos por la dama.”

La señora Elliott le dio unas palmaditas en el brazo al mayordomo.

“No hay necesidad de preocuparse, querido. Reconozco a un hombre enamorado cuando lo veo.” Volteó hacia Robertson. “Ella debería estar en la casa de la viuda, milord. Recibí una nota, en la que ella dice que regresará hoy... Está a la izquierda de la mansión, más allá de los jardines formales.”

“Señora Elliott, no puedo agradecerte lo suficiente.” No esperó a ver la cara del mayordomo, ante la revelación del ama de llaves, y giró para irse. “Una cosa más, si puedo molestarla. Por favor, que un mozo de cuadra cuide de mi caballo. Necesita urgentemente comida y descanso.”

“Por supuesto, milord,” dijo Harris. “Me ocuparé de ello de inmediato.”

“Gracias,” manifestó Robertson, alejándose en dirección a la casa de la viuda.

Fue solo cuestión de minutos, antes que la casa de piedra más pequeña apareciera a la vista. Parecía bien cuidada y de la chimenea salía humo. Esa era una buena señal, que había alguien en casa, pero la carrera para encontrar a Olivia le estaba pasando factura. Sus pulmones ya se sentían apretados, después del largo día de montar a caballo, y la rápida caminata hasta la casa le apretaba el pecho, dificultándole la respiración. Se dobló y apoyó las manos en las rodillas. Necesitaba calmarse, o se desplomaría cerca de la puerta de la casa. Pasaron varios minutos, antes que Robertson pudiera caminar hasta la puerta principal. Su pecho todavía estaba apretado, pero al menos podía respirar.

Golpeó la puerta con el puño.

“Olivia, soy Everett. Por favor, abre la puerta.”

El silencio lo saludó.

¿Dónde está ella?

Corrió por la parte trasera de la casa, esperando un mejor resultado. Quizás había un sirviente en alguna parte, pero no parecía haber nadie en casa.

¿Ahora qué voy a hacer?

¿Me engañó el ama de llaves?

Él no lo creía así. La señora Elliott parecía muy sincera. ¿Por qué estaba Olivia en la casa de la viuda, en primer lugar? ¿Había decidido finalmente el nuevo vizconde de Armstrong pasar el verano, allí? Si bien la casa de la viuda parecía hermosa, Olivia merecía mucho más. Ella debería ser la dueña de una gran propiedad, y si él pudiera, lo sería.

Aunque primero tenía que encontrarla.

“Liv, debes quedarte a pasar la noche. La tormenta parece estar empeorando y me preocupa que no llegues sana y salva, a casa,” dijo Bett.

Olivia había estado quedándose con su amiga, durante las últimas semanas, cuidando su corazón roto. ¿Cómo pudo haberse enamorado? Mientras estuvo en casa de Bett, leyó todos los chismes que pudo, y descubrió que la alta sociedad llamaba a Robertson, el conde de hielo. Desafortunadamente, ellos no se equivocaron. Supuso que algo había sucedido en su infancia, y aparentemente lo había marcado más de lo que quería admitir. Después que Pressley la atacara, confesó que simplemente la admiraba. Las crecientes esperanzas de un matrimonio por amor,

que se había atrevido a permitirse, se desvanecieron, en un instante. Quería algo más que mera admiración, y no tuvo más remedio que abandonar la fiesta, en la casa de los Fleming, lo más rápido posible. Había sido una cobardía huir, antes del amanecer, sin hablar con él por última vez, pero tenía el corazón destrozado, y no podía enfrentarlo a él.

Tenía que afrontar los hechos: amaba a Lord Robertson, pero, en cambio, él no la amaba a ella. Si bien, sabía que Robertson no era un monstruo y que, por lo tanto, un matrimonio con él no implicaría abuso físico o mental, estaba en una posición en la que no tenía por qué casarse. Por lo tanto, no se conformaría con un matrimonio, que simplemente no fuera abusivo, en lugar de eso, quería un matrimonio que realmente se basara en el amor. Si no podía tener eso, no volvería a casarse, nunca más.

Cuando regresó a la finca, pidió a los sirvientes, que llevaran sus cosas a la casa de la viuda. Solo había pasado una noche, en la casa de la viuda, antes de aceptar la invitación de Bett de quedarse con ella, pero ese tiempo fue suficiente para saber que prefería la casa de la viuda, en vez de vivir, en la casa principal. Había necesitado tiempo con Bett para recuperarse de su corazón roto. Estar sola, incluso esa noche, había sido miserable. Sin embargo, había llegado el momento de volver a casa, y descubrir qué quería hacer con el resto de su vida.

“No. Realmente, debo irme. Le envié una nota a mi ama de llaves, diciéndole que regresaría hoy, y mi cochero me informó que ha dejado de llover, por lo que es el momento perfecto para partir.”

“¡Oh! Si estás segura. Por favor, puedes quedarse todo el tiempo que desees.”

“Gracias. No sé qué habría hecho sin tu apoyo, estos últimos quince días. Gracias por ser mi amiga.”

Bett la abrazó.

“Oh, Liv. Deseo de todo corazón que vuelvas a ser feliz. No mereces nada menos.”

“Lo sé y te amo por eso,” dijo, pensando que a veces los deseos simplemente no se hacen realidad. “Te veré pronto,” añadió, acariciando la mejilla de su amiga, antes de subir a su carruaje.

Apenas faltaba una hora para llegar a la casa de la viuda, y añoraba la soledad de su nuevo hogar. Si bien el nuevo vizconde parecía dócil, no sabía si quería quedarse en la finca por el resto de su vida. Quizás una pequeña cabaña en la costa le vendría mejor. Sin embargo, ella no estaba segura. Incluso había hecho lo único que no quería hacer: se había enamorado del conde de Robertson, el conde de hielo, un apodo, que ella consideraba apropiado para él.

Nunca debió haber ido a la fiesta, en casa de Lord Fleming. No obstante, si no lo hubiera hecho, nunca habría conocido el verdadero deseo y el amor. Lord Robertson le había abierto los ojos, a un mundo lleno de maravillas, y estaba agradecida por ello, pero ahora tendría que aprender a vivir sin él.

Unas lágrimas silenciosas cayeron por sus mejillas, mientras el carruaje avanzaba.

Capítulo veinte

Robertson regresó al frente de la cabaña. No sabía qué hacer a continuación. ¿Debería esperarla? ¿Qué pasaría si ella no regresaba pronto? No podía pasar horas bajo la lluvia, esperando algo que tal vez no sucedería. Afortunadamente, lo peor de la lluvia había cesado, pero continuaba una llovizna constante.

El ruido de los cascos de los caballos le hizo girar hacia el camino. Se acercó un carruaje negro. ¿Podría ser Olivia? Pasó una eternidad hasta que el carruaje se detuvo frente a la puerta. El conductor saltó y abrió la puerta, ayudando a Olivia a bajar.

“Milord, ¿qué estás haciendo aquí parado bajo la lluvia?” Preguntó Olivia.

Su corazón dio un vuelco al verla. Su vestido de viaje verde resaltaba el verde de sus ojos, y él quedó hipnotizado.

“Olivia, debo hablar contigo con urgencia.”

“No deseo quedarme aquí, así que supongo que será mejor que entres, ante que te resfríes,” dijo, sacando una llave de su bolso y abriendo la puerta.

Se alegró de haber enviado una nota a la señora Elliott para que encendiera el fuego, y el calor de la chimenea del salón se derramaba por el pasillo. Encendió una vela, en la mesa, junto a la puerta, antes de mirar a Robertson.

“Ponte cómodo allí, en el salón, mientras preparo un poco de agua para el té,” dijo Olivia, colgando su capa y caminando hacia la cocina, ubicada en la parte trasera de la casa.

Robertson quería seguirla a la cocina, pero no quería sobrepasarse, especialmente porque ella le había pedido que esperara en el salón. Caminó hacia la chimenea y dejó que el calor se filtrara hasta sus huesos. No había ningún lugar para sentarse, que no dejara una mancha de agua en los muebles, así que se quedó de pie, esperando que ella regresara. ¿Ella agradecería su compañía? No tenía idea, pero tenía que intentar transmitirle cuánto la amaba.

Olivia preparó la bandeja del té. Su cocinera probablemente estaba en la casa señorial, buscando comida y suministros, ahora que ella había regresado. Le había dado a Emma, quince días libres para visitar a su hermana, y ella debía regresar mañana.

La aparición de Robertson, en la puerta de su casa, la había desconcertado. ¿Qué estaba haciendo allí, y sufriendo bajo la lluvia? Si fuera honesta, reconocería que verlo alimentaba su alma, como ninguna otra cosa. Su corazón se abrió, una vez más. Sería mejor si lo enviaba de regreso lo más rápido posible, pero no podía despedir a nadie con la conciencia tranquila, en este clima.

¿Cuánto tiempo había estado esperándola?

Su ropa mojada sugería que había pasado mucho tiempo. ¿Por qué había venido? ¿Y por qué ahora? Hacía quince días que no sabía una palabra de él.

“Milord, no sé por qué estás aquí,” dijo, entrando al salón, y colocando la bandeja de té, en la pequeña mesa frente al sofá. Sirvió el té para hacer algo con las manos. Le temblaban las entrañas, pero, ¿era de miedo o la emoción al verlo de nuevo? Ella no lo sabía, cuando le entregó una taza. “Bebe todo. Tus labios se están poniendo azules.”

Robertson se rió entre dientes.

“Esto es muy bienvenido, ya que está un poco húmedo allí.”

Olivia esperó a que él tomara un sorbo de té. No podía volver a pasar por una crisis emocional, y estaba a punto de pedirle que se fuera, cuando él la miró.

“Olivia, fui un tonto.”

“¿Qué?”

“Nunca debí haberte dejado ir.”

“Milord, tuvimos una discusión.”

“Everett. Por favor, llámame Everett.”

“Everett, no hay futuro para nosotros. Lo entiendo y lo acepto.”

“Ahí es donde te equivocas. Podemos tener un gran futuro juntos.”

Olivia negó con la cabeza.

“No, eso no es posible. Bebe tu té y vete, por favor. Estoy segura que la señora Elliott puede ofrecerte una habitación para pasar la noche.”

“Por favor, cariño, no me despidas. Moriré sin ti.” Durante la mayor parte de su vida, Robertson creyó que no merecía ser amado, especialmente porque se sentía muy culpable por la muerte de su hermano, pero tal vez podría tener amor en su vida.

“Me temo que no puede haber futuro para nosotros sin confianza y amor. Quizás fui tonta, pero no puedo negar que te amo con todo mi corazón. Creo que me enamoré de ti, desde la vez que te vi caminando por el prado de la finca de Lord Fleming. Me enseñaste cómo abrir mi corazón nuevamente, y estaré eternamente agradecida porque no soy la misma mujer que fue a esa fiesta, en esa casa.”

“Y yo no soy el mismo hombre.”

“¿Qué estás diciendo?”

“Te digo que tú, mi querida y dulce Olivia, me has enseñado a amar de nuevo. He sido un idiota y debería haberte dicho, esa noche, en el jardín, cómo me sentía. No hay excusa, excepto que estaba tan abrumado por la ira contra Pressley, que no podía pensar con claridad. ¡Te admiro mucho! Hay tanta fuerza dentro de ti, pero hay más. Olivia, ¡te amo con cada fibra de mi cuerpo y alma! Estuvo mal que me tomara tanto tiempo darme cuenta de eso.”

“¿Me amas?”

“Con todo lo que soy. Más que a la vida misma. ¡Creo que me enamoré de ti la primera noche que te vi! Fue como si me hubiera alcanzado un rayo.”

“¿Y desafiaste esa horrible tormenta para decírmelo?”

“Me enfrentaría a mil más, si eso significara escucharte decirme que no he perdido la oportunidad de estar contigo para siempre.”

Olivia quedó atónita.

Everett la amaba.

Su corazón se hinchó por este hombre maravilloso. Lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

Él dejó su taza de té sobre la mesa y se arrodilló junto a su silla, tomando su mano.

“Por favor, no llores, cariño. Dime qué necesito hacer para ganarme tu amor y lo haré. ¿Necesito matar a un dragón, o navegar por mares peligrosos, en busca de tesoros? ¿Subir a la montaña más alta, y gritar mi amor por ti para que todo el mundo lo escuche? Cualquier cosa que necesites, considérala hecha,” insistió, limpiando suavemente la humedad de esas mejillas.

“Ya no hay dragones,” replicó ella con una sonrisa vacilante.

“Di tu precio. Sea lo que sea, por escandaloso que sea, lo lograré. Probaré mi amor, aunque me lleve toda la vida.”

“Bueno, hay una cosa que puedes hacer.”

“Nómbrala.”

“Bésame, querido, porque yo también te he extrañado desesperadamente. No has perdido mi amor.”

Everett se puso de pie y la abrazó, besándola con toda la desesperación de un hombre, muriéndose de sed, siendo ella el último oasis por encontrar. Era el Paraíso en la Tierra, y en ese momento, él sintió la verdadera felicidad. Había encontrado el amor, por primera vez en su vida, y esto fue glorioso.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento.

“Querida, tengo una pregunta muy importante que hacerte,” destacó Robertson.

“¿La tienes?”

Él tomó su mano y le dio un beso en los nudillos.

“Sí... Es muy importante. Pero, primero, ¿estarías dispuesta a escuchar una historia triste?”

Ella asintió, esperó con nerviosa anticipación y se obligó a permanecer quieta. ¿Everett finalmente le confiaría lo que le había sucedido, en su infancia, y le explicaría por qué tenía tanto miedo al amor?

Él se puso de pie, acercó una silla a su lado, y se sentó.

“Reemplazaré la silla, si la arruino con mi ropa mojada.”

“Eso no es necesario. Por favor, quédate sentado.”

Robertson asintió.

“Tenía un hermano mayor.”

“¿Lo tenías? ¡Ay! No lo sabía.”

“No, no lo sabías.... Ya no se habla mucho de esto en la alta sociedad porque sucedió hace mucho tiempo... Mira, Grayson murió cuando tenía catorce años y fue culpa mía.”

Eso era lo último que Olivia esperaba que él dijera, y la sorprendió profundamente.

“¿Tu culpa?” Chilló.

Everett asintió.

“Sí. Grayson iluminó el mundo de todos. Era inteligente, estaba en buena forma física y tenía un ingenio maravilloso, que a todos les encantaba. Exactamente lo contrario a mí.”

Olivia quería asegurarle que él también tenía buenas cualidades, pero temía que si lo interrumpía, él dejaría de hablar. Ella deseaba desesperadamente que él continuara.

“Cuando yo tenía once años, Grayson llegó a casa, durante las vacaciones escolares. Quería salir a navegar, pero se avecinaba una tormenta. Mi madre me había advertido que ninguno de los dos saliéramos al océano, ese día, pero Grayson no quiso escuchar. Él era mi héroe y lo adoraba. Le rogué que no sacara el velero, pero cuando Grayson quería algo, nadie lo detenía.”

Olivia le apretó la mano, animándolo a continuar. Tenía la sensación que para él era más doloroso hablar de esto que de cualquier otra cosa, que hubieran discutido durante su breve relación.

“Mi madre tenía razón y rápidamente se desató una feroz tormenta. Ella bajó a la playa para arrastrarnos a casa, y fue entonces, cuando sucedió...”

“¿Qué sucedió?”

“El rayo que acabó con la luz en nuestro mundo. Fue un impacto directo en el mástil y, en cuestión de segundos, Grayson y el velero desaparecieron bajo las olas. El océano se agitaba violentamente, y no había manera que hubiera podido llegar a la orilla. Mi madre gritó, y volvió hacia mí sus ojos acusadores, culpándome por la muerte del amado heredero Robertson.”

Más lágrimas corrieron por las mejillas de Olivia por lo que él había sufrido. Ningún niño

merecía eso.

“Oh, Everett. Lamento mucho que hayas tenido que soportar la pérdida de tu hermano. Tu madre se equivocó al culparte por el accidente. Eras solo un niño.”

Everett bajó la cabeza.

“No importó. Grayson se fue y un pedazo de mi corazón murió con él. Pensé que si nunca volvía a abrirme al amor, no sentiría el dolor que experimenté, ese fatídico día, y así es como he vivido mi vida, desde entonces. Fui educado y distante. Eso fue así hasta que te conocí.”

Olivia se acercó y lo abrazó.

“Querido, la muerte de tu hermano no fue tu culpa. No fue culpa de nadie, solo un trágico accidente.”

Ella lo sintió estremecerse y lo apretó con más fuerza, dándole el tiempo que necesitaba para volver a recuperarse. Cuando finalmente levantó la vista, fue su turno de limpiarle a ella la humedad de sus mejillas.

“Mi querida Olivia, nunca antes le había contado esa historia a nadie. Siempre fue demasiado doloroso repetirlo.”

“¿Ni siquiera al señor Hughes y al señor Walker?”

Everett negó con la cabeza.

“No... Ellos saben de la muerte de Grayson. Todos conocen la tragedia que le sobrevino al heredero Robertson, pero no las circunstancias. Después de ese día, nunca volví a mencionar a mi hermano.”

“Me siento honrada que hayas compartido conmigo una historia tan dolorosa.”

“Haría cualquier cosa por ti. ¡Eres la luz en mi vida! Cuando te fuiste sin despedirte, me sentí perdido. Regresé a Londres para seguir como antes, soy un hombre, que ha cambiado, y ya no puedo tolerar la idea de una existencia tan vacía. ¡Te anhelé y necesité!”

“Cariño, siento lo mismo.”

Él se puso de pie y la acercó a él.

“Olivia, te amo con una fiereza que nunca había conocido. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa, mi señora y mi compañera en la vida?”

“¡No me gustaría nada más! Pero...” añadió, cuando se le ocurrió una idea aleccionadora, e hizo una mueca al ver su rostro decaer. “Pero, hay algo que también debes saber. Nunca pude darle un hijo a Armstrong. ¿Y si soy estéril? Necesitarás un heredero para el condado.”

“Tengo un primo lejano, que heredará, si no tengo un hijo, y eso es suficiente para mí. Ya no me importa. Todo lo que necesito es a ti, querida mía.”

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Olivia. No quedaba ninguna duda que Everett realmente la amaba.

“Aceptaré con mucho gusto tu propuesta, cariño,” dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos y besándolo.

“¿Estás feliz, amor?” Preguntó él entre besos.

“Más que nunca y todo gracias a ti. Llenas mi mundo con tanta maravilla.”

“Y continuaré haciéndolo por el resto de mi vida. Te amo.”

“Y yo también te amo.”

“Tú, mi señora, has logrado hacer lo que nadie más ha hecho,” dijo Everett.

Ella lo miró con asombro, en sus ojos.

“¿Y qué es eso, milord?”

“Has derretido el corazón del conde de hielo.”

Epílogo

*Cinco años después.
Castle Point, Inglaterra.*

“¡Mamá, tengo un regalo para ti!” Gritó la niña.

Olivia levantó la vista y vio a su hija corriendo hacia ella.

“¿Qué pasa, cariño?”

La niña de cuatro años extendió sus manos, que estaban llenas de dientes de león amarillos.

“Los escogí para ti,” chilló.

Everett, que estaba sentado sobre la manta con su esposa, miró a su hija.

“Annabelle, eso fue muy dulce de tu parte.” Extendió la mano y tomó a su hijo, recién nacido, Grayson, de los brazos de su esposa.

La niña corrió al regazo de su madre.

“¿Te gustan?”

Olivia abrazó fuerte a su hija.

“Las amo.”

Había creído que nunca tendría la alegría de tener a un hijo propio, en sus brazos, pero la vida da giros extraños, y ella apreciaba cada día con sus hijos.

Durante los últimos cinco años, sus vidas habían estado llenas de felicidad. Su creciente familia incluso pasó algunos veranos en Castle Point, aunque Everett no permitía la entrada de veleros a la finca. Ella respetaba los deseos de su marido, especialmente porque a él le había tomado algunos años de matrimonio, antes que aceptara siquiera visitar su propia casa de campo.

“¿Dónde está mi preciosa niña?” Preguntó una voz detrás de ella.

Olivia miró hacia atrás y vio a su madre, Dorothy, caminando hacia ellos y sonrió, su corazón se elevó de amor al ver a su madre finalmente feliz, luego de todo lo que había sufrido, en su matrimonio.

Después que Olivia y Everett estuvieron casados, durante un año, ella recibió una carta críptica de su madre, quien de alguna manera debió haber descubierto, que se habían casado. La carta la dejó con la sensación, que algo andaba claramente mal, y le preocupaba el bienestar de su madre. No tuvo que hacer mucho para convencer a Robertson, que la llevara de regreso a la casa de su infancia para investigar... y confrontar a su padre por venderla a Armstrong. Finalmente, se sintió lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a su padre tirano.

Cuando llegaron, su madre se alegró mucho de verla, pero su padre estaba tan obstinado, como siempre, de pie en el vestíbulo, mirándola. Ella no lo había visto en años y se sorprendió con las primeras palabras que le dirigió.

“Veo que has logrado conseguir a un conde,” dijo su padre con el labio curvado, en una mueca de desprecio. “¿Qué? ¿Un vizconde no era lo suficientemente bueno para ti, muchacha ingrata?”

Robertson se puso delante de su padre, elevándose sobre el hombre más bajo.

“Señor Bailey, le aconsejo que reprima su lengua. Nunca vuelva a hablarle así, a mi esposa,” dijo con una mirada que podría congelar al hielo.

Robertson se volvía impresionante, cuando algo le desagradaba, e incluso el padre de Olivia sabía que no debía cruzar esa línea. No se insultaba a la aristocracia sin graves consecuencias.

Mientras Olivia miraba alrededor de la casa, notó que varios artículos de su infancia ya no se encontraban. ¿Había llegado su padre al extremo de vender las reliquias familiares para cubrir sus deudas de juego? Eso no la sorprendería en lo más mínimo.

“Déjame llamar para pedir el té,” ofreció Dorothy. “Por favor, entren al salón.”

El revés de su padre, en el rostro de su madre, tomó a todos con la guardia baja. Dorothy tropezó hacia atrás, pero logró mantenerse en pie.

“¡Esta sigue siendo mi casa! Yo decido quién nos visita y quién no,” le gritó. “Ubícate en tu lugar, mujer.”

Olivia nunca había visto a su marido moverse tan rápido. Un puño se estrelló contra la mandíbula de su padre, y él cayó como un saco de patatas.

“No se levante, si sabe lo que es bueno para usted,” gruñó, antes de dirigirse hacia Dorothy. “Señora Bailey, ve a empacar tus cosas. Vendrás con nosotros. No hay necesidad de quedarse aquí y sufrir semejante abuso.”

Dorothy retrocedió con los ojos muy abiertos por el pánico, mientras miraba a su marido en el suelo.

“Milord, no puedo.”

Olivia corrió hacia su madre.

“Sí, puedes, mamá. No es necesario que te quedes aquí y te maltraten tanto. Ven, te ayudaré a empacar.”

Solo le tomó un minuto más a su madre estar de acuerdo. Con la ayuda de su doncella, la mayoría de las cosas de Dorothy se guardaron en un baúl de viaje, en un tiempo récord, y se marcharon poco después. Dorothy había estado viviendo con ellos desde entonces. Su madre había sido una bendición para los niños, y Olivia estaba muy agradecida con Robertson por su decisión de ofrecerle su hogar. Tomó tiempo, pero finalmente Dorothy le contó más sobre su vida. Su madre y su padre no habían tenido un matrimonio por amor, pero sí hubo respeto hasta que Dorothy no pudo darle un hijo a su padre. Demasiados abortos espontáneos, casi habían acabado con la vida de su madre, y todo lo que su padre podía hacer era reprenderla, y abusar de ella por no tener un hijo.

Olivia entendió. Era lo que Armstrong le había hecho a ella. Cada día que vivía con ellos, Dorothy salía un poco más de su caparazón.

Eso fue hace cuatro años y Olivia estaba sorprendida por la transformación de su madre. Había pasado de ser una mujer, mansa y tímida, que se asustaba fácilmente, a ser una que no tenía miedo de expresar su opinión. Nunca volvieron a saber de su padre, luego que Robertson lo golpeará. Cuando el abogado de la familia les informó, seis meses después, que su padre había fallecido, ella se alegró que la terrible experiencia de su madre finalmente hubiera terminado. Parecía que todos dieron un suspiro de alivio porque Weston Bailey ya no caminaba sobre la Tierra.

El abogado también informó a Dorothy, que no quedaba dinero, ya que Bailey de alguna manera había obtenido acceso a la parte destinada a la viuda, y había utilizado ese dinero reservado.

Everett le había asegurado a su madre que siempre tendría un hogar con ellos. Todo lo que quisiera podría ser suyo con solo pedirlo. El abogado les había dicho que el resto de los artículos de la casa se habían vendido para saldar la última deuda del señor Bailey. Después de años de abuso, Dorothy ahora estaba prosperando, y Olivia sabía que su madre estaba contenta de deshacerse de cualquier recuerdo de esa vieja vida.

Sin embargo, la transición no fue tan fácil con la madre de Robertson. Hubo tensión en el

hogar, una vez que Everett y ella se mudaron a la casa de Londres, y no pasó mucho tiempo para darse cuenta que la condesa viuda de Robertson tenía intención de tratar a Olivia con un frío desdén.

Robertson no toleraría eso y la mejor solución al problema era comprarle a su madre, una pequeña casa, en un lugar elegante, donde ella pudiera mantenerse. Podía ir y venir, cuando quisiera, siempre y cuando, no menospreciara a su hija ni a su nueva nuera. Para alivio de los involucrados, este nuevo arreglo de vivienda era lo mejor para el bienestar de todos.

Olivia se sintió triste porque su suegra no quería conocer a sus nietos, pero siempre mantuvo la esperanza que tal vez algún día la condesa viuda cambiara de opinión.

“¡Abuelita!” Gritó Annabelle, saltando del regazo de su madre para arrojar su cuerpecito a los amorosos brazos de su abuela.

“Hoy recogí algunas flores para mamá,” dijo la niña, sosteniendo el ramo de flores.

“Son muy hermosas, cariño. Fue algo muy dulce,” indicó Dorothy, colmando de besos a la niña. “Estoy segura que tu mamá apreció mucho tu consideración.”

Olivia sonrió, mientras veía hablar a su hija y a su madre. Se acercó a su marido y suspiró.

“Querida, ¿algo anda mal?” Preguntó Everett.

Ella sacudió su cabeza.

“No, cariño. Todo es perfecto y gracias a ti. Nunca creí que podría ser tan feliz y tener una familia a quien apreciar. Tú hiciste que todo esto sucediera.”

Él se inclinó y la besó.

“Tu felicidad es todo lo que deseo.”

“¿En serio? ¿Eso es todo lo que deseas?” Dijo con una sonrisa. Su hijo, Grayson, tenía ahora ocho semanas, y ella echaba de menos a su marido. Lo quería de regreso en su lecho matrimonial.

“¡Ay! ¡Mujer coqueta! Verás esta noche lo deseable que encuentro a mi bella esposa.”

“Promesas, promesas,” manifestó ella con un guiño. Estiró los brazos sobre la cabeza y bostezó ruidosamente.

Everett se puso de pie.

“Señora Bailey, ¿puedes llevar a Grayson a la guardería? Temo que mi esposa necesita descansar.”

Dorothy los miró y se rió entre dientes, antes de aceptar al bebé de manos de Robertson.

“Por supuesto. De todos modos, es hora de almorzar. Vamos, Annabelle. Dejaremos a Grayson para que duerma una siesta, y luego, iremos a ver qué ha preparado la cocinera para el almuerzo.”

Vieron cómo Dorothy entraba a la casa. Después Everett agarró la mano de Olivia.

“Mi querida esposa, siempre cumplo mis promesas. ¿Vamos a descansar?”

Olivia echó la cabeza hacia atrás y se rió.

“¡Oh, cuento con eso, querido!”

Everett la tomó en sus brazos y corrió hacia el interior. Subió las escaleras rápidamente, e irrumpió en su dormitorio compartido, antes de colocarla suavemente en la cama. Ella miró los amorosos ojos de su marido, y supo que finalmente había encontrado la paz y la felicidad, que había anhelado toda su vida.

¡Quién hubiera imaginado que tendría una vida maravillosa con el conde de hielo!

###

Biografía de la autora

Debra escribe romances tiernos, tanto contemporáneos como históricos. Le gusta contar historias y ha estado derramando su pasión por el romance desde su adolescencia. Cuando no está escribiendo, le gusta trabajar en su jardín, viajar en motocicleta por Nueva Inglaterra con su esposo, y, por supuesto, jugar con su nieta.

Puedes encontrar una lista completa de los libros de Debra aquí:

<https://www.amazon.com/stores/Debra-Elizabeth/author/B005XYN2YE>

Le gusta escuchar a sus fans y puedes contactarla a este correo: dlmartin6@yahoo.com. También es autora del blog **Two Ends of the Pen**. El blog presenta todo lo relacionado con los libros: entrevistas a autores, nuevos lanzamientos, publicaciones de invitados y reseñas. Puedes ser el primero o la primera en enterarte de los nuevos lanzamientos y concursos, al suscribirte a mi boletín: <https://twoendsofthepen.blogspot.com>

Y puedes visitarme aquí:

Página web:

<https://twoendsofthepen.blogspot.com>

En las redes sociales:

Facebook:

<https://www.facebook.com/DebraElizabethRomance>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/5288725.Debra_Elizabeth

Bookbub:

<https://www.bookbub.com/authors/debra-elizabeth>